# caminar

ELOGIO DE LOS CAMINOS Y DE LA LENTITUD DAVID LE BRETON





## Caminar Elogio de los caminos y de la lentitud

David Le Breton

traducción de víctor goldstein



Le Breton, David

Caminar: Elogio de los caminos y de la lentitud. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

: Waldhuter Editores, 2014.

192 p. : 20x13 cm. - (Actualis)

Traducido por: Víctor Goldstein ISBN 978-987-27540-7-5

1. Sociologia. I. Goldstein, Victor, trad.

CDD 301

Fecha de catalogación: 04/08/2014

Título original: Marcher. Éloge des chemins et de la lenteur ISBN de la edición original: 978-2-86424-859-0 © Éditions Métailié. París. 2012

De esta edición:
D.R. © Waldhuter Editores, 2014
Avenida Pavón 2636, (1248) Buenos Aires, Argentina
waldhutereditores@fibertel.com.ar

Nuestras redes sociales www.waldhutereditores.blogspot.com www.facebook.com/waldhuter.editores http://twitter.com/waldhuter\_edit

llustración de cubierta: El camino - Bolígrafo, © Lidia Kalibatas http://lidiakalibatas.blogspot.com/
Diseño de colección: Facundo Carrique
Diagramación de cubierta e interior: María Isabel Barutti
Traducción: Víctor Goldstein
Corrección: Mónica Herrero

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su venta en otros países que Argentina y Colombia Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica. extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial

Impreso en Argentina Hecho el depósito que previene la ley 11.723 Para Hnina, porque el camino continúa.

### progresión

ESTATUTO DE LA CAMINATA	16
Ponerse en marcha	23
caminos	37
Lentitud	46
sensorialidad	50
comer	54
pormir	56
миjeres caminantes	63
zoología	65
навlar de la caminaта	69
Paisaje	73
мерітеrráneo	83
ILUMINACIONES	88
маспетіѕто	99
Heridas	106
preocupaciones	116
Paseo	119
caminar en la ciudad	128
Largas caminatas	142
ESPITITUALIDAD	163
ıa camınata como renacımıento	168
COMPAÑETOS DE TUTA	177

¿Qué puede conocerse del mundo? De nuestro nacimiento a nuestra muerte, ¿qué cantidad de espacio nuestra mirada puede tener la esperanza de abarcar? ¿Cuántos centímetros cuadrados del planeta Tierra habrán tocado nuestras suelas?

Perec, Especies de espacios<sup>1</sup>

Los años pasan, y sigo siendo un viajero.

Basho, De camino a Oku y otros diarios de viaje.

Diez años después de Elogio del caminar, y no habiendo jamás dejado de andar, quise retomar el camino de la escritura para dar testimonio de otras experiencias, de otros encuentros, de otras lecturas. Espero no repetirme más que el caminante que

<sup>1</sup> Sólo a título indicativo, el hecho de citar un libro en castellano significa que tiene traducción en nuestra lengua. Únicamente se darán sus referencias completas (editorial, año, etc.) en la última parte: Compañeros de ruta. [N. del T.]

años más tarde vuelve sobre un recorrido que tanto le gustó. No es ya totalmente la misma persona, incluso ve en él otra cosa. Y además el mismo paisaje ha cambiado. La progresión será sin duda diferente, aunque el espíritu de Elogio del caminar permanece. He querido retomar senderos antaño recorridos, volver a leer obras que había amado, siendo y no siendo ya totalmente el mismo hombre. Estos diez últimos años, pasados como en un soplo, la caminata no ha dejado de adquirir amplitud, de tocar una población creciente. En adelante, por los senderos, es usual cruzarse con otros senderistas que habían partido por el día o por un paseo de algunas horas. Se volvía imperioso el deseo de retomar contacto con el camino de la escritura para volver a hablar del júbilo de caminar. El espíritu de divagación siempre es igual de soberano, y la página en blanco prolonga agradablemente el sendero bajo los pasos.

En Elogio del caminar evoqué esa humanidad sentada e inmóvil que hoy nos caracteriza, el hecho, para cantidad de nuestros contemporáneos, de pasar de su cama a su auto y a su oficina antes de volver a sentarse ante la televisión llegada la noche. Cuerpo superfluo, supernumerario, molesto (Le Breton, 2011), pero que es llamado al orden por el sentimiento de malestar de ser puesto entre paréntesis de esa manera. Puesto que la condición humana es una condición corporal, un ejercicio regular de compensación se impone corriendo o caminando incansablemente sobre las cintas de jogging escuchando la misma música que en su auto o en sus desplazamientos urbanos, o mirando la televisión juiciosamente ubicada. Semejante actividad es un exorcismo de la caminata y una manera utilitaria

de gastar energía sin tener que enfrenterse con el riesgo del encuentro o de descubrir paisajes de belleza total. En el salón del gimnasio o en su casa, a resguardo de toda sorpresa, el individuo satisface entonces una higiene teniendo la garantía de que sus costumbres sedentarias serán mantenidas. Al girar en su pecera, se libera del miedo al río. "Por lo que a mí respecta -dice Stevenson-, viajo no para ir a alguna parte sino para caminar. Viajo por el placer de viajar. Lo importante es moverse, experimentar más de cerca las necesidades y las molestias de la vida, abandonar la cama mullida de la civilización, sentir bajo mis pies el granito terrestre y los sílex dispersos con sus cortantes" (1978, 76).

La caminata es el lugar de una ética elemental a la altura del hombre. Hombres y mujeres se cruzan y están de entrada en un reconocimiento esencial unos de otros, se saludan, intercambian una sonrisa, una observación, informaciones sobre el sendero o su destino, responden a los informes requeridos por aquellos que se extraviaron. La caminata es un universo de la reciprocidad. El albergue, el café prolongan en ocasiones el encuentro bosquejado algunas horas antes. Tomar los atajos equivale a dejar a sus espaldas un mundo de competencia, de desprecio, de falta de compromiso, de velocidad, de comunicación en provecho de un mundo de la amistad, del habla, de la solidaridad. Retorno a las fuentes de una humanidad común donde el otro no es ya un adversario sino un hombre o una mujer de quien uno se siente solidario.

Método tranquilo de volver a sentir el encanto de la duración y del espacio de la existencia, la caminata exige salir de su casa, de los caminos trillados donde a veces se disipa el gusto de

vivir. Recorrer los senderos o las rutas, recorrer los bosques o las montañas, trepar las colinas para tener el placer de volver a bajarlas, al tiempo que se permanece a la altura del hombre, entregado únicamente a sus medios físicos, introduce a la sensación continua de uno y del mundo. Anacrónico en el mundo contemporáneo, que privilegia la velocidad, la utilidad, el rendimiento, la eficacia, la caminata es un acto de resistencia que privilegia la lentitud, la disponibilidad, la conversación, el silencio, la curiosidad, la amistad, lo inútil, otros tantos valores decididamente opuestos a las sensibilidades neoliberales que ahora condicionan nuestras vidas. Tomarse su tiempo es una subversión de lo cotidiano, así como la larga inmersión en una interioridad que parece un abismo para cantidad de contemporáneos en una sociedad del look, de la imagen, de la apariencia, que ya no habitan más que la superficie de ellos mismos y la convierten en su única profundidad.

El caminante es un hombre o una mujer del pasaje, del intervalo, va de un lugar al otro, a la vez afuera y adentro, ajeno y familiar. No toma los caminos comunes donde pasan los autos sino los atajos, los senderos, los lugares destinados a la gratuidad, aquellos que no están legitimados por ninguna funcionalidad. Nada de lo que es humano le es ajeno. Sus pertenencias son múltiples, están hechas de innumerables paisajes, de lugares, de ciudades, de barrios a los que ninguna frontera puede encerrar. Están hechas de recuerdos, de temporadas, de rostros, implican todos los lugares donde se ha reconocido, donde se ha sentido una hospitalidad, así fuera del bosque, del desierto, de la montaña, del litoral... Mezclan geografías diversas de las que no querría sustraer ninguna.

La caminata, sobre todo si dura semanas o meses, es un largo rito de iniciación cuyo movimiento impulsado en las rutas nunca más debe cesar: "Ideas que uno albergaría sin razón te abandonan; otras, por el contrario, se ajustan y se hacen a ti como las piedras del torrente. Ninguna necesidad de intervenir; la ruta trabaja para ti. Uno desearía que se extienda así dispensando sus buenos oficios, no solo hasta la extremidad de la India sino más lejos todavía, hasta la muerte" (Bouvier, 1992, 49). La ruta es 🔒 universidad porque es universalidad, no se contenta con difundir un saber sino también una filosofía de existencia apta para pulir el espíritu y llevarlo siempre a la humildad y a la soberanía del camino. Es el sitio donde deshacerse de los esquemas convencionales de apropiación del mundo para estar al acecho de lo inesperado, deconstruir sus certidumbres más que arraigarse en ellas. Es un estado de alerta permanente para los sentidos y la inteligencia, la apertura a una multitud de sensaciones. La vista nunca es para el caminante el sentido filosófico de la distancia, sino aquel del abrazo, de la profusión de los sentidos. No sabe dónde poner los ojos, a tal punto se dan a mil otras percepciones que no son ya solamente visuales.

#### ESTATUTO DE LA CAMINATA

La caminata a menudo está asociada a la libertad, a la salud, a la tranquilidad, al sol, a la luz, pero, como lo recuerda J. Lacarrière, en otros tiempos las asociaciones alrededor de la caminata habrían podido ser muy diferentes. "Porque caminata podría evocar tanto lluvia, tempestad, sudor, fatiga, ampollas, callos en los pies, esguince, caída, deslizamiento, hundimiento. Pero al parecer estas últimas asociaciones —que habrían sido comunes en los siglos precedentes— hoy ya no vienen a la mente" (1977, 61). Por supuesto, no siempre se lo elige, ya que a menudo jóvenes errantes (Le Breton, 2007), gente sin techo, vagabundos, reducidos a su cuerpo, a menudo se ven obligados a desplazarse a pie. Del mismo modo, las poblaciones que huyen de los combates durante conflictos armados o los clandestinos que tratan de franquear una frontera terrestre burlando los controles. Si es impuesta, la caminata es más bien signo de miseria o de prueba personal. En la mayor parte del mundo, miles de millones de hombres y mujeres siguen desplazándose a pie para llegar a su campo, a su trabajo o a visitar a sus allegados. No tienen los medios para tomar los transportes colectivos. A veces el terreno no fue acondicionado para desplazamientos motorizados, y solo los caballos, los asnos, los camellos u otros animales están en condiciones de pasar. En esos lugares incontables, el desplazamiento sigue estando arraigado en el cuerpo, e implica caminar.

Durante largo tiempo la caminata fue el único medio de locomoción. "Nunca pensé tanto, existí tanto, viví tanto, fui tanto yo, si me atrevo a expresarlo así, como en aquellos [caminos] que hice solo y a pie [...]. Dispongo como amo de la naturaleza toda; mi corazón, vagando de objeto en objeto, se une, se identifica con aquellos que lo halagan, se rodea de imágenes encantadoras, se embriaga con sentimientos deliciosos" (Rousseau, 1972, 247-248). También Victor Hugo habla de su júbilo de caminar: "Nada, en mi opinión, es tan encantador como esa manera de viajar -a pie-, uno se pertenece a sí mismo, es libre, está dichoso; uno se enfrenta en su totalidad y por completo a los incidentes de la ruta, a la posada donde almuerza, al árbol donde se resguarda, a la iglesia donde se recoge. Uno parte, se detiene, vuelve a partir; nada molesta, nada retiene. Uno va y sueña con lo que tiene por delante. La caminata acuna la ensoñación; la ensoñación vela la fatiga. La belleza del paisaje oculta la longitud del camino [...]. A cada paso que uno da se le ocurre una idea. Parecería que uno siente enjambres que hacen eclosión y que zumban en su cerebro" (1906, 154). En el tiempo del compañonazgo, tal como lo relata A. Perdiguier, en la primera parte del siglo xix, los aprendices caminan por toda Francia para afinar su formación. Se desplazan esencialmente a pie, aunque en ocasiones tomen las diligencias o los canales. "Viajar a pie, luego en barco, mezclarse a aquellos, luego a estos; experimentar contrariedades, miserias, más tarde agradables sorpresas, instantes de alegría: nada tan dulce, tan encantador... Ochenta leguas recorridas de tal manera es algo: eso es importante en la vida. Mil leguas atravesadas en diligencia o ferrocarril, encerrado en una suerte de calabozo

de donde no se puede salir, de donde nada se puede ver, no es nada, absolutamente nada... ni siquiera deja huellas. Así, pues, ¡vivan los viajes a pie y en total libertad!..." (Perdiguier, 1964, 140). Todos van a su trabajo a pie por las rutas. A comienzos del siglo xx, Herman Hesse escribe a su vez: "En su juventud, cualquiera que haya recorrido un poco de camino a pie, sin dinero ni equipaje, conoce perfectamente estas impresiones. No se puede olvidar una noche pasada en un campo de tréboles o en el heno recién cortado, con un pedazo de pany queso que fue a pedir a un chalet aislado, la llegada inopinada a un albergue donde se celebra un casamiento pueblerino al que también lo invitan" (2002, 36).

Cuando los dos huérfanos, André, 14 años, y su hermano Julien, 7 años, inician su vuelta a Francia¹ para reunirse con un tío en Marsella, en 1871, dejan a pie Phalsbourg, en la Lorena ocupada por los prusianos. Responden así a las últimas voluntades de su padre de "seguir siendo hijos de Francia" (Bruno, 1917, 10), recorren el país, la mayoría de las veces caminando, dando ocasión al autor de la obra de suministrar innumerables lecciones de geografía, de historia, de economía, de instrucción cívica, etc. Una educación a la altura del hombre en la Francia de fines del siglo xixy comienzos del xx, efectuada por intermedio de dos niños a los que nadie se asombra de ver así en las rutas.

<sup>1</sup> El Tour de France era una institución de aprendizaje y formación, y consistía en un periplo que hacía el aspirante a compagnon por distintos lugares de Francia, donde era recibido por los maestros de su oficio, que le transmitían sus conocimientos y experiencia. [N. del T.]

Este librito que describe el vagabundeo estudioso seguirá siendo un inmenso éxito en las escuelas francesas. Al salir de Phalsbourg, la primera noche de su fuga, los dos niños llegan a la granja de Étienne, el que hace zuecos, amigo de su padre que en esa ocasión se entera de la muerte de este último tras su caída de un andamio. Les da hospitalidad y, a la mañana siguiente, para que los dos niños sean considerados como "niños honestos y no vagabundos sin familia ni hogar", redacta un certificado: "Doy fe de que el joven André Volden trabajó conmigo dieciocho meses enteros sin que haya tenido un solo motivo de queja. Es un muchacho honesto, trabajador e inteligente: estoy dispuesto a dar todos los informes que se requieran de él [...]" (13).

El camino de Stevenson con su asno en las Cevenas nos recuerda hasta qué punto en esa época los caminos están llenos de itinerantes. Stevenson se cruza con pastores, campesinos, porteadores, vagabundos. El campesino camina con zuecos que hacen pesados sus pasos, junto al animal enjalmado, acompaña a su rebaño, va a buscar agua con una jarra. Las rutas están llenas de temporeros, de silleros, de estañadores, de compradores de pieles de conejo, de deshollinadores, de traperos que van a pie de aldea en pueblo. Pero con el correr de los años se vuelven cada vez más raros. El itinerante se transforma en un individuo sospechoso, sin familia ni hogar, expuesto a la sospecha de los sedentarios y de la policía. En 1912, C. Péguy, caminando por la Beauce hasta Notre-Dame de Chartres tras la muerte de un amigo, lo experimenta: "Bajamos la costa de Limours / Encontramos tres o cuatro gendarmes, que nos miraron, no sin alarma, / Consultar los postes indicadores en las

encrucijadas". En esa época, sin embargo, las rutas son muy frecuentadas, pero los desconocidos son contemplados con inquietud y expuestos a la vigilancia. El joven Laurie Lee, 19 años, que camina a través de la España de 1935, en vísperas de la guerra civil, es considerado como más sospechoso todavía: "Había pasado a pie por pueblos miserables donde, en el viento y el polvo, multitudes de niños me habían acompañado a lo largo de las calles. Los sacerdotes y las mujeres se persignaban en cuanto me veían" (Lee, 1994, 75).

En Francia, viajar a pie se volvió insólito en los años cincuenta, y sobre todo a fines de los años sesenta, cuando comienzan a generalizarse los autos o los ciclomotores. Los itinerantes ahora están motorizados. En los pueblos había lugares donde alojar a la gente de paso pero que en principio ya eran conocidos por los pueblerinos o identificados en un trabajo muy específico. Ya en los años setenta, fuera de escasos hoteles, salas de presbiterio o casas de jóvenes, casi no existe otra cosa y el caminante ocasional a menudo debe conformarse con alguna granja o el campo raso si el tiempo es propicio.

En 1971 J. Lacarrière, en su camino de Saverne, en los Vosgos, hasta Leucate, cerca del Mediterráneo, con frecuencia está solo en las rutas o los senderos. Vagabundo, hombre sin familia ni hogar, solamente de paso, al cabo de la ruta encuentra una enorme solidaridad y amistad, pero a veces siente la hostilidad, la desconfianza a su respecto. Se asombra de la soledad de los bosques, donde nunca se cruza con paseantes, incluso en pleno mes de agosto, ni siquiera recolectores de hongos. Un día en que pregunta su camino a un campesino, el hombre le responde: "¿El camino del Bois Villiers? Pero ya nadie lo toma

nunca. Nadie va a esos bosques. Y si se rompe una pierna, ¿quién irá a buscarlo?" (1977, 127). Caminar por caminar no tiene sentido, a veces uno va a pie pero por razones utilitarias, no por placer. La misma experiencia ambivalente, en 1977, para P. Barret y J.-N. Gurgand cuando toman el camino de Compostela. Son tan insólitos en el paisaje que los niños en varias oportunidades los toman por paracaidistas que cayeron por error en esos lugares a causa de sus mochilas (1999, 270). Y su presencia es a tal punto sospechosa para las poblaciones locales que son denunciados y controlados en nueve ocasiones en quince días por gendarmes (276). A comienzos de los años noventa, cuando L. Moutinot camina a lo largo de mil quinientos kilómetros desde Golfo Juan a Ploudalmezeau, no se cruza con nadie. "A la pregunta: '¿Se encontró con otros caminantes?' me gustaría responder que no, de no ser que el Lot, hace algunos años, me había ofrecido a Danielle, que se convirtió en una amiga. Si contamos un caminante cada mil kilómetros, con seguridad es muy poco" (Moutinot, 1992, 18). El estatuto de la caminata cambió enormemente en unos treinta años. Ir a pie, entregado solamente a su cuerpo y su voluntad, es un anacronismo en un tiempo de velocidad, de fulgor, de eficacia, de rendimiento, de utilitarismo. Así, caminar en nuestros días —y sobre todo en nuestros días—, decía J. Lacarrière, "no es volver a los tiempos neolíticos, sino más bien ser profeta" (1977, 202). Él es uno de los primeros que recuperó el gusto de hacerlo. Los caminos de Compostela se han convertido en algunos años en lugares muy frecuentados y dotados de una organización meticulosa. Muy lejos estamos de los viejos caminos, mal acondicionados, mal señalizados, con

una población desconfiada hacia esa gente de paso que llevan su mochila que eran los pioneros de su renacimiento en los años setenta. Aquellos que intentan entonces reconstituir P. Barret y J. - N. Gurgand desaparecieron bajo las "amapolas [...], los caminos están asfaltados o ya no existen. Diez veces tuvimos que pasar alambrados eléctricos o de púas al cabo de senderos que se cortaban en seco" (1999, 277). En los años ochenta se asiste a una reorganización metódica de ellos, en 1983 se crea la primera asociación de Santiago de Compostela, que será seguida por muchas otras. En los años noventa los caminos de Compostela levantan vuelo (Dutey, 2002).

En la actualidad, la caminata se impone como una actividad esencial de hallazgos con el cuerpo, con los otros. Allí donde existen, incluso en los pueblos, son raros los sindicatos de iniciativa que no proponen un repertorio de caminos bien señalizados para el descubrimiento de la ciudad o de sus alrededores. Los imaginarios contemporáneos de la caminata son felices, remiten más bien al esparcimiento, a la disponibilidad.

#### ponerse en marcha

La caminata es ante todo la evidencia del mundo, se inscribe en la línea de los movimientos de lo cotidiano como un acto natural y transparente. A menos que supere sus recursos físicos e induzca a la fatiga o la molestia en caso de heridas, no interrumpe la organicidad que nos habita, prolonga el cuerpo hacia su entorno sin esfuerzo. Es como una respiración, uno no percibe que es parte del cuerpo sino en los únicos momentos en que se vuelve difícil poner un pie delante del otro a causa de un problema de salud o de una herida. Caminar fluye de manera natural, es el agua que se mezcla con el agua, pero cuando deja de ser posible toda la existencia vacila. Con el correr de la vida, se sumerge en un universo familiar y necesario, y sin embargo nunca el mismo. Como lo escribe R. Solnit, "la historia de la caminata es la historia de todo el mundo" (2002, 11). Incluso cuando solicita una experiencia múltiple según el estado de ánimo, la presencia o no de los otros, las estaciones o la naturaleza del terreno, la caminata es una apertura al mundo que invita a la humildad y a la percepción ávida del instante. Restaura la dimensión física de la relación con el medio ambiente y lleva al individuo al sentimiento de su existencia. Proporciona una distancia propicia con las cosas, una disponibilidad a las circunstancias, sume en una forma activa de meditación, solicita una sensorialidad plena. Caminar es

un largo viaje a cielo abjerto y al aire libre del mundo en la disponibilidad a lo que viene.

Al comienzo conviene buscar un poco su ritmo; la alegría hace ligero el paso, pero con el correr del camino, la fatiga se hace sentir suavemente si uno no va a la velocidad adecuada. "La distancia no existe todavía -dice V. Segalen-. No basta con caminar, uno quiere correr [...], uno saltaría a derecha e izquierda, de buena gana. Al cabo de cierta cantidad de horas semejantes, la velocidad cambia: uno reconoce que es indispensable aprender a caminar largo tiempo y derecho" (1983, 23). La caminata enseña a encontrar el ritmo que conviene a cada uno, su respiración personal. Da una línea de orientación. La caminata libera de las coerciones de identidad. Fuera de la trama familiar de lo social, ya no es necesario sostener el peso de su cara, de su nombre, de su persona, de su estatuto social... Conduce a deshacerse en ocasiones de la carga de ser uno mismo, relaja las presiones que pesan sobre los hombros, las tensiones ligadas a las responsabilidades sociales e individuales. El caminante de ja caer las eventuales máscaras porque nadie espera de él que sea un personaje en los senderos. Es anónimo, sin otro compromiso que el instante venidero y de cuya naturaleza él decide. Para una duración más o menos larga, el caminante cambia su existencia y su relación con los otros y con el mundo, es un desconocido en la ruta o los senderos, no está ya envarado en su estado civil, su condición social, sus responsabilidades para con los otros. Experiencia provisional de ingravidez de las exigencias de la vida colectiva. Caminar equivale a pedir licencia de su historia y a abandonarse a las solicitaciones del camino.

Lejos de las rutinas de lo cotidiano, recurrir al bosque, a la montaña, a las rutas o a los senderos es una bella escapada para recuperar el aliento, afilar los sentidos, renovar la curiosidad y conocer momentos excepcionales. Si uno se entrega a los lugares, ellos también se entregan, y con prodigalidad. Por supuesto, el caminante no ve sino lo que ya estaba en él, pero le hacían falta esas condiciones de disponibilidad para abrir los ojos y acceder a otras capas de lo real. Sin receptividad interior, sin una transparencia al espacio y al genio de los lugares, nada se hace, el caminante sigue su camino dejando tras él una posibilidad que no supo percibir. El don siempre es reciprocidad, incluso para un paisaje, y frente al más bello de los senderos, si el caminante carece de la voluntad de hacerse cargo de él, nada verá. El descubrimiento del entorno puede hacerse en lugares grandiosos o anodinos, hasta los espacios más habituales en ocasiones revelan ser inesperados y abren caminos de sentido. Toda caminata, incluso en el barrio vecino, provoca sorpresa, nada nunca es dado al caminante, él siempre va por delante de sí mismo en la ignorancia de la provisión de memoria que acumula durante el camino. Durante el tiempo de una connivencia sensual, caminar es habitar el instante y no ver el mundo más allá de la hora venidera.

La caminata es a veces largo tiempo esperada en un empleo del tiempo saturado como una evasión fuera de los imperativos de la vida social. Suscita la exaltación de sentirse finalmente disponible para sí mismo, y eventualmente para los otros, si el caminante está con allegados. Hazlitt habla de su emoción, muy demostrativa para un inglés, cuando logra escapar a las tareas que lo requieren. "Río, corro, canto de alegría. Desde lo

alto de esa nube hinchada, allá, me sumerjo en mi ser pasado para quedarme atónito, como el indio con la piel quemada se lanza de cabeza en la ola que lo vuelve a llevar a su ribera natal" (Hazlitt, 1994, 67).

Por supuesto, en ocasiones desgrana el aburrimiento a lo largo de las horas, a causa de la monotonía del paisaje, del calor o el frío o el estado de ánimo del caminante que ese día lo vuelve indisponible al instante. Pero el aburrimiento es también una voluptuosidad tranquila, un retiro provisional fuera del frenesí ordinario que deja desprovisto y asombrado, con las manos vacías, llena la cabeza de tiempo y con una vaga culpabilidad de no estar trabajando. Aburrirse es un arte que se aprende usándolo. Caminar induce poco a poco a una suerte de trance, una dulce fatiga impregna los músculos y libera el ánimo, que no está ya sometido a la rumia de las preocupaciones. Después de algunas horas de esfuerzo, los movimientos se deslizan como la duración, como fluye el agua en el lecho del río, en una suerte de evidencia. La conciencia se ha ampliado, desarrolla una lucidez acerca de la progresión, de los incidentes posibles del recorrido.

El pensamiento flotante que nace de la caminata está liberado de las coerciones de razonamiento, va y viene, arraigado en la sensorialidad, el instante que pasa. Caminar es una podadura de los pensamientos demasiado pesados que impiden vivir por su peso de inquietud. "Mis pensamientos duermen si los dejo en sosiego. Mi espíritu no avanza si las piernas no lo agitan", decía Montaigne en los *Ensayos*. R. Walser habla de hasta qué punto recorrer las calles o los senderos le resulta indispensable para escribir: "Sin el paseo habría muerto y

me habría visto obligado desde hace tiempo a abandonar mi oficio, que amo apasionadamente. Sin paseos y recolección de hechos sería incapaz de escribir el menor informe, ni mucho menos un artículo, para no hablar de escribir una nouvelle" (Walser, 1987, 75). Rousseau a menudo habló de su aspiración a la soledad de los senderos. "Caminar tiene algo que anima y estimula mis ideas: casi no puedo pensar cuando permanezco en el lugar; es preciso que mi cuerpo esté en movimiento para ponerle mi espíritu. La vista del campo, la sucesión de los aspectos agradables, el aire libre, el buen apetito, la buena salud que conquisto caminando, la libertad de la taberna, el alejamiento de todo cuanto me hace sentir mi dependencia, de todo cuanto me recuerda mi situación, todo eso libera mi alma, me da una mayor audacia para pensar, de alguna manera me arroja a la inmensidad de los seres para combinarlos, escogerlos, apropiármelos a mi capricho sin molestias ni temor. Dispongo como amo de la naturaleza toda; mi corazón, vagando de objeto en objeto, se une, se identifica con aquellos que lo halagan, se rodea de imágenes encantadoras, se embriaga con sentimientos deliciosos" (Rousseau, 1972, 248). La caminata es la puesta en marcha del pensamiento. "Quedarse sentado lo menos posible; no conceder crédito a ningún pensamiento que no haya nacido al aire libre y que no se mueva con libertad, donde los músculos no festejen del mismo modo. Todos los prejuicios vienen de las tripas; calentar la silla —ya lo he dicho— es el verdadero pecado contra el espíritu sano" (Nietzsche, 1971, 42).

Los pensamientos alimentados por la caminata están sumidos en el cosmos, son "la mitad del cielo —dice Virginia Woolf—;

si se los pudiera someter a un análisis químico, allí encontraríamos granos de color y litros, volúmenes de aire; lo cual los torna inmediatamente más aéreos y más impersonales" (2003). Pero la calidad de pensamiento mientras se camina depende también de las circunstancias, a veces el calor, la fatiga, el ritmo sumen en una suerte de trance e inducen más bien una especie de borradura de sí mismo en provecho de una sensación del mundo más física, muscular. Intuitivamente, cada uno busca su ritmo para reflexionar u olvidarse un momento. La lentitud es más propicia a la reflexión, a menudo también el hecho de estar de a dos en una conversación apacible donde nadaviene a disipar la atención al otro porque hasta la preocupación de los paisajes termina por participar del intercambio. Una caminata se inscribe en los músculos, la piel, es física y remite a la condición corporal que es la de lo humano. Manera de recuperar la infancia en el júbilo del esfuerzo, de la tenacidad, del juego. Como un niño que juega y desaparece en su acción, el caminante se disuelve en su avance y recupera sensaciones, emociones elementales que el sedentarismo de nuestras sociedades ha vuelto escasas. Sentir el trabajo de los músculos, el sudor, es también sentirse vivo y más allá, de manera más prosaica, pensar en el placer del pronto reposo, del apetito que aumenta al acercarse la posada o el alto al borde del camino. Esta fatiga no es impuesta por las circunstancias, forma parte del juego. "Poco importa hacia qué caminábamos desde esta mañana si, al detenernos en esta etapa, tomamos conciencia, habiendo empleado el vigor y los músculos, de haber "caminado bien todo el día"" (Segalen, 1983, 25). El gasto físico es júbilo porque no es obligado sino que rubrica una

bella jornada de descubrimientos, de recuerdos deslumbrantes; uno se abandona con delicia a una fatiga que gratifica el cuerpo y el paisaje. El caminante es su propio capataz, recurre solamente a su cuerpo y a sus recursos físicos para progresar, sin otra energía que su deseo y su voluntad de llevar a cabo un recorrido hasta su término. La satisfacción es tanto mayor por el hecho de no deberla más que a sí mismo. Al cabo del esfuerzo siempre está el reposo, el hambre canina de las comidas o el sabor de las bebidas, la felicidad del alto nocturno, la ducha o el baño que prepara el renacimiento.

En modo alguno es necesario tener un objetivo para caminar, aunque a veces hace falta un pretexto para ponerse en movimiento. Para algunos senderistas, seguir un recorrido señalizado hacia la Roche du Corbeau, la Vierge de la Grotte o la fuente Marie, recorrer el sentido de los Douaniers o caminar hacia Santiago de Compostela de ningún modo implica un objetivo en el sentido utilitario de la palabra. Generalmente, el término de la caminata no es más grandioso que las diferentes etapas del recorrido, de no ser un poco vago el hilo conductor. Lo fluctuante, justamente, autoriza la puesta en movimiento. Lo que es importante en la caminata no es su punto de llegada sino lo que en ella se juega en todo momento, las sensaciones, los encuentros, la interioridad, la disponibilidad, el placer de vagabundear..., muy simplemente existir, y sentirlo. Ella se encuentra lo más lejos posible de los imperativos contemporáneos donde toda actividad debe ser provechosa, rentable. Pero justamente un caminante no tiene nada que ver con el provecho, solamente pretende compartir un momento de plenitud con los otros o solo con el paisaje, en un gasto que

no espera nada a cambio. La caminata es inútil, como todas las actividades esenciales. Superflua y gratuita, no conduce a nada de no ser a sí mismo tras innumerables desvíos. Nunca está subordinada a un objetivo sino a una intención, la de recuperar su aliento, un poco de ligereza, unas ganas de salir de su casa. El destino no es más que un pretexto, ir allá más que a otra parte, pero la próxima vez será a otra parte más que allá. En este sentido, la caminata es la irrupción del juego en la vida cotidiana, una actividad consagrada solamente a pasar algunas horas de paz antes de volver a casa con una provisión de imágenes, de sonidos, de sabores, de encuentros...

Posiblemente, uno no se siente nunca solo en una larga caminata solitaria, y a la inversa infinitamente solo en una caminata grupal. "Nunca conocí un compañero que fuera tan social como la soledad", decía Thoreau. En efecto, se puede caminar solo en algunos lugares y sentirse mucho más rodeado que en un gran bulevar, pero son presencias discretas, calurosas, tienen el peso de un soplo. Participan de la soledad, pero la pueblan. T. Guider camina solo a lo largo del Loira: "¿Es tan espantoso pasarse un mes y medio en compañía de uno mismo?" (2004, 47). Evoqué largamente en Elogio del caminar el debate apasionado entre aquellos que desean caminar solos y aquellos que prefieren estar con los otros. Si la soledad es propicia para algunos porque experimentan la necesidad de encontrarse, de reflexionar, de apaciguarse; otros, por el contrario, quieren la complicidad con sus allegados, su compañera o su compañero, sus hijos, sus amigos. Pero en una marcha de a dos o entre varios siempre hay una tensión entre la aspiración hacia el paisaje y la palabra dirigida a los otros.

Según los momentos de la existencia, el deseo es caminar solo o con allegados, a veces desconocidos.

A menudo el gusto de la soledad prevalece, por lo menos el deseo de recuperar su aliento unos instantes, lejos del lazo social. Reflexionar, tomar distancia, conocer un momento de silencio y de interioridad antes de reanudar lazos con los otros. "Me gusta caminar solo —dice R. Bass—. [...] Uno piensa en cosas muy distintas. Su propio ritmo, el ritmo mismo del día, no son ya semejantes. Caminar solo me da la sensación de estar 'en otra parte', como separado. Y particularmente me gusta la manera en que una bella jornada se estira en longitud cuando uno la dispone únicamente para sí" (1997, 243). En diciembre de 1933, cuando P. Leigh Fermor deja Inglaterra a los 18 años para dirigirse a pie a Constantinopla, dice haberse interrogado un momento sobre el interés o no de partir de a dos: "Pero sabía que la empresa debía ser solitaria, y la ruptura total. Quería escribir, reflexionar, detenerme o retomar la ruta a mi aire, para observar las cosas con una mirada nueva y oír lenguas vírgenes de toda palabra conocida" (Leigh Fermor, 1991, 28). W. Hazlitt afirma su deseo de caminar solo porque no desea tener que debatir acerca de la pertinencia del color de las vacas o de la altura de los setos con un interlocutor predispuesto con una idea fija. Pero como buen inglés, a pesar de todo reconoce algunas excepciones: "Uno se sentiría casi sofocado en los desiertos de Arabia sin amigos ni compatriotas: hay que admitir que el espectáculo de Atenas o de la Roma antigua impone que uno se exprese; y sostengo que las Pirámides son demasiado formidables para la menor contemplación solitaria" (Hazlitt, 1994, 84). Jacqueline de Romilly a menudo camina con amigos, pero

expresa su preferencia por caminatas solitarias: "Es tan difícil estar seguro de que dos personas se cansarán en el mismo momento, se entusiasmarán en el mismo momento" (2002, 78). Ella sabe que pronto, ineludiblemente, se hablará de los proyectos, del trabajo, de las preocupaciones de unos y otros en el olvido del instante y de los paisajes. P. Sansot prefiere la compañía cuando camina en la ciudad, y aspira a la soledad en el campo, "una tercera persona me parecía inútil para reflexionar. Me hubiera demorado con sus comentarios en la progresión de mi pensamiento y, queriendo prevalecer sobre mi amigo, habría perdido de vista la búsqueda de la verdad" (Sansot, 2000b, 42).

Caminar no es machacar las preocupaciones profesionales con los mismos interlocutores que los de la semana. En el extranjero, cuando estoy con colegas siempre me escabullo para un descubrimiento solitario y no tener que discutir acerca de los problemas de la universidad como si estuviéramos todavía en París o Estrasburgo en vez de abrir los ojos a Tokio o Buenos Aires. Del mismo modo, no tengo muchas ganas de que me expliquen con pelos y señales la biografía de un general que tiene una estatua o la razón de ser de un edificio que habré olvidado al minuto siguiente. El caminante en la ciudad, por ejemplo, rara vez es un hombre o una mujer de los sitios o los monumentos, aunque les eche una mirada al pasar y apoye su alforja para satisfacer el ritual de la contemplación; está más al acecho de sensaciones mínimas, de impresiones fugaces que lo atraviesan en su confrontación con los lugares. Rousseau confiesa a Malesherbes en 1762 que los mejores momentos de su existencia no son tanto los de su juventud como los de su

retiro, esos paseos solitarios que tanto le interesan. Se levanta por la mañana y va a contemplar el sol al fondo de su jardín. La mañana transcurre en diversas tareas y se apresura en almorzar para escapar a los visitantes que posiblemente vengan a verlo por la tarde. "Pero una vez que podía dar vuelta cierta esquina, cómo se ponía a latir mi corazón, con qué chisporroteo de alegría comenzaba a respirar sintiéndome salvado, diciéndome: '¡Heme aquí dueño de mí mismo por el resto de la jornada!'. Me dirigía entonces con un andar tranquilo a buscar algún lugar salvaje al bosque" (en Gros, 2011, 151). Al atravesar solo los paisajes, la impregnación carece de defectos y la serenidad es más total.

Durante su larga caminata por la ruta de la Seda, B. Ollivier multiplica los encuentros efímeros y no deja de alabarlos, pero con el correr del tiempo está solo en el camino y entonces a veces se derrumba y lamenta no poder compartir sus emociones sino con huéspedes de paso cada día diferentes y en una lengua aproximativa: "La mayor dificultad de la caminata tal como yo la practico es enfrentarse con la soledad" (Ollivier, 2001, 47). El hecho de estar solo, aunque rime con libertad, es en ocasiones una felicidad provisoria. L. Lee viene apenas de dejar a sus padres, sus hermanos y sus hermanas, está en el primer día de un inmenso periplo por España, pero lo invade la tristeza: "A todo lo largo de esta primera mañana y esta primera tarde de soledad me sorprendí esperando que vendrían en mi ayuda o que pondrían alguna traba a mi proyecto. Habría ruidos de pasos a mis espaldas, una voz, alguien de mi familia que me llamaría. Nada ocurrió. La que debía enfrentar era mi propia libertad [...]. De no ser por mis hermanos, habría dado

media vuelta: pero no, nunca habría soportado la expresión de sus rostros" (1994, 19). Para caminar hay que abandonar su casa durante horas o semanas, tal vez meses, y dejar a sus espaldas toda una historia.

Caminar es en ocasiones también compartir un silencio y un habla, sobre todo con otros senderistas. La progresión tranquila es propicia para la conversación, sin las innumerables solicitaciones de la vida cotidiana. La atención al otro carece de defectos. Uno lo escucha, le habla, se calla con él, comparte emociones y descubrimientos. Con el correr de las horas se dicen cosas que jamás se hubieran dicho en otra parte. A. Perdiguier, el compañón de la vuelta de Francia, camina de Versalles a París con un amigo. Están agotados porque se hallan en la ruta desde hace más de veinticuatro horas, y disminuyen su esfuerzo. De pronto: "¡Oh, felicidad inesperada! Aparece una joven y linda señorita que camina detrás de nosotros, luego al lado...¡Nos habla, nos sonríe y se muestra tan amable! Como nosotros, va a París. Sus piernas son firmes, sus corvas flexibles y ligeras; ¡sus pequeños pies apenas tocan la tierra! [...] Su ejemplo, sus palabras, su amabilidad nos reaniman, nos vuelven a levantar el ánimo. Ella no siente la fatiga, nosotros olvidamos la nuestra: llegamos a París frescos como una lechuga. Habíamos hecho veintidós leguas sin descansar" (Perdiguier, 1964). El espíritu de seriedad no es muy conveniente a la caminata.

Sin lugar a dudas, hacen falta algunos utensilios para aprovechar mejor el camino. Asociado sobre todo al camino de Compostela, el bastón es necesario para algunos caminantes que se tallan uno antes de partir o usan el mismo de siempre.

J.-L. Hue encuentra uno caminando en las Cevenas, tallado en abeto y trabajado en algunos lugares. Lo abandonará junto a un banco al término de su viaje. "Un bastón, como un traje, se hace en el camino. Se ajusta a los movimientos del caminante, se adapta a sus necesidades y a sus gustos. Es un arco que alza el cuerpo en los ascensos, un apoyo que lo alivia y lo retiene en los descensos" (Hue, 2010, 18).

Los pies son lo principal, en efecto; ese es el talón de Aquiles. El calzado prolonga los pies o los pies prolongan el calzado como en la tela de Magritte (1937) del Museo de Rotterdam donde los pies están superados por cueros y cordones, sin que se sepa ya cuál es cuál. Sobre el polvo de los senderos no se gastan solamente las suelas. "A menudo —escribe Jacques Lacarrière – ocurría de noche, en el curso de los primeros días de esa larga marcha, que contemplaba mis pies con asombro: con esto, me decía, caminamos desde el amanecer de los tiempos homínidos y recorremos la Tierra" (1977, 17). Mientras camina, cada vez más piensa en sus pies y se le da por soñar e imaginar "estaciones de pedicuría, decoradas con emblemas apropiados: un dedo gordo, un gran pie que señala que allí se pueden recibir cuidados y masajes. Entonces uno dejará la mochila, se descalzará y mujeres con manos expertas se inclinarán sobre nuestros órganos locomotores: dedos, planta, pie, tobillos, pantorrillas, muslos" (68). Las caminantes no se quedarán atrás porque también habrá hombres para masajearlas. Nunca hay que lamentar la pequeñez de los pies, porque mueven el mundo. No son la Tierra en su totalidad, sino la posibilidad de recorrerla en todos los sentidos. Le dan acceso. "Aunque los pies del hombre no ocupen más

que un pedacito de tierra, puede caminar por todo el espacio que ellos no ocupan sobre la inmensa Tierra" (Zhuangzi). En efecto, la caminata es un contacto de los pies en el suelo y un ritmo de progresión que implica estar bien calzado para caminar adecuadamente y evitar las heridas o la incomodidad. La misma observación hace V. Segalen sobre las rutas de China: "Observo con atención lo más sorprendente: encontrarme, en la noche de este día, habiendo partido de un punto alejado diez leguas, y llegado aquí, donde escribo, por el solo equilibrio de mis dos pies sensibles" (1983, 60).

#### caminos

Para que se despliegue al infinito el conocimiento del mundo, se necesitan los caminos o los senderos, memoria tallada en la misma tierra, huella en las nervaduras del suelo de los innumerables caminantes que recorrieron los lugares en el curso del tiempo, una suerte de solidaridad de los hombres anudada en el paisaje. El camino une la fila infinita de las generaciones. Un caminante sigue siempre los pasos de sus incontables predecesores. A veces hay que buscar las huellas dejadas por los últimos caminantes cuando la hierba y las ramas ya cubrieron el espacio, uno mismo tiene que participar en el trabajo de impresión del suelo para indicar la vía al siguiente. Los senderos no siempre están bien señalados o son reconocibles. Los recorridos en ocasiones se hacen a ojo de buen cubero si el espesor de la vegetación no lo impide. La huella en el suelo depende del número de caminantes que pasaron por allí. Cada hombre o mujer, desde la infancia, deja la marca de su aliento y de sus pasos. El camino es una forma de comunicación no solo en el espacio sino también en el tiempo. Allí está la infinitesimal firma de cada caminante, indiscernible. Porque tal es la humildad del camino mil veces recorrido: inscribir la huella al tiempo que se la disimula a la mirada.

El caminante siente la tierra bajo sus pies en una relación viva con un recorrido realizado, los sentidos abiertos y el cuerpo disponible. Dispensa sus puntos de referencia a medida que

avanza para un eventual retorno sobre sus pasos: un árbol, un peñasco, ruinas, un arroyo o una rama dispuesta en la tierra o mejor todavía un mojón que lleva el testimonio de pasajes de millares de caminantes. Para aquellos que están acostumbrados a un medio, muchas balizas jalonan sus itinerarios a manera de un mapa viviente, a menudo hechas de relaciones entre distintos objetos. El trazado de un camino se teje a través de los signos diseminados que hay que saber descubrir.

El caminante está en la superficie de la ruta, no se atarea en la lucha del automovilista, a veces mortal para él o para los otros, con un itinerario que trata de acabar lo más rápido posible para llegar a destino. Los pies que huellan no tienen la agresividad del neumático, que aplasta todo lo que se cruza por su camino sin ningún reparo e imprime la herida de su paso. Las huellas dejadas por los animales son casi insensibles. Los pasos del caminante sobre la tierra son de una ligereza infinita, un soplo sobre las piedras, la hierba o la nieve, no dejan más que un grano de arena, una huella de memoria, no una herida sobre el suelo. Tomar esas rutas terrosas conduce a seguir de cerca a la multitud de los otros caminantes y de las generaciones anteriores a lo largo de una connivencia invisible pero real. El camino es una cicatriz de tierra en medio del mundo vegetal o mineral presa de la indiferencia del pasaje de los hombres. El suelo sacudido por los innumerables pasos impresos en una ínfima duración es una marca de humanidad.

Más allá del camino está todo el resto, fuera de los caminos trillados, otro uso del mundo, de los animales, del bosque o de las peñascos. En ese examen, allí donde faltan las balizas puestas por los otros, sin huella de animación social, el

caminante tiene cita con su historia, con su interioridad. Él llega a no llevar otro peso más que el de su mochila. Está aliviado de las preocupaciones que hacían pesados sus pasos en los momentos que precedían su partida. Aunque el caminante a menudo sea indiferente a su destino, un camino es una proposición, por supuesto una orientación o una dirección. No es más que un pretexto para la deambulación y el viaje interior. Un viaje es apertura, tensión hacia un más allá al que cada paso desplaza más lejos. Un caminante nunca llega, siempre está de paso. "Jamás sé demasiado dónde me conducirá un camino ni tampoco si me conducirá a alguna parte. En cambio, estoy seguro de aquello a lo cual me sustraerá: a un adormecimiento que no es una forma de sabiduría, a la resignación, al repliegue sobre sí mismo; y la soledad que a veces lo acompaña no tiene nada de amargo..." (Sansot, 2000b, 9).

A veces el camino está apenas trazado, desaparece bajo la nieve o la vegetación, o es tierra endurecida por los numerosos pasajes, sendero de muleteros que trepa las colinas o las montañas, vestigio de vías romanas todavía pavimentadas por sitios, porciones de viejas rutas abandonadas, rutas forestales... "La ruta cambió repentinamente de aspecto, la ruta musgosa, la ruta muerta que evidentemente nadie tomaba: ¡hace unos trescientos años que nadie había pasado por ahí! En cambio, ahora es un sendero vivo en la tierra. Todos los días se posan pasos por aquí" (Segalen, 1983, 98). Hay una vida y una muerte de los caminos, y a veces desaparecen cuando las tierras se distribuyen de otro modo, cuando los hombres ya no los toman, privilegiando las rutas asfaltadas. En ocasiones uno cruza fantasmas de caminos. Cuando viaja en una barca

por el estanque de Walden, Thoreau percibe las briznas de una vieja pista india. Anota en su Journal: "Tuve la sorpresa de descubrir, rodeando el estanque, incluso allí donde un espeso bosque acaba de ser talado sobre los bordes, un estrecho sendero trazado en el flanco escarpado de la colina, que sucesivamente subía y bajaba, se acercaba y se alejaba del borde del agua, tan viejo probablemente como la presencia de los hombres aquí, gastado por los pies de los cazadores aborígenes, y todavía hoy hollado de tanto en tanto inconscientemente por los actuales ocupantes de la región" (1981). Un camino es a la medida de los pasajes que engendra. El bosque, las hierbas, los arroyos vienen a amenazarlo de manera permanente, y no deja de ser reconquistado para mantener su huella frágil sobre el suelo. Cada caminante, cada animal aporta su contribución a ese esfuerzo a la vez permanente e insensible. A veces la naturaleza se resiste y recupera sus derechos, el sendero o sus inmediaciones se cubren de obstáculos. A. Cingria camina por la campiña romana y se siente sorprendido por los agujeros que salpican el espacio: "Son peligrosos, pero uno no está obligado a caer dentro de ellos".

La tempestad de fines de diciembre de 1999 hizo irreconocible a los Vosgos con esos innumerables árboles abatidos que durante largo tiempo fue necesario pasar por encima o rodear a despecho de los ramajes o las zarzas. Así desaparecieron senderos bajo la vegetación y la sucesión de troncos o ramas. Fuentes que inundan el espacio circundante impiden el acceso a otros. Pero nuevas vías fueron trazadas por los caminantes que debían superar los obstáculos y, de paso en paso, de pasaje en pasaje, otras vías se abrieron en el bosque.

Un camino traduce la tenacidad de los hombres para mantener su avance. Posee una finalidad que a menudo es malograda por las circunstancias o los elementos. "Vean aquí la ruta enfrentada con la tierra, el acantilado amarillo y sus castillos y sus brechas, sus crestas y sus muros. La ruta se vuelve entonces cortante, y los pasos que la huellan la incrustan cada vez más profundamente. La ruta desciende hacia la tierra. Pero el desprendimiento de toda una colina la corta. Debe saltar a través, y reanudar más lejos. La ruta prosigue. La ruta nunca ignora su objetivo" (Segalen, 1983, 105). Zigzaguea entre los obstáculos, los gasta con el correr del tiempo, atraviesa un arroyo por un vado o gracias a un puñado de piedras juiciosamente dispuestas o bien son los caminantes los que pasan por encima de los troncos o las fuentes que desbordan, y evitan los materiales desprendidos. Un camino es una línea de vida, una vena de la tierra que alimenta una red interminable. Aunque cada uno lleve a alguna parte, continúan más allá hacia otras rutas, otros senderos que entrelazan la tierra entera. Todo camino desemboca en otro camino, en un movimiento sin fin que relaciona todas las rutas del mundo, interrumpidas solamente por los mares o las montañas

A veces el mismo sendero parece embriagado y gira de manera fantasiosa en lugares que sin embargo parecen sin obstáculos. Es una ruta semejante la que recorre Nicolas Bouvier en la isla de Aran: "La ruta, también estrecha, azul, brillante de hielo, gira sin ton ni son allí donde podría correr rectamente y toma por la pendiente más fuerte los cerros que debería evitar. Hace lo que le viene en ganas" (1993, 11). Contrariamente a la ruta, el camino es un llamado a la lentitud y no a la velocidad, a la ensoñación

y no a la vigilancia, al correteo y no a la utilidad de un recorrido que hay que cumplir, procura la confianza y no la amenaza. Abre la vía al descubrimiento, a la sorpresa, a la exploración. Invita a la libertad. El caminante construye a veces su progresión según los incidentes o las atracciones del recorrido, según los acontecimientos que marcan su avance, el magnetismo o la desolación propia de los lugares atravesados, y la geografía interior que trata de alcanzar sin saber si va a encontrarla ese día. "Se hace camino al andar [...]. Caminante no hay camino / sino estelas en la mar", recuerda Antonio Machado. El camino modula el ritmo del caminante según su aspereza o su facilidad. Y se convierte en compañía incansable a través de los descubrimientos que ofrece y las meditaciones que induce. La ruta libera el imaginario a través de lo que se percibe de ella a lo lejos, lanza el espíritu hacia esa lejanía a medias perceptible pero de la que todavía no se sabe qué sorpresa, acaso deliciosa, depara. Sin duda raramente, pero a algunos caminantes no les gustan los caminos ya señalizados y prefieren inventar una progresión que les sea propia. Esto ocurrió con el naturalista Doug Peacok, especialista de los grizzlis1. Caminando con R. Bass y algunos de sus amigos, no deja de apurar el paso. "Él detesta los senderos. Como si cada paso que da por uno de ellos fuera una humillación. Tiene prisa por dejarlo para desaparecer en las malezas, pero todavía no estamos más que a siete u ocho mil pies y el sendero sigue siendo el medio más rápido de llegar a la cumbre" (Bass, 1977, 40).

<sup>1</sup> Osos grises de gran tamaño, de las montañas rocallosas. [N. del T.]

Según las geografías y la tesitura de los lugares, la línea recta no siempre es la vía más directa. En la montaña, por ejemplo, donde la progresión impone rodear, bordear, en ocasiones utilizar incluso sus manos para alzarse sobre un obstáculo y permanecer en un itinerario apropiado. A veces la caminata no está hecha sino de desvíos de hecho de los accidentes de terreno, de los desprendimientos, de los arroyos o los ríos, las zarzas o los peñascos. Alejarse se convierte en la mejor manera de acercarse. Toda caminata, por otra parte, impone ese juego con el espacio, solo ella permanece, si el individuo no dispone ni de caballo ni de mulo, para franquear los obstáculos en senderos rocosos, desiguales, inaccesibles por otros medios técnicos. A pie siempre es posible una solución, un hombre pasa casi por todas partes. El virtuosismo de los movimientos del cuerpo, su ajuste al medio es una matriz interminable de avance pese a las dificultades que a veces jalonan la ruta.

Para el viajero, la encrucijada no es solamente el cruce de caminos que conducen hacia direcciones diferentes, a veces implica una elección de existencia, depende de una voluntad de suerte que tropieza o no con la adversidad. Pero también está la nostalgia de la ruta abandonada de la que no se sabe si no conducía a una verdad personal que habría podido modificar el curso de la vida dirigiéndolo a una vía propicia. Deslumbramiento de un paisaje, de un encuentro. Toda elección es peligrosa y nunca se sabe lo que se gana o se pierde al decidir tomar a la izquierda o a la derecha, ceder a la tentación del bosque o de la colina. La cartografía itinerante no está fundada en la utilidad sino en las afinidades.

En ocasiones son los caprichos de la meteorología los que borran todo relieve. La nieve cubre rápidamente los senderos y dificulta la progresión difuminando los puntos de referencia, borrando el camino y haciéndolo indiscernible en el entorno. Todo se borra en la misma blancura. Un destino cercano a algunas horas ahora se vuelve difícil de alcanzar e implica muchos meandros, arrepentimientos, vacilaciones, siempre bajo el mismo envoltorio de nieve. Cuando el camino está perdido y el caminante desorientado, resta solicitar a un curioso o a un campesino que trabaja en su campo, pero las informaciones no siempre son claras. J. Lacarrière habla de su mortificación en varias oportunidades cuando pregunta una dirección y le responden: "Es fácil, todo derecho". Detrás de la sencillez de la frase, dice, hay toda una filosofía del camino, dos maneras opuestas de concebir la caminata. "Significa o bien todo derecho en esa dirección, vale decir, yendo lo más posible en la dirección escogida, o bien permaneciendo siempre en el mismo camino, incluso si gira y vuelve a girar o vuelve para atrás; en otras palabras, cualquiera que sea su dirección" (Lacarrière, 1977, 33). Por lo que respecta al rigor de su filosofía, Descartes adopta el mismo método que sirve a los caminantes para librarse de un trance difícil: "Imitando en esto a los viajeros que, al verse extraviados en algún bosque, no deben vagar dando vueltas, ora de un lado, ora de otro, ni mucho menos detenerse en un lugar, sino caminar siempre lo más recto que puedan hacia un mismo lado, y no cambiarlo por razones endebles, aunque tal vez al comienzo no haya sido sino el azar el que los haya decidido a escogerlo: porque, por ese medio, si no van justamente

donde lo desean, por lo menos llegarán al final a alguna parte, donde a todas luces estarán mejor que en el medio de un bosque" (1966, 52). Con frecuencia, la línea recta es aburrida para el caminante, salvo en esas circunstancias donde se convierte en el único recurso cómodo para salir del apuro cuando ya no sabe dónde está.

A veces uno se extravía en el bosque y la caída del atardecer amenaza con tornar más difícil todavía el retorno al sendero perdido. Todo caminante posee el recuerdo de avances inquietantes contra el reloj antes de que caiga la noche y pronto resulte imposible proseguir en la oscuridad y la maraña de la vegetación. Me acuerdo sobre todo de una larga caminata por el litoral de la isla de Santa Catarina, en Brasil. Habiendo partido por la mañana de un hotel del borde de la ruta alejado del mar a causa de las lluvias que habían inundado el camino más directo, habíamos atravesado un bosque antes de llegar a la playa desierta. Allí habíamos caminado unos quince kilómetros para alcanzar un pueblo que discerníamos a lo lejos, donde comimos una deliciosa comida mientras aprovechábamos con regularidad el mar. Al atardecer tomamos el camino de regreso teniendo conciencia de que no habíamos marcado en absoluto el punto de entrada en el bosque. Caminamos con un buen paso mientras caía la noche. Por milagro encontramos el sendero del bosque; con algunos minutos de diferencia nos hubiera costado trabajo avanzar entre los árboles. Luego, en cambio, nos invadió la oscuridad y fue necesario adivinar el estrecho camino en la vegetación más que verlo, y avanzar entre los recuerdos de la mañana, antes de surgir de pronto en la ruta

### Lentitud

La caminata no se juega solamente en el espacio, el tiempo también es movilizado. No se trata ya de la duración de lo cotidiano ritmada por las tareas del día y las costumbres, sino un tiempo que se estira, vagabundea, se desprende del reloj. Progresión en un tiempo interior, regreso a la infancia o a momentos de la existencia propicios para un retorno sobre sí mismo, rememoración que con el correr de la ruta desgrana imágenes de una vida, la caminata solicita una suspensión feliz del tiempo, una disponibilidad para entregarse a improvisaciones según los acontecimientos del recorrido. El caminante es el único dueño de su tiempo; él decide acerca de su ritmo de avance, se detiene a su antojo para observar un detalle del paisaje o una fuente, zambullirse en el agua fresca de un lago o de un río, o para perder el tiempo en la hierba, observar un cortejo de hormigas o seguir la progresión tortuosa de una culebra o de un reptil. Desanda el camino porque desea volver a ver de más cerca un detalle del canal que lo intrigó en el momento sin detenerlo, se detiene al escuchar un ruido en las malezas, o para mirar a un zorro que pasa con una real indiferencia a algunas decenas de metros, acelera para divisar a un ciervo que se deslizó entre la vegetación.

El caminante se halla en la alternancia de la observación de lo inmenso y lo minúsculo. En *Sourates*, J. Lacarrière describe sus años de la infancia que pasó en un jardín del Valle del Loira

inventariando las flores, las plantas de su jardín; él dedujo que "le quedó de esa época la pasión de ese mundo ínfimo, el deseo de convertirse un día en 'el geógrafo de las ramitas o el oceanógrafo de los charcos'" (1990, 58). Maravillosa definición del caminante atento a todo cuanto se cruza en su camino, del paisaje a los animales, de las flores a los ríos, y sin escatimar medios porque a sus ojos todo se vuelve motivo de interrogación y de curiosidad, como sitodo recorrido indujera un retorno a la infancia y a sus interrogaciones infinitas. La caminata conduce a todos los saberes. "Una de las alegrías reales de la caminata es detenerse allí donde la inspiración se adueña de uno, sentarse al borde de un arroyo, en el corazón de un claro, en una pradera, en una ruta de campiña, escribir así donde le viene en gana, en medio de la naturaleza o incluso en los cafés" (Lacarrière, 1977, 234). El joven Laurie Lee, que acaba de dejar a sus padres para dirigirse a pie a España piensa primero ir a Londres, a ciento cincuenta kilómetros de ahí. Pero el deseo de ver el mar se apodera de él. "Hacer un rodeo por Southampton ciertamente alargaría mi viaje en ciento cincuenta kilómetros, pero era verano y yo tenía todo el tiempo para mí" (Lee, 1994, 18). Cuando se dispone de su tiempo, ¿qué significa un desvío de algunos días; y por otra parte, ¿la caminata no es siempre un desvío?

Escapada fuera del tiempo o en un tiempo lentificado, la caminata no es una búsqueda de rendimiento o de lo extremo esponsorizada por marcas comerciales, es un esfuerzo a la medida de los propios recursos del caminante. Curioseando a lo largo de los caminos y el tiempo, él solo decide acerca de su empleo del tiempo. Nada le impide hacer una siesta al borde

de la ruta o discutir con sus compañeros. El caminante reinventa el callejeo, el hecho de tomarse su tiempo. No va más rápido que su sombra. Milan Kundera lamenta la desaparición de los trotacalles en nuestras sociedades y evoca un proverbio checo a su respecto: "Ellos contemplan las ventanas del buen Dios". Tal hombre "es feliz. En nuestro mundo, el ocio se ha transformado en desocupación, lo que es muy distinto: el desocupado está frustrado, se aburre, está en constante búsqueda del movimiento que le falta" (Kundera, 1995, 12). Afirmación tranquila de que el tiempo solo a uno le pertenece. La caminata burla los imperativos de velocidad, de rendimiento, de eficacia, no tiene nada que ver con todo eso. No consiste en ganar tiempo sino en perderlo con elegancia. No se trata ya de estar tomado por el tiempo sino de tomarse su tiempo. En esto es una subversión radical en una sociedad donde tiene fuerza de ley la terrible frase de Taylor en las fábricas Ford de los años veinte, que no soportaba ver que los obreros dejaran un solo instante de trabajar: "Guerra al ocio". El frenesí de la velocidad, del rendimiento, apela como reacción a la voluntad de lentificar, de calmar el juego. La caminata es una ocupación plena del tiempo, pero en la lentitud. Es una resistencia a esos imperativos del mundo contemporáneo que recortan el gusto de vivir. Hoy los bosques, los senderos están llenos de trotacalles que caminan a su antojo, a su paso, a su tiempo, conversando apaciblemente o meditando sin un propósito determinado. Solo la lentitud permite estar a la altura de las cosas y en el ritmo del mundo. Ella es la evidencia de la progresión, implica un avance atento, hasta contemplativo, la posibilidad de detenerse para aprovechar un lugar donde descansar. Es

un movimiento de respiración. La lentitud se sumerge en el corazón del entorno, pone a la altura de los sentidos las particularidades del recorrido y proporciona los medios para apropiárselas de inmediato.

Una larga caminata es una suspensión del tiempo, una indiferencia a todo cuanto no es el recorrido. En el Dolpo, P. Mathiessen y su compañero G. Schaller ignoran los acontecimientos que sacuden al mundo, incluso aquellos que agitan a sus familias. Viven un despojamiento absoluto, sumergidos únicamente en el instante que pasa. "No tenemos novedades del mundo moderno desde fines de septiembre y no sabremos nada de él antes de diciembre; ahora bien, poco a poco mi espíritu se ha aclarado, el viento y el sol se deslizan en mi cabeza como en una campana. Aunque hablemos poco aquí, nunca me siento solo: he entrado dentro de mí mismo" (Mathiessen, 1983, 253). El tiempo se vuelve la medida del cuerpo, no hay otra cosa que cada momento que pasa. La lentitud del recorrido hace de toda caminata una peregrinación. La caminata es retorno a lo elemental: el amanecer, el poniente, la noche, la tierra, las piedras, las colinas, las montañas, el agua, la lluvia, el viento, ella nos evoca nuestra humanidad esencial inmersa en un mundo que nos supera y nos maravilla o nos inquieta.

### sensorialidad

El caminante está bajo el cielo abierto de sus geografías íntimas. El cuerpo es la condición humana del mundo, ese lugar donde el movimiento incesante de las cosas se detiene en significaciones precisas o en ambientes, se metamorfosea en imágenes, en sonidos, en sabores, en olores, en texturas, en colores, en paisajes, etc. Eminentemente sensible y sensual, la caminata es un sentimiento de desconexión de las rutinas sensoriales (Le Breton, 2000; 2007), la certeza de sorprenderse de manera permanente y de renovar sus referencias de significaciones y valores a lo largo de la ruta. "El viaje suministra ocasiones de sacudirse pero no -como se creía- la libertad. Más bien hace experimentar una suerte de reducción; privado de su marco habitual, despojado de sus costumbres como de un embalaje voluminoso, el viajero se encuentra devuelto a proporciones más humildes. Más abierto también a la curiosidad, a la intuición, al flechazo (Bouvier, 1992, 68). Lejos de los automatismos propios de un entorno familiar, el viajero está sometido de manera permanente al asombro de ver, de saborear, de tocar, de sentir, de oír y de zambullirse, incluso en otras dimensiones sensoriales que tienen que ver con percepciones que le eran desconocidas.

El mundo se da a través de la profusión de los sentidos. No hay nada en la mente que no haya previamente pasado por los sentidos. Cada percepción está en resonancia con otras mil y no

deja de ofrecerse como inagotable de proposiciones. Una continuidad se anuda de manera permanente entre el cuerpo del viajero y la carne del mundo. La geografía exterior es sensual, viviente, amenaza, respira, sangra, se sacude o se adormece, es una segunda carne. La caminata no es solamente mirada, aunque la belleza de los lugares se ofrezca en profusión, es también inmersión entre las napas de olores, los sonidos, lo táctil cuando el sendero se enfrenta de pronto con un río, un arroyo, y las manos se abandonan a la frescura del agua o el caminante no resiste la tentación de nadar en la transparencia. Se une al sabor del mundo cuando la glotonería impone un alto al borde del sendero para recoger según las estaciones y los lugares las cerezas, las fresas o las frambuesas salvajes, las moras, los arándanos. U otros frutos más cuando un viejo jardín conquistado por la vegetación conserva todavía manzanos, perales, damascos o incluso limoneros o naranjos en las orillas del Mediterráneo. Pero la fatiga feliz de algunas horas de excursión basta para tornar memorable el menor sándwich o la menor fuente. "¡Cuántas horas pasadas hundiéndome entre los ajenjos, acariciando las ruinas, intentando ajustar mi respiración a los suspiros tumultuosos del mundo! Sumido entre los olores salvajes y los conciertos de insectos somnolientos, abro los ojos y mi corazón a la grandeza insostenible de ese cielo saturado de calor" (Camus, 1959, 53).

La atención al entorno es acerada, como si los sentidos estuvieran lavados de las rutinas de la vida cotidiana, pero también de sus malestares. Se despliegan en una dimensión inesperada. Los sonidos están como en un estuche de silencio, y uno se asombra de oír con tanto brillo los gritos de los pájaros o

de los animales, los rumores de una fuente o el viento en las ramas de los árboles. Redescubrimiento del oído una vez lejos de la ciudad y del ruido omnipresente de los autos. En esos lugares preservados abiertos a la progresión solamente por las piernas y el aliento, el mismo paisaje se entrega con asombro. En la ciudad los o jos tropiezan de manera permanente con los edificios que cortan toda perspectiva, y con los movimientos interminables de los autos de los que hay que preservarse prestando atención a lo que ocurre cerca de uno mismo. En una caminata, la luz baña el espacio, la belleza está en todas partes porque los ojos no son obstaculizados por un universo funcional de edificios y de calles, se hunden hacia las colinas o los valles, la llanura o el desierto, el litoral o el camino en un sentimiento de continuidad consigo mismo, en el cielo abierto del mundo. La vigilancia ya no está a la orden del día porque ningún peligro acecha al peatón, ningún automóvil estacionado en la vereda que lo obliga a bajar a la ruta.

Una madeja de sensaciones rebotan unas sobre las otras, añadiendo cada una su necesidad de presencia. La contemplación suspende el tiempo pero no se agota solamente en la mirada, mezcla el sonido, las impresiones táctiles, el sabor del vino... El mundo no es avaro en sus ofrendas ni el viajero en recibirlas. Todo viaje es una progresión a través de los sentidos, una invitación a la sensualidad. Una multitud de sensaciones dichosas justifica mil veces la existencia y sobre todo estar ahí en ese momento. El don de presencia de los acontecimientos no es menos pródigo que el hambre canina del viajero que se esfuerza por hacer una gran provisión de las percepciones cosechadas aquí y allá. La caminata es ante todo un arte de los

sentidos. La disponibilidad al instante conduce a sensaciones más vivas, más memorables. Un caminante es un hombre o una mujer que se siente apasionadamente vivo y nunca olvida que la condición humana es ante todo una condición corporal, y que el goce del mundo es el de la carne, y de una posibilidad de moverse, de salir de sus rutinas.

# comer

El alto para comer es siempre un momento de felicidad, una suerte de recompensa de haber progresado tan bien. Significa la apertura de las mochilas para sacar las provisiones, el pan, el agua o el vino, la cerveza, y la instalación sobre la hierba para disipar el hambre canina que se incrementaba con el correr de las horas. Cada bocanada posee un sabor memorable. El júbilo de la comida depende también de la belleza de los lugares donde uno se detiene, del sosiego experimentado en ese momento en que la fatiga se disipa y en que el apetito se da libre curso. Si es un compartir de palabras y de amistad, el alimento es una suspensión del tiempo, un momento de meditación, siempre una brecha para salir de las rutinas de lo cotidiano.

En las comidas lo mejor no siempre es el gusto de los platos sino el hecho de saborear la presencia de los otros. Incluso el compartir algunas tostadas implica la convivencialidad<sup>1</sup>, una celebración del lazo, una culminación festiva y apacible del lazo social. Esto ocurre en ese momento en que el molinero espera compañía para reubicar una piedra de por lo menos 300 kilos. Esta es puesta en su lugar. Y el molinero, cuenta

<sup>1</sup> En el original commensalité, palabra que no tiene traducción en castellano y que reemplazamos por "convivencialidad", que si bien es un concepto desarrollado por Ivan Illich, también expresa lo que nuestro autor dice a continuación. [N. del T.]

Nicolas Bouvier, extiende "pieles sobre la hierba alrededor de un canasto de tomates y cebollas, y llena de raki una cafetera de esmalte azul. Comenzamos a darnos una comilona, sentados en nuestros talones, mientras Eyub, con el laúd entre los muslos, con las venas del cuello hinchadas por el esfuerzo, nos acunaba con sollozos sobreagudos. Era agradable. Durante las pausas se oía suspirar en el corazón del molino; era el caldero donde la gamuza se cocía a fuego lento sobre un lecho de berenjenas que soltaba hacia el cielo de otoño una vaharada de vapor" (1992a, 61). La comida culmina horas más tarde: "La gamuza limpiada hasta los huesos, todos nos acostamos sobre el trébol para una de esas siestas donde uno siente que la tierra le crece en la espalda" (63).

#### pormir

Caminar de noche es una formidable manera de remontarse en el tiempo. Ese universo de estrellas en el cielo, la luminosidad turbia de la luna no cambiaron mucho desde el comienzo del mundo. Y para el caminante que no se asusta de la oscuridad, es también un retorno a las noches de la infancia, cuando la electricidad no colonizaba todavía totalmente las ciudades o los campos, cuando los autos eran escasos y no perforaban la tierra con sus faros. Entonces los ojos se alzaban sin obstáculo hacia las estrellas y el niño deslumbrado podía sentirse flotar en un espacio inmenso, y el hombre maduro en quien se convirtió, confrontado con la misma experiencia impactante, se pregunta si el tiempo forma el mismo océano infinito que ese espacio que siente palpitar a su alrededor. Una caminata en el corazón de la noche, bajo la luz de la luna en el bosque o el campo, deja una huella viva de memoria con el sentimiento de haber por algunas horas caído en el Allá. Ella proporciona esa sensación de no ser más que una ínfima criatura bajo el infinito del cielo y de las estrellas, uno se siente llevado por esa potencia que conduce a sentirse aún más vivo, no ya tributario de una vida personal sino inmerso en un océano de formas de las que no es más que una respiración irrisoria y emocionada. Sustraído al mundo de las percepciones ordinarias, a las familiaridades del día y librado a un más allá de sí mismo, el caminante se ve confrontado con una religiosidad íntima, difícil de compartir.

Pero la noche también es ambivalencia, ella fuerza la experiencia de las dos caras contradictorias de lo sagrado. Es para unos un sitio de reconocimiento, de sosiego, de interioridad, pero para otros encarna el pavor, una amenaza de la que ignoran que son sus creadores. Los monstruos no están en la oscuridad sino en el temor que tienen a ella. Si el caminante lleva en sí el miedo, lo verá surgir a su alrededor. Algunos inician el recorrido con júbilo, pero los estremecimientos del viento en los árboles de pronto los inquietan y en todo momento temen la irrupción de lo inesperado. Hay que deshacerse del romanticismo de la noche bajo las estrellas cuando esta es solitaria y en lugares desconocidos. La oscuridad exaspera la conciencia, el espacio vuelve a convertirse en el lugar de los espantos o los deslumbramientos, de las iniciaciones o los fines. Es una revelación que no deja a nadie indemne; si no conduce a la perdición o al renacimiento, sigue siendo una marca en la memoria.

Para el caminante de largo aliento la preocupación es encontrar un refugio para la noche. La elección de un lugar donde apoyar sus alforjas siempre es en alguna parte un desafío. Al extenderse en el suelo, no se sabe mucho cuál será el sabor del sueño. "Mi albergue era la Osa Mayor", dice Rimbaud, de la época de sus vagabundeos adolescentes. Deshacerse de las rutinas propias de la comodidad de nuestras sociedades resulta ser en ocasiones más sencillo de lo que uno se imaginaba. Thoreau lo experimenta durante una travesía por los bosques de Maine, en los Estados Unidos. "Uno se sorprende al ver que un hombre que siempre durmió en una cama caliente, en una habitación calafateada, y que evitó escrupulosamente las

corrientes de aire, pueda acostarse en el suelo sin nada para abrigarlo, con total impunidad y comodidad; envolverse en una manta, dormir delante de un fuego una noche de otoño glacial, justo después de un largo chaparrón, y hasta llegar rápidamente a complacerse con el aire libre y prestarle mucha atención" (2002, 115). Más allá de la experiencia nueva de dormir fuera de su casa, lejos de toda comodidad, y de vivir ese desprendimiento con felicidad, otro descubrimiento es el de las estrellas, de la noche, del silencio o de los movimientos furtivos a su alrededor en las malezas. Dormirse bajo la lluvia, protegido por la tela de una tienda o un techo, es una delicia que justifica las fatigas del día y deja un recuerdo imperecedero, envuelto en su bolsa de dormir como en un sueño.

Stevenson habla de su amor por la caída de la noche después de una caminata que duró todo el día, ese momento de suspensión y de deleite antes del sueño. Habla de su felicidad de una pipa cuyo tabaco se vuelve inolvidable en ese estuche de silencio y de sosiego. "Si terminas la velada con un ponche, será un ponche como nunca habrás conocido; a cada trago una jovialidad apacible se extiende por tus miembros, se instala suavemente en tu corazón. Si lees un libro —y nunca lo harás sino por intermitencias— encontrarás la lengua extrañamente llena de elocuencia y de armonía; las palabras adquieren una nueva significación; frases simples te resuenan en la oreja durante media hora; y el autor hace que lo ames, a cada página, en la más bella coincidencia de sentimiento" (Stevenson, 1978, 24.4). De noche, el caminante que eligió dormir bajo las estrellas escucha el pulso de la tierra, con los ojos hacia el cielo, el oído al acecho. "Toda la noche

puede oír respirar a la naturaleza con soplos profundos y libres" (118). En Yosemite Valley, J. Muir pasa noches inolvidables: "Las estrellas límpidas brillaban en la estrecha banda de cielo que percibía entre las dos inmensas paredes oscuras; y mientras estaba extendido allí, repasando en mi mente las lecciones de la jornada, la luna llena se inclinó de pronto, para mirar al fondo del cañón, con la cara impresa, me pareció, de una intensa solicitud del efecto más sorprendente: habríase dicho que había dejado su lugar en los cielos para venir a observarme, solo a mí, como una persona que entra en tu habitación" (Muir, 1997, 197). O incluso en Alaska, cerca de Glacier Bayle: "Tan fuerte era la luz de las estrellas que podía ver con claridad la bahía repleta de icebergs, y más allá casi toda la parte inferior de los glaciares pálidos, entre las montañas. El glaciar más cercano, en particular, era tan claro que parecía irradiar una luz interior" (2009, 169). Una noche fuera de su casa, sin un techo, en plena naturaleza, es el signo más turbador de lo insólito de la caminata y de su alejamiento de las ventajas de la vida cotidiana. L. Lee ve en esto el símbolo mismo de su libertad: "Despertarme a la aurora, en el flanco de una colina, y contemplar un mundo que ninguna de mis palabras sabría expresar, comenzar en el comienzo, sin hablar, sin un proyecto preciso y en lugares que para mí estaban libres de todo recuerdo, precisamente para eso había ido a ese lugar" (1994, 69). El joven Lacarrière vive en Creta una serie de momentos deslumbrantes con la sensación de fundirse en la belleza del mundo: "Durante los primeros meses de este viaje pasaba prácticamente todas mis noches afuera, durmiendo en las playas, las terrazas de las casas o

los lugares por los que pasaba. Rara vez experimenté como en esos años la embriaguez de la total libertad, la sensación de ser un trotamundos feliz, sin otra atadura más que el pueblo o el rostro que me aceptaba por una noche" (Lacarrière, 1975, 41). Dormir bajo la mirada de las estrellas expone a sensaciones aguzadas por el grado de vulnerabilidad experimentado. La cara sobre todo está desnuda e indefensa. Los ruidos son amplificados por el grado de vigilancia inducido por un miedo difícil de razonar. Las sensaciones táctiles están exacerbadas por el temor de animales menudos susceptibles de entrar en la bolsa de dormir. Tengo recuerdos dolorosos de noches insomnes en bosques o canteras, la mochila atada a la ropa o al contacto de la mano por miedo al robo, el temor a los movimientos incesantes alrededor de uno, los ratones de campo, los ratones caseros, los zorros, mil pequeños animales que dan la impresión de que un desconocido se acerca a ustedes y que pronto va a intentar despojarlos. Tenía dieciséis o diecisiete años. Me importaba demasiado la soledad para pedir asilo, y envidié la facilidad y la amistad de J. Lacarrière, para quien el pedido de hospitalidad es una cosa natural. Uno de mis recuerdos más extraños se desarrolla en Grecia, no lejos de la frontera con Turquía. Había dormido esa noche en una playa, en Alexandrópolis, al abrigo de un barco de pesca. Al amanecer, eran tal vez las cuatro o cinco, oí el curioso vaivén de un pincel sobre la madera de la barca. El pescador había escogido ese día para repintar su barca, el sol apenas se levantaba.

Otras sorpresas son en ocasiones de la partida. W. Herzog, extenuado, se acuesta bajo la paja de un galpón. De pronto se despierta con la sensación de un peso sobre su pierna. Un

animal se había dormido ahí. "Cuando me moví, él tuvo todavía más miedo que yo. Creo que era un gato" (Herzog, 1979, 38). En el curso de su periplo en Cevenas, Stevenson pasa una noche confusa e inquieta. Durante largo tiempo no se puede dormir, y, cuando por fin se desliza lentamente en el sueño, se dejan oír algunos ruidos muy cerca de él. Toda la noche la pasa perturbado por ese sonido curioso que parte de abajo de su morral. "Al día siguiente me enteré de que los castañares están infestados de ratas; rozamientos, roeduras y rascaduras, todo eso probablemente era cosa de ellas" (Stevenson, 1978, 149).

S. Jacquemard habla de su miedo a dormir expuesto. "Nunca me gustó acostarme como un vagabundo, en granjas inestables donde habría tenido miedo de los merodeadores. Así que los hoteles me resultan indispensables" (1987, 15). Lo que a veces no le impide dormir sola en un refugio, pero envuelta en su manta el miedo empieza a apoderarse de ella. "Tenía la impresión de encontrarme al borde de lo peor, al borde de una pesadilla de la que esta vez no me despertaría" (101). Al día siguiente, después de una mala noche, ve una perdiz blanca retozando en una roca. Se siente apaciguada, reconciliada con el mundo, acogida, después de esa noche estragada por "un miedo sin objeto, el peor".

De noche, todos los gatos son pardos, y es difícil identificar dónde se encuentra uno, las certezas se sustraen y desorientan al viajero. P. Leigh Fermor, durante su travesía de Alemania en 1933, dispone de innumerables direcciones que lo llevan a dormir en una parva de heno un día y en un castillo al siguiente. Pero una tarde se extravía y pronto lo agarra la noche y la nieve. Por milagro, descubre una granja en ruinas. No tiene

nada de comer ni de beber, ni una luz para leer o escribir. El frío empeora y la nieve pasa por los intersticios. Imposible hacer un fuego porque no tiene fósforos. Temblando de frío, se deja invadir por la desesperación y, para animarse, empieza a cantar. En esa época todo el mundo canta todavía, a diferencia de hoy, cuando uno se contenta con escuchar cantar a los otros. Se queda ahí un largo rato castañeteando cuando de pronto oye voces y sale gritando. Algunos pueblerinos vuelven a su casa y se sorprenden de encontrar ahí a ese joven inglés perdido y congelado. Algunos minutos más tarde se encuentra en el interior de un albergue comiendo y fumando con los campesinos. S. Tesson recorre España. Instala "un campamento en una noche sin luna -dice-, ante un relieve que creía grandioso pero que, a los primeros rayos del sol, resultó ser un vertedero municipal" (Tesson, 2008, 139). En las mismas condiciones, también en España, Laurie Lee se albergó en un castillo en ruinas, y al día siguiente descubre que está "encaramado al borde de un precipicio" (Lee, 1994, 70).

# mujeres caminantes

La caminata suscita una terrible cuestión de paridad entre hombres y mujeres. Si los hombres recorren sin dilemas los senderos o las veredas de las ciudades, indiferentes al día o a la noche, sin temor por su seguridad, salvo sin duda en ciertos barrios de noche, no ocurre lo mismo con las mujeres, aunque solo deseen caminar por los senderos cerca de sus casas. La ciudad ya no es tranquilizadora. Rebecca Solnit denuncia esa limitación de su libertad de movimientos. Ella cuenta que en San Francisco, a los diecinueve años, descubrió la violencia de las calles dominadas por algunos hombres. "Recibí como consigna quedarme en casa por la tarde, llevar ropa informe, cubrirme el pelo o cortármelo, hacerme pasar por un varón, mudarme aunque pague más caro, desplazarme en taxi, comprar un auto, salir siempre acompañada y preferentemente por un hombre" (Solnit, 2002, 311). Muchas mujeres en la ciudad o el campo no tienen otra elección que integrar esa ley de su vulnerabilidad que las expone de manera permanente a un mal encuentro si abandonan los caminos trillados sin ser "protegidas" por un hombre. "A ejemplo de la gran mayoría de las mujeres, encontré demasiados predadores para no haber aprendido a pensar como una presa" (312). Un hombre puede dormir en cualquier lado y tomar cualquier sendero con total despreocupación; si actúa de este modo, una mujer sabe que se expone peligrosamente. R. Solnit ve incluso en el

entusiasmo de las mujeres en unirse a los peregrinajes o a los desfiles de todo tipo una posibilidad no solo de aprovechar la compañía de los otros sino también de caminar sin temor: "Su presencia en el seno de esos grupos no corre el riesgo de ser considerada como una provocación sexual, y porque los compañeros que allí encuentran son los más seguros garantes de su seguridad" (315).

### zootogía

En Elogio del caminar evoqué esa tragedia mínima de los incontables animales aplastados en las rutas, reducidos a una mancha informe en el asfalto, una superficie de carne seca: erizos, pájaros, víboras, culebras, lagartos, ranas, sapos, gatos, perros, zorros, insectos, caracoles, babosas... Un inmenso cementerio que no deja de recordar la diferencia fundamental entre un caminante y un automovilista, aunque a menudo uno se convierte en el otro.

El caminante a veces lo ignora, pero su progresión en el espacio trae aparejada una inmensa ola que transforma el mundo a su paso. Hollar el suelo es en sí una sacudida para todo un mundo minúsculo de insectos, de reptiles o de animales apenas visibles: los zorros, ciervos, corzos, liebres, ardillas, etc., se disimulan en las malezas o se alejan fuera de su alcance, las culebras y los lagartos se ocultan bajo las piedras, los pájaros se escapan gritando o previniendo a sus congéneres del avance de un extranjero, los insectos levantan vuelo; una onda se propaga sin que él lo sepa. La caminata es una zoología que nunca termina de ofrecer nuevos animales a la vista o a las orejas del caminante. Según las regiones, este se cruza con corderos, cabras, vacas, a veces toros, caballos, jabalíes, ardillas, ciervos, pájaros innumerables. J. Lacarrière encuentra una granja donde pasar la noche cerca de Corre. "Mis ojos se habitúan poco a poco a la oscuridad del lugar. Entonces observo en un rincón, colgado del

techo, inmóvil, un gran murciélago. Me digo: ya no estoy solo en esta pieza abandonada con olores de graneros olvidados" (1977, 60). S. Jacquemard evoca veinticinco años de caminata y habla de su provisión de recuerdos, muy centrados en los pájaros que ella conoce íntimamente. "Miré cómo planeaban las águilas y los buitres, los milanos y los cernícalos. En todas partes encontré huellas perfectamente legibles y elocuentes para mí como lo son para los cazadores furtivos. Les he hecho compañía a las víboras, a los erizos, a las liebres, a los saltamontes, a los herrerillos, a las crías de zorro. Es una cosecha tan bella que desborda de mi vida y que no hay que tratar de contenerla de un solo golpe (1987, 10). P. Leigh Fermor, habiéndose levantado mucho antes del alba después de una noche bajo las estrellas en los Cárpatos, asiste unos veinte minutos acostado en una cornisa al aseo de un águila real un poco más abajo (2003, 269). Mientras camina hacia el cabo Kyoga en Japón, en la ruta de Ayabe, N. Bouvier observa: "En cinco minutos de caminata a través de los campos vi unas gallinas picoteando una sandía podrida, una víbora aplastada, una miríada de ranitas ardillas, y tengo el pelo cubierto de telarañas. Y bien, no sé qué hacer con todo ese bestiario que conserva su opacidad y su misterio, me resiste y me permanece ajeno" (2004, 103). Bouvier habla de su nostalgia de un mundo occidental que conoció antaño una feliz capacidad de intercambio con los animales a imagen de las fábulas de La Fontaine o de Esopo. "Seguiremos el tradicional camino de herradura, desdeñando improbables variantes, franquearemos varios resaltos, antes de desembocar en el inmenso hemiciclo de un pasturaje marcado por altos ventisqueros, territorio deformado del que vienen a

tomar posesión unos mil carneros" (Gilloire, 2000, 17). El caminante vuelve a tomar contacto con cierta inocencia, con maravillas de la infancia que vuelven a apoderarse de él, cuya vida cotidiana a menudo está tan cargada de tareas que se deben realizar que se detiene aquí para realizar largas contemplaciones de los animales, plantas o paisajes, como si la eternidad lo acompañara.

Es imposible escribir sobre la caminata sin evocar su primer flagelo, los perros con los que uno se cruza en la ruta que ladran interminablemente detrás de las alambradas o que amenazan físicamente. "No tengo una insuperable repugnancia respecto de la mayoría de los perros sino desde que camino mucho" (Handke, 1985, 48). En sus relatos de caminata, S. Jacquemard cuenta su miedo cuando un perro grande y amenazador la sigue de cerca antes de que la proximidad de las casas lo ponga en fuga. Un poco más tarde son otros dos perros los que arremeten contra ella, "dos mastines, de un tamaño y una ferocidad que me deja sin aliento. Ah, de esta no me escaparé. Nadie me defenderá. Salieron del pie de las murallas, en un barullo rencoroso, con las fauces abiertas de par en par, los ojos desorbitados, saltando con grandes zancadas de animales carnívoros [...]. Tiro unos golpes miserables a derecha e izquierda, la mía es una retirada lamentable, a reculones" (Jacquemard, 1987, 193). Trata de temporizar y se pone a resguardo de un seto. Pero cuando quiere salir, los perros vuelven al ataque, y así va ganando metro por metro con una paciencia infinita hasta que se cansan.

Mientras camina apaciblemente herborizando y meditando, Rousseau es de pronto arrancado a su quietud: "A eso de las

seis estaba en el descenso de Ménilmontant, casi junto al Galant Jardinier cuando, habiéndose apartado unas personas que caminaban delante de mí, vi cómo se me abalanzaba un gran danés que, lanzándose a todo correr delante de una carroza, ni siquiera tuvo tiempo de detener su carrera o de desviarse cuando me divisó. Me pareció que la única manera que tenía de evitar que me arroje al suelo era dar un gran salto, tan justo que el perro pasara por debajo mientras yo estuviera en el aire. Esa idea más rápida que el rayo y que no tuve tiempo ni de razonar ni de ejecutar fue la última antes de mi accidente. No sentí ni el golpe ni la caída, ni nada de lo que siguió hasta el momento en que volví en mí" (1964, 48-49). La idea de saltar por encima del perro no parece muy apropiada a la situación, sobre todo para un hombre que no está ya en su primera juventud. Con toda lógica, Rousseau es herido seriamente. Sin embargo, vuelve solo junto a su esposa, que lanza un grito al verlo en ese estado. Pero habría demasiadas historias de perros para narrar, son cansadoras.

En una forma más anecdótica, a P. Leigh Fermor, que camina de Holanda a Constantinopla desde lo alto de sus dieciocho años, le cuesta mucho trabajo separarse de los numerosos amigos que quieren retenerlo a lo largo de su ruta. Un día, un amigo más insistente que los otros le propone un animal de compañía que haría su fortuna. "¡Vamos a asociarnos todos y te compraremos una becerra! La empujarás por delante de ti en la ruta. Cuando haya crecido lo suficiente podrás presentarla a un toro, y tendrás otra becerra; un poco más tarde otra. Podrías llegar a Constantinopla con un enorme manada, al cabo de algunos años..." (Leigh Fermor, 2003, 170).

#### Hablar de la caminata

Algunas caminatas quieren ser narradas y otras conservadas en silencio por razones intuitivas y propias de cada uno. Así como las mismas razones pueden incitar a callarse o a hablar de ellas. Un paisaje maravilloso parece hostil a la divulgación, fue ofrecido y recibido como un regalo de los dioses, no es para trivializar por un relato que nunca podrá dar cuenta de su encanto. Además, nadie desea transformarlo en un lugar recorrido por las multitudes. Mantener su aura requiere la preservación del secreto. Cada caminante posee así sus jardines íntimos que solo comparte con allegados a la manera de una ofrenda. O bien, por el contrario, alimenta una mitología personal y parece imposible no contarla a los otros. Una experiencia perturbadora en un bosque, un miedo que nada justificaba y que hizo desandar camino no da muchas ganas de testimoniarlo a los otros, proclives quizá a imaginar en esto una cobardía que ellos no habrían tenido. Uno se calla también por temor a reavivar el miedo ante la sola rememoración del acontecimiento o, a la inversa, se apura por compartirlo en la esperanza de que los otros tendrán una respuesta o el relato de una experiencia similar.

La escritura o la palabra prolongan o renuevan la experiencia, mantienen en alerta a un viajero tanto más atento a no olvidar en la medida que sabe que debe anotar hasta sus impresiones más fugaces. Pronto de esas caminatas no quedarán más que

las páginas que les fueron consagradas. El olvido se lleva a las otras, fuera de vagas imágenes que se deshacen con el tiempo. La delicia de antaño renace en la rememoración inducida por la escritura o su evocación por la palabra o la fotografía. Escribir o narrar una caminata es ponerse en posición de contra-don con las emociones experimentadas ese día, los recuerdos hilvanados, las imágenes recogidas; es devolver al genio de los lugares una parte de lo que se recibió de él. El texto o la palabra son la expresión de una gratitud, incluso cuando se trata de momentos difíciles, puesto que fueron superados y se transformaron en memoria. Toda palabra sobre un viaje es una celebración y una voluntad de hacer renacer en sí, narrándolas, las emociones entonces experimentadas. "Para el caminante de largo aliento, la escritura es el momento más intenso de sosiego [...]. Al escribir a la noche, el viajero sigue su ruta en otra superficie, prolonga su avance en el plano de la página" (Tesson, 2008, 67).

Al joven P. Leigh Fermor le roban su mochila en un albergue de la juventud de Munich. Lo que sobre todo le aflige es la desaparición de su diario. Le sustrajeron los recuerdos de las primeras semanas de su caminata. Nunca podrá recuperar la autenticidad de esos momentos y la precisión de su descripción. Unos cuarenta años más tarde, cuando publica su obra, habla todavía de "sufrir la pérdida del diario como una herida mal cicatrizada, despertada por el mal tiempo" (1991, 151). Hacia el final de su vida, Rousseau siente la amargura de no tener más testimonios precisos de sus numerosos viajes, aunque sus herbarios todavía conserven sus huellas. Sin embargo, confiesa que de noche pensaba sobre todo en cenar y

descansar. Y por otra parte, añade, una decena de volúmenes no habrían bastado para almacenar todas las sensaciones experimentadas cada día. Así, cada caminante debería llevar un diario de a bordo de sus caminatas para su uso o el de sus allegados con el objeto de recuperar siempre la memoria diez o veinte años después, y eventualmente volver sobre sus pasos para efectuar una suerte de viaje interior sobre las huellas del hombre o la mujer que fue. El escrito o la imagen son otras tantas memorias de los itinerarios, de no ser así se borran poco a poco con el tiempo dejando el pesar de no haber anotado nada de ellos. A menudo lo observo, pasando rara vez al acto. Por supuesto, hay desvíos lúdicos del relato de una caminata. El padre del filósofo Kierkegaard narraba a su hijo los paseos que habrían podido hacer juntos el domingo, de haber tenido tiempo y si hubieran salido de su casa.

Un hombre como Basho jalona sus recorridos de haikus que traducen sus estados de ánimo con el paisaje o la tonalidad de sus encuentros. Para otros son dibujos, para Bernard Plossu fotografías que reinventan los paisajes. Toda percepción adquirida sobre el mundo es un desvío para tocar al otro y hacerse presente a lo real. Para dar cuenta de la profusión sensorial del espacio recorrido, es preciso un tamiz suficientemente amplio para no perder nada esencial. "Cuando quise narrar esos primeros derroteros, pronto comprendí que el lenguaje de que disponía entonces no resolvería la situación, era demasiado seco, nervioso, moral, retórico, lineal. Me hacían falta palabras ásperas como un tejido pueblerino, estridentes como las voces de los monasterios búlgaros, pesadas en la mano como las piedras negras del Peloponeso, ligeras

como la ceniza más fina para las especulaciones encantadoras del sufismo iraní" (Bouvier, 1996, 80). La escritura tiene esa virtud de multiplicar los caminos incluso permaneciendo inmóvil, y las palabras la de llevar al presente las emociones de antaño; y para el lector la de sumergirse interiormente en lo que imagina de eso. La preocupación mayor radica en el hecho de que, cuando vienen las ideas, el caminante no siempre está en posición de anotarlas; ellas lo atraviesan y lo iluminan. Una vez llegado al albergue o a la posada, su hambre es demasiado grande para que saque su cuaderno y las anote. Finalmente, al término del día, a menudo olvidó las más bellas.

Leer los relatos de caminata o las meditaciones sobre los caminos siempre es una confrontación consigo mismo. La lectura es una conversación silenciosa con el autor alrededor de las percepciones que él tiene y de las suyas propias, un vaivén entre sus propios recuerdos y la manera en que da cuenta de su propia vivencia. Un libro es un espejo, y particularmente cuando se trata de la caminata. "Saber que algún otro experimentó lo que nosotros hemos experimentado, y vio las cosas, aunque no se trate de cosas importantes, de una manera que no es muy distinta de la nuestra, seguirá siendo hasta el finuno de los placeres más preciosos", escribe Stevenson, quien sigue ignorando todavía que un día su recorrido con Modestine en las Cevenas conducirá cada año a miles y miles de caminantes a seguir sus huellas o recorrer los mismos lugares con su obra en la mano. Caminan siguiendo sus pasos con la esperanza quizá de alcanzarlo alguna vez y de proseguir el diálogo en su compañía.

# **Paisaje**

Siempre en movimiento, el paisaje es una significación flotante, se inscribe en la relatividad del tiempo y de las emociones del caminante que lo contempla o lo atraviesa. Está hecho de los innumerables paisajes que solo aparecen en ciertos momentos del día o de las estaciones para revelar otros de sus estratos. Silencio del mes de enero, cuando los animales se inmovilizan, la nieve recubre los campos, la tierra se ha agrietado y la noche cubre la vida; silencio más fugitivo de una tarde de abril, cuando las cosas retienen su respiración, apenas un instante, cuando las flores, a veces los hombres, saben desplazarse sin hacerse oír, cuando se necesitaría una oreja bien fina para oír las exhalaciones, los pasmos, los alardes amorosos, el vuelo del polen, el ascenso sordo de la savia (Sansor, 1983, 75).

Sin contar las variaciones del humor mismo del caminante. El poder de un paisaje depende tal vez también del momento de su descubrimiento, de su entorno estacional, de su luz o de su oscuridad, de la hora misma del día: a menudo su fuerza es intensa al amanecer o al ponerse el sol. El camino endurecido por la helada y los árboles despojados no es aquel barroso o flexible que se toma en verano con su vegetación todavía lujuriante, llena de insectos y de pájaros. Y los momentos del día, para cada estación, también introducen sus matices, de la mañana a la caída de la tarde. Los cambios meteorológicos

confunden todavía las referencias a través de las declinaciones de la luz. No es solamente la apariencia del paisaje la que es afectada sino también su cualidad sonora, la presencia o no del silencio, de los cantos de pájaros, del ruido de los insectos, de los gritos de los animales o el soplo del viento sobre las hierbas o las ramas de los árboles. Asimismo, los olores se transforman a lo largo del día y de las estaciones. Y hasta lo táctil, según el sol o el frío, la lluvia o las nubes afecten la piel y lleven a vestirse de una u otra manera. El invierno tiende a fijar no solo el entorno, a despojarlo de esos matices, sino también a atenuar los sonidos, a eliminar los olores. a encerrar al caminante en sí mismo. El uso de los lugares no es el mismo de un día a otro. El caminante experimenta o no el deseo de bañarse en un lago o una acumulación de agua, o de acostarse en la hierba para una siesta o una comida sacada del cesto. El entorno no existe en lo absoluto sino siempre en situación y matizado por las impresiones del caminante que no son las mismas si está arrebujado en su abrigo o si está en un maillot ligero con el calor del sol que lo acaricia suavemente, si inicia su recorrido o si camina desde hace horas. Thoreau lo dice a su manera para sus sitios familiares: "Existe de hecho una armonía que hay que descubrir entre las posibilidades de un paisaje en el interior de un círculo de diez millas de radio, es decir, en el interior de un atardecer de caminata, y los setenta años de una existencia humana. Nunca se volverá totalmente familiar" (1994, 86). Dando testimonio de que toda geografía es inagotable, aunque uno se pase en ella la vida, también escribe en el mismo espíritu: "Viajé mucho a Concord".

La relación con el paisaje siempre es una afectividad en obra antes de ser una mirada. Cada lugar manifiesta así un hojaldrado de sentimientos diferentes según los individuos que se acercan a él y el humor del momento. Cada espacio tiene la potencialidad de revelaciones múltiples, por eso ninguna exploración lo agota jamás. La caminata es confrontación con lo elemental, es telúrica y si moviliza un orden social marcado en la naturaleza (rutas, senderos, albergues, signos de orientación, etc.), también es inmersión en el espacio, no solamente sociología sino también geografía, meteorología, ecología, fisiología, gastronomía, astronomía, etc. Al someterlo a la desnudez del mundo, solicita en el hombre el sentimiento de lo sagrado. Éxtasis de sentir el olor de los pinos calentados por el sol, de ver un arroyo fluyendo a través del campo, una gravera abandonada con su agua límpida en medio del bosque, un zorro atravesando indolentemente el sendero, un ciervo deteniéndose en el oquedal para mirar pasar a los intrusos. La tradición oriental habla del darshana de un hombre o de un lugar para designar un don de presencia, un aura que transforma a aquellos que son sus testigos. El paisaje despliega una atmósfera, un aura que detiene al viajero. "Sentir el aura de una cosa es conferirle el poder de alzar los ojos" (Benjamin, 1978, 200).

La emoción es soberana para el hombre de la ciudad que no conoce ya la banalidad y la gravedad de las cosas, y las recupera como un milagro después de ese largo desvío. Una vez más en el cielo abierto del mundo vuelve a tender lazos con las grandes instancias amputadas por la ciudad: el sol, el cielo, la lluvia, los árboles, el horizonte, el atardecer, la noche, la

nieve, el silencio, la lentitud, todo cuanto el entrelazamiento de las calles y la circulación rutera eliminan. Irrupción familiar del cosmos, evocación del estado de criatura que induce un sentimiento de eternidad y de precariedad. Un río aparece ante los ojos de Rick Bass, la bruma se borra y da paso a un universo luminoso y verde: "Acebo, arces, el sonido del agua, la danza de las mariposas, el perfume de las rosas. Algunas efímeras ascienden de la superficie virgen del curso de agua. Cedros de doscientos pies de altura dan sombra a las aguas calmas de un dique de castores, sus raíces de edad indefinida beben el agua clara. Un poco más abajo, un alce hembra gigantesco y su pequeño, apenas más grande que un perro, se desplazan por la hierba de los pantanos, de un verde un poco amarillo, sano y luminoso, casi fluorescente. El sol los ilumina" (Bass, 2007, 167). Al mismo tiempo que napas de silencio, flotan momentos de paz. A nosotros corresponde echar al mundo espacios que esperaban nuestra venida. "Amo la tierra —dice Yves Bonnefoy—, lo que veo me colma, y a veces hasta creo que la línea pura de las cimas, la majestad de los árboles, la vivacidad del movimiento del agua en el fondo de un barranco, la gracia de una fachada de iglesia, puesto que son tan intensas, en algunas regiones, en algunas horas, solo pueden haber sido queridas, y para nuestro bien" (2002, 10).

"Todo gran paisaje —dice J. Gracq— es una invitación a poseerlo mediante la caminata; el género de entusiasmo que comunica es una embriaguez del recorrido" (1980, 187). La potencia de un lugar impone el deseo de no ser solo su espectador sino de sumergirse en él, de atravesarlo en todos

sus sentidos en una suerte de apropiación sensual. El paisaje envuelve, penetra, no es ante sí como un objeto. No se define solamente por lo visible, no está solamente bajo la égida de la mirada aunque las rutinas nos conduzcan a privilegiar la apariencia de las cosas. Es una atmósfera, un halo sensorial y no solo una trama visual. Ligado a un lugar preciso, único, posee una gravedad o una ligereza. Es indefinible aunque se pueda realizar un comentario sobre él.

Un paisaje es una superposición de pantallas o más bien de profundidades a la vez visuales, sonoras, táctiles, olfativas, mezclándose cada sentido con los otros. A. Corbin (1988) recuerda por ejemplo cómo la playa no se reduce a un solo componente visual, también implica el contacto de los pies o del cuerpo con la arena, el mar, el viento, el juego con las olas, la calidez y el frío del agua y del aire, etc. El paisaje es una cenestesia. "Un día, en el mes de noviembre -escribe Thoreau—tuvimos un notable poniente. Yo caminaba en una pradera donde tenía su fuente un arroyo cuando finalmente el sol, justo antes de desaparecer al término de un día gris y frío, alcanzó una capa clara en el horizonte. Entonces, la más suave, la más luminosa claridad matinal cayó sobre la hierba seca, sobre la cima de los árboles en el horizonte opuesto y sobre las hojas de los robles verdes en el flanco de la colina [...]. Caminamos en una luz tan pura y tan clara, que doraba la hierba y las hojas secas, una claridad tan dulce y serena que pensaba no haberme jamás bañado en semejante oleaje dorado, sin el menor murmullo ni la menor arruga en la superficie" (Thoreau, 1994, 122-123). Lo que revela repentinamente la luz es otro mundo

A menudo los límites se borran entre los mundos, las nubes o la niebla se transforman en una tierra desmenuzable, impalpable, como condenada al sueño e invadida a su despecho por fantasmas de tierra o de piedra. Una continuidad se extiende entre la nieve y las nubes, un pasaje anudado entre el más allá y el más acá, entre los hombres y los dioses. El mundo se ofrece en un juego de sombras y de luces a través de una infinidad de matices que dibujan fronteras fluidas entre los elementos; no se trata de un mundo donde uno tropieza con la dureza de las crestas, a través de un recorte rígido, sino un entrelazamiento difícil de captar, a tal punto varía sus formas. Uno ve ciertos peñascos enfrentados con el cielo y frustrados en su deseo de elevación, lo cual no significa que el cielo mismo no tenga la tentación de la gravedad y el arraigo. Es ese momento de tensión lo que fotografía Bernard Plossu, esa inquietud que parece preludiar la irrupción de algo indefinible.

Las emociones frente a un paisaje son propias de cada caminante. Algunos ven en el desierto o las largas llanuras una imagen del vacío y de la ausencia allí donde otros, a la inversa, ven un espacio propicio a la meditación, a la soledad, a la interioridad. Todo paisaje es un test proyectivo que devela una psicología. Al final de su Viaje de un naturalista alrededor del mundo. Darwin se pregunta por qué la Patagonia le dejó semejante recuerdo pese a su monótona extensión y sus "miserables desiertos". "Casi no pueden atribuírsele sino caracteres negativos; en efecto, allí no hay ni habitaciones, ni agua, ni árboles, ni montañas; apenas se encuentran algunos arbustos esmirriados. ¿Por qué, entonces —y no soy el único que haya experimentado esa sensación—, esos desiertos me

produjeron una impresión tan profunda? ¿Por qué las pampas, todavía más chatas, pero más verdes, más fértiles y que por lo menos son útiles al hombre, no me produjeron una impresión semejante? No quiero tratar de analizar estas sensaciones, pero deben provenir en parte del libre vuelo dado a la imaginación" (Darwin, 2003, 536).

W. Hudson, que amó apasionadamente la Patagonia, en el siglo pasado, dice hasta qué punto ese paisaje sin relieve lo cautivó sin embargo de inmediato. Recluido en Londres hacia el final de su vida, le basta con cerrar los ojos para volver a ver su extensión en detalles, mientras que los paisajes de montañas, de colinas o de bosques, pese a su belleza, nunca lo marcaron tanto. Él encontraba antaño en la Patagonia un lugar donde desaparecer de sí mismo, evadirse de la necesidad permanente de ser uno mismo y no tener ya que rendir cuentas a nadie. "Durante esas jornadas de soledad, era raro que un pensamiento cualquiera pasara por mi mente, ninguna forma animal atravesaba mi campo de visión, ningún canto de pájaro asaltaba mis orejas. En el nuevo estado de ánimo en que me encontraba, el pensamiento se había vuelto imposible [...]. Estaba en suspenso, al acecho, y sin embargo no estaba en espera de algo [...]. El cambio que se había operado en mí era tan grande y tan sorprendente como si hubiera trocado mi identidad por la de otro hombre, o de un animal" (Hudson, 2002, 206). Sentimiento de una memoria obsesionada por una suerte de ausencia del arco iris, de retiro de toda familiaridad que deja al espíritu en plena zozobra. J. Lacarrière experimenta la misma fascinación y expresa que tal vez "esa desnudez del horizonte libera a uno por fin de

las visiones interiores, para suscitarlas sobre la pantalla del cielo y la arena" (1990, 81).

En el desierto no es ya el tiempo lo que pasa sino el espacio, y hasta el espacio finalmente parece inmóvil. Todo está congelado en la suspensión de un instante eterno. Me acuerdo de haber recorrido un salar del desierto de Atacama en Chile bajo un espesor de silencio y de calor, con el ruido tan regular y preciso de la sal que cruje bajo los pasos y da un acompañamiento sonoro a la paz infinita de los lugares. Todos los puntos de referencia desaparecen. Algunas horas más tarde uno se encuentra en el mismo lugar. Todo desvío fuera del camino o de la línea de orientación es en potencia mortal. Recuerdo ese día haber dejado a mis compañeros de ruta para caminar entre las colinas que rodeaban el salar, y haber perdido inmediatamente todo contacto con ellos, toda posibilidad de orientarme en la infinita blancura de los lugares. Sentimiento de eternidad, de una ruptura absoluta con el fluir del tiempo. A algunas centenas de metros apareció por fin una silueta familiar que me daba la orientación por un instante perdida.

Más que en otra parte, el despojamiento del paisaje revela una cosmogonía, hasta una metafísica. "Es un paisaje entre el apocalipsis y el silencio, entre el deslumbramiento del cilicio y el tornasol de los sílex, un mundo mineral, un fresco fósil que narra el combate de la tierra y el cielo (Lacarrière, 1990, 80). Los sentidos se despojan de todo punto de referencia, pero sin embargo son llevados a su punto de incandescencia. Su reducción no es una disminución del sentimiento de los colores, a tal punto la arena y el cielo son de una oposición tajante. El desierto es una experiencia de la luz, del silencio

y de lo táctil. De la luz, porque ésta no deja de cambiar con el correr del día y de la noche y de burlarse del horizonte o de las colinas. Experiencia sonora porque sume en el espesor del silencio, sus innumerables capas sedimentarias, sus vibraciones minúsculas. El oído no es distraído por la multitud de los sonidos que termina por volverlos inaudibles, es impactado en la escucha del silencio. Lo táctil está en todas partes, no solo en la tentación permanente de tomar la arena entre los dedos para dejar que se escurra como a través de un reloj sintiéndose diluido uno mismo en el tiempo; también está en el calor, en el sudor o el frío que aumenta y nos recuerda hasta qué punto, antes que cualquier otra morada, habitamos la desnudez de nuestro cuerpo.

A veces atravesamos lugares cuya fragilidad sentimos; están rodeados por la urbanización y sus días están contados. Todo paisaje está amenazado porque, para nuestras sociedades contemporáneas, es un espacio para conquistar y para hacer fructificar, es generosidad pura en un mundo en que esta se vuelve profundamente anacrónica. W. Benjamin describe la pérdida del aura que impacta a la obra de arte en el momento en que emergen nuevos medios de producción estéticos y de reproductibilidad técnica. A partir del momento en que una obra es reproducida al infinito, descontextualizada y a veces incluso desviada por los spots publicitarios, pierde su carácter mágico para transmutarse en imagen, y la confrontación repentina, un día, con su original no suscita ya sino la melancolía de su descubrimiento. "Así que era esto". La obra pierde su dimensión de celebración, deja de tener ese más allá de su presencia que la hace participar en un universo

afectivo maravillado y lleno de respeto. En la actualidad, la reproducción masiva de los centros urbanos y sus periferias los torna insignificantes e intercambiables. El acceso de las grandes ciudades está saturado del mismo desfile de tiendas idénticas y de las mismas marcas comerciales, de depósitos, etc. Muchas ciudades perdieron la pátina que da el tiempo y el juego infinito de las diferencias que les conferían un espesor de emoción. Esta experiencia del aura, si bien la mayoría de las veces parece desertar la confrontación con los objetos culturales, se ofrece todavía con prodigalidad para el caminante. Algo del paisaje contemporáneo alimenta cierta melancolía. La urbanización creciente de lugares aún ayer en pleno campo los acribilla de apartamentos, de postes, de hilos eléctricos, de torres eólicas, de rutas. Absorbe cierta uniformización del mundo, aunque todavía se dejan presentir algunas diferencias. En 1870-1871 Cézanne se pasa la guerra pintando en Estaque, entonces un pueblo de pescadores hoy integrado en el suburbio industrial de Marsella. Ya experimenta una sensación de urgencia. Siente que la belleza de los lugares se borra poco a poco a causa de las construcciones que se extienden. Treinta años más tarde, cuando vuelve, dice: "Esto va mal, hay que apurarse si uno quiere ver todavía algo. Todo desaparece".

## мерітеrráneo

Un paisaje no se compone solamente de elementos materiales, es una relación con un conjunto más amplio. También está tramado en la luz, sobre todo tratándose por ejemplo del Mediterráneo. Un lugar asume su valor no solo por el recorte geográfico que opera en el espacio sino también por su luz, su relación con el cielo. No consiste solamente en lo lleno sino sobre todo en el vacío que crea, ese intervalo entre la tierra y la mirada. Un paisaje está también hecho de lluvia, de viento, de sol, de amanecer o de nocturnidad, no es en absoluto una materia. Nunca es más que un pretexto, no deja de declinarse al infinito. Y en semejante espacio no hay que dejar otras huellas que las de sus pasos. "Esa luz —dice Jean Grenier— toca con su gracia a ciudades que, sin ella, serían simples campamentos de gitanos [...]. En Orán es única para crear todo el paisaje. Ahí está totalmente a gusto para componer lo que hace realmente a África: un suelo desnudo y devastado al que la luz inunda y transfigura a cada hora del día" (1961, 18). Jean Grenier evoca un día en que sube a las alturas de Santa Cruz en Orán: "[...] a medida que subía, el horizonte retrocedía, el cielo se profundizaba, yo descubría la ciudad, luego la ciudad y el mar, luego la ciudad y el mar y el lago y la montaña de Tlemcen. Ese montón de monedas blancas arrojadas al azar es Orán; esa mancha de tinta violeta es el Mediterráneo; ese polvo de oro sobre un espejo de plata es la sal de la llanura a través del sol". Pero

cuanto más sube, tanto más el mundo se amplía a su alrededor. Y la tentación es detenerse. "Ante semejante espectáculo, uno solamente se siente tentado de cerrar los ojos para incorporárselo y usarlo como alimento. Así, más tarde nos permitirá abstenernos de él porque se habrá convertido en nosotros" (19-20). Un paisaje implica también el sol, el viento, la lluvia, la nieve, el ciclo del día que no deja de redefinirlo entre el alba y la noche. La medida de un paisaje depende tanto del cielo que pone de manifiesto como de la materia que cristaliza en el espacio.

Caminar alrededor del Mediterráneo, en ese paisaje atormentado, caótico, fragmentado, aunque encubra líneas de coherencia que escapan a un pensamiento inmediato, impone una relación con una inteligencia difusa del mundo, el presentimiento de que la tierra es un inmenso cuerpo viviente, pero que se despliega en otra dimensión del tiempo. El impacto del mar y la montaña es como el choque de dos metafísicas, aquella maciza y rota de la montaña, su dureza, y el infinito azul del mar, quieto o infinitamente atormentado e informe de los días de tempestad. Poner la mano sobre el suelo pedregoso o hundirla en el agua fría de un arroyo nos hace sentir una respiración que no es de este mundo. Presentes en el origen, mucho antes de toda forma de humanidad, productos de la fusión de los elementos, las piedras siempre están ahí, las mismas sobre las cuales tropezaba el cazador del neolítico siguen molestando los pasos del caminante de la actualidad. Y seguirán estando todavía ahí en la sucesión de las eternidades venideras. "Hablo de las piedras más viejas que la vida y que permanecen tras ella en los planetas enfriados, cuando tuvo

la fortuna de hacer allí eclosión. Hablo de las piedras que ni siquiera tienen que esperar la muerte y que no tienen nada que hacer más que dejar deslizar sobre su superficie la arena, el chaparrón o la resaca, la tempestad, el tiempo", escribe Roger Caillois (1971, 8-9). Un espacio montañoso, rocoso, atormentado por la lucha incesante entre las crestas y el cielo, no es ya solamente una geografía, declina una multitud de regiones psíquicas. Cambiando de zonas, caminando junto a los arroyos o escalando las colinas, avanzando sobre las cumbres o más abajo, y según las circunstancias y la alquimia de los lugares, el caminante se transforma a sí mismo y a su despecho según las líneas de sensibilidad que ritman el camino, según los genios de los lugares que atraviesa en ocasiones sin suponer siquiera la presencia amistosa de los dioses a su lado. A veces, al correr de su deambulación, llega ante las ruinas de una casa o de un refugio, entra en un pueblo abandonado y entregado al sol y al viento. Las ruinas se distinguen apenas de los peñascos o de la tierra. Hombres y mujeres vivieron en esos lugares, allí nacieron niños y, ancianos, allí murieron, tal vez incluso sin franquear nunca su valle o casi sin ir más allá, pero no por eso su mundo dejaba de estar abierto sobre el anchuroso espacio. De su pasaje no subsisten más que huellas carcomidas por las lluvias, las hierbas, los árboles, la pátina del tiempo que transforma las obras humanas en memento mori cuya fortuna hay que captar. No se trata de entristecerse por la precariedad de la existencia, sino de transformarla en fervor.

Algunas rutas remontan el tiempo y en algunos minutos llevan a recorrer millones de años de la historia del mundo. En ellas se pasa de la era primaria al cuaternario, se olvida que

los senderos o la ruta se encuentran en el corazón de un mar desaparecido y luego se insinúan en las montañas. Los acontecimientos que sacudieron la tierra en una temporalidad inimaginable están archivados directamente en el suelo y la tormenta de los relieves. Las quebraduras de los peñascos o de las piedras invitan a una inmersión en las capas sedimentadas del tiempo: "Los geólogos no miran el paisaje como un mapa geográfico — dice Nadine Gómez en un diálogo con Andy Goldworthy-, ellos perciben su continuidad de un valle a otro" (en Goldworthy, 2008, 138). Los desórdenes telúricos rompen viejas solidaridades y mezclan las épocas prolongando lo impensable de una duración terrestre que viene de millones de años con sus innumerables rupturas. La vejez del mundo crea una connivencia entre los lugares, como lo experimentó Bernard Plossu. Un día, en 1984, caminando bajo la nieve a 2400 metros de altura, por encima de Santa Fe, va a sentarse en un peñasco cuando descubre una multitud de conchillas. Antaño, el mar también cubría esas montañas. "En esa época no sabía que poco tiempo después iría a caminar a otro desierto mineral, la región no de las altas sino de las medianas montañas de la Reserva Geológica de Alta Provenza, allí donde también se encuentran las amonitas, las conchillas, cosas con una antigüedad de millones de años". Estamos en el "recuerdo del mar", según el bello título del libro de Bernard Plossu (1996). El caminante encuentra intuitivamente parentescos entre lugares diferentes, y establece pasarelas indescriptibles entre regiones temporales antaño comunes y mezcladas por una eternidad de cambios. Atraviesa muchos espacios marcados por la fosilización, apoya sus pies en el fondo de los

océanos en plena montaña y se inclina hacia las amonitas o las otras conchillas. En la era terciaria, el mar ha desaparecido bajo el efecto del acercamiento de los continentes africano y eurásico. En el valle de Bès, playas fósiles preservan impresas en la molasa gris las huellas de pájaros que recorrieron la arena mojada hace veinte millones de años en un instante preciso. En otra parte hay un muro improbable donde están fijadas en la piedra millares de amonitas, huesos de ictiosauros incrustados en la piedra, fósiles innumerables bajo los pasos de los paseantes.

## ILuminaciones

El avance conduce a esos momentos donde la presencia en el mundo alcanza una culminación sensual. Brecha en el ordenamiento familiar del mundo donde la gracia desborda para quien sabe recibirla, escenas que parecen de un paño sustraído a un mundo paralelo. La existencia se divide entre un antes y un después. Nicolas Bouvier decía a este respecto que entonces lamentaba no ser un gato para ronronear como lo hacen los japoneses felices. "Para cada hombre existen lugares predestinados a la felicidad, paisajes donde puede desarrollarse y conocer, más allá del simple placer de vivir, una dicha que se asemeja a un encanto, una de esas dichas de que habla Flaubert: 'He vislumbrado a veces un estado de ánimo superior a la vida, para quien la gloria no sería nada, y la misma felicidad inútil'" (Grenier, 1959, 13). Pero aquel que no sale a su encuentro toda su vida ignorará que pasó al lado de su suerte. La belleza lo esperaba, al alcance de la mano, pero él prefirió otra cosa. Caminar no basta para sumergirse en un lugar, hay que estar en la emoción del momento, en la lucidez de su presencia en el mundo, y no en la rutina de poner un paso delante del otro. La serenidad de un lugar, su belleza, es ante todo un hecho de mirada, un privilegio dado a algunos más que a otros porque están animados por una voluntad de suerte. La tierra siempre es viva y sensual. Las montañas, los peñascos, los desiertos, las estrellas, la noche, los seres humanos,

todo cuanto existe está en suspenso de movimientos y en resonancia con el viajero. "Después la arcilla y el cieno se encienden con mil fuegos y el sol otoñal se alza sobre los seis horizontes que aún nos separan del mar. Todos los caminos alrededor de la ciudad están tapizados de hojas de sauce que las yuntas aplastan en silencio y que huelen bien. Esas grandes tierras, esos olores inquietos, la sensación de tener todavía los mejores años por delante multiplican el placer de vivir como lo hace el amor" (Bouvier, 1992, 85). En Galle, en el umbral del continente indio, N. Bouvier está como suspendido en los estremecimientos del mundo, un elemento entre otros. "Oía gritos de niños, muy altos sobre la vieja ruta de los nómadas, y leves desprendimientos, bajo las pezuñas de las cabras invisibles, que resonaban en toda la vuelta en ecos cristalinos. Me pasé una buena hora inmóvil, embriagado por ese paisaje apolíneo. Ante ese prodigioso yunque de tierra y de roca, el mundo de la anécdota estaba como abolido. La extensión de la montaña, el cielo claro de diciembre, la tibieza del mediodía. el crepitar del narguile y hasta los centavos que sonaban en mi bolsillo se convertían en los elementos de una pieza donde, a través de muchos obstáculos, yo había ido a cumplir con mi papel a tiempo" (1992, 348).

La belleza es democrática, se ofrece a todos y los lugares más bellos son legión, tan numerosos como los mismos hombres, incluso más porque a veces, en el curso de una misma jornada, de una misma caminata, el embeleso estalla en varias oportunidades para dar a la memoria un marco, un ambiente, un paisaje, un sonido, un rostro. La caminata es una apertura al goce del mundo, porque autoriza el alto, el sosiego interior,

no deja de ser un cuerpo a cuerpo con el entorno, y por lo tanto de darse sin medida ni obstáculo a la exploración de los lugares. Se declina a altura y paso de hombre, en la lentitud, es una domesticación paciente de los lugares, que deja tiempo al descubrimiento, al pasaje de las fronteras vegetales o minerales. Los sentidos se ponen en movimiento a su ritmo y se impregnan de los lugares sin perderse en la urgencia. La belleza del paisaje obliga a levantar los ojos y a recuperar su aliento preguntándose qué azar hizo que uno estuviera allí hoy. Algunos lugares imponen la necesidad de su presencia, y su magnetismo conduce a sentir la imposibilidad de estar en otra parte. Al atravesarlos, uno experimenta la convicción de que ellos nos esperaban y nunca habían dejado de perseguirnos. No es un descubrimiento sino un retorno. El tiempo se sustrae, toda la historia personal converge hacia ese momento. El tiempo se detiene, la luz no es ya la que baña la vida ordinaria, otro mundo se presenta, en cuyo seno estamos a punto de entrar. Se abre otra dimensión de lo real, marcada por el silencio, la serenidad, la belleza. J. Haines vuelve a su casa tras una larga caminata, el camino llega a una escarpa de donde luego desciende suavemente hacia el valle. Él camina en la luz del atardecer: "Escuchaba el canto pedregoso del río que se dividía en brazos un poco más abajo. Durante un largo momento fue como si yo formara parte integrante de ese paisaje con sus islotes negros e hirsutos, y sus pálidas barras de arena, como si nada me separara de esa agua cobriza, reluciente, que serpenteaba ensombreciéndose, ni de esa comarca lejana que es la noche" (Haines, 2005, 162). Algunos lugares poseen tal vez una conciencia y buscan decir al pasante su placer de

verlo recorrer su dominio. Si el mundo está vivo, entonces, se pregunta Peter Nabokov, "¿no se sentiría solo el paisaje sin la presencia de los seres humanos?" (2008, 31). Sin duda, es preciso asistir a los dioses, ayudarlos a resplandecer durante nuestro pasaje. Había que estar ahí en ese momento preciso para que el paisaje alcance su perfección, con el sentimiento de que esperaba nuestra presencia y solo está allí para nosotros, a la manera de un don que no espera nada a cambio, de no ser ese sentimiento de paz y de alianza. En ocasiones hay tal insistencia en ciertos paisajes que en ellos se sospecha la voluntad del genio del lugar de compartir su dominio con los viajeros que allí se aventuran.

En las alturas reinan la paz, el silencio, la contemplación. Sobre el monte Wachuset, Thoreau y su compañero miran las colinas, el bosque y el cielo. "Antes de la puesta de sol nos paseamos a lo largo de la cresta hacia el norte, seguidos por un halcón que planeaba por encima de nuestras cabezas. Era un lugar propicio al vagabundeo de los dioses, tan solemne y solitario, al abrigo de todo contagio de la llanura" (Thoreau, 2007, 75). Sin ir mucho más allá de su casa, R. Walser experimenta esa sensación de comunión con el mundo circundante. él que sin embargo salió de su gabinete de trabajo con un sentimiento de tristeza. "De pronto, me sentí invadido por un indescriptible sentimiento universal y, al mismo tiempo, por una sensación de gratitud que surgió poderosamente de toda mi alma" (Walser, 1987, 45). El joven P. Leigh Fermor también conoce un momento de éxtasis en los Cárpatos: "Todavía me quedaban muchas vituallas; los arroyos se contaban por docenas, la mayoría invadidos por el berro acuático, y, cuando me

echaba boca abajo una tarde cerca de uno de ellos, de pronto tomé conciencia de mi felicidad [...]. Por cierto, Oxford habría sido un poco mejor; pero eso era el absoluto" (Leigh Fermor, 2003, 268). Sus obras son una guirnalda de momentos deslumbrantes. Sorprende a cuatro ciervas, cada una con un cervatillo, que pacen la hierba a algunos pasos de él sin verlo antes de que un movimiento desafortunado les advierta de su presencia. En el mismo momento un ciervo de pesada cornamenta se le aparece antes de huir a su vez. Él prosigue su ruta y trepa una colina mientras escucha la flauta de un pastor. El sol se pone y la sombra se vuelve más densa: "Algunos pájaros puntuaban el aire y las ramas superiores, y durante algunos minutos todos los troncos enrojecieron, tan escarlatas como una naranja roja. Uno hubiera podido creerse en el interior de Arcadia o del Paraíso: hollábamos la hierba con la flauta, las trompas y una manada de cinco perros, como los actores de una misteriosa parábola o de un mito en un contexto olvidado" (2003, 265).

En el camino de Lauves. P. Handke se extravía en el monte. "Me encontré de pronto ante un lago de represa que, azul y vacío, recorrido de fuertes olas sobrevoladas por un enjambre de hojas muertas, se extendía lejos abajo, como un fiordo. Una ráfaga de viento golpeó un árbol como una bomba y en el monte un arbusto relumbró como si estuviera repleto de hormigas. Y, sin embargo, me sentía constantemente rodeado por la belleza, a tal punto que hubiera querido abrazar a alguien" (Handke, 1985, 57). La belleza es esa alquimia que conduce al sentimiento de que la existencia alcanza repentinamente una suerte de perfección.

Tras una larga soledad en las rutas chinas con la única compañía de sus mulas en la montaña, V. Segalen se ve de pronto perturbado por la aparición de una joven: "Y era toda la cara de una chica aborigen, nacida ahí, plantada en sus piernas fuertes y que, menos estupefacta que yo, miraba pasar al animal extraño que yo era y que, por piedad por la inesperada belleza del espectáculo, no se atrevió a volverse para seguir viéndola" (Segalen, 1983, 106). Basho oyó hablar de un monasterio de montaña en la prefectura de Yamagata, un lugar de serenidad y de paz. Allí se dirige. "De peñascos amontonados sobre rocas está hecha la montaña, los pinos y los cedros están cargados de años; la tierra y la piedra tienen un aspecto antiguo, el musgo es mullido; las puertas de las construcciones levantadas sobre los peñascos estaban cerradas y no se oía ningún ruido. Di la vuelta a la cresta, me alzaba sobre los peñascos y me inclinaba ante los santuarios de los budas: el paisaje era espléndido y sentía que un desprendimiento total invadía mi corazón" (Basho, 1988, 88). Cada caminante conoce esos momentos milagrosos que justifican la existencia y lleva en ellos una serenidad nunca antes conocida. Algunos paisajes alcanzan tal profundidad que dan el pesar de morir un día y ser privado de ellos para siempre.

T. Guidet camina centenares de kilómetros por un camino de sirga, mira el Loira: "Camino en un instante indefinidamente dilatado, como una figura terrestre de la eternidad. Vivir ahora; ni en el modo del recuerdo, ni en el de la esperanza, no volver sobre los pasos realizados, no tener prisa de acercarse al término, ese es el ideal, raramente alcanzado, de este camino monótono" (2004, 79). Algunos paisajes tienen un don de

renacimiento. Al verlos la amargura se disipa, el sentimiento de una alianza con el mundo se renueva. Apelan a la memoria de un retorno a la existencia. Estarán ahí en adelante como un talismán interior para nunca olvidar y dejar de escuchar el canto de las sirenas de la tristeza.

Otros caminantes no ignoran esos momentos de iluminación en los senderos, pero están más cerca de Rousseau en su isla Saint-Pierre al borde del lago de Biel: "Las épocas de los gozos más dulces y los placeres más intensos no son aquellas cuyo recuerdo más me atrae y me impacta; esos cortos momentos de delirio y de pasión, por fuertes que puedan ser, no son sin embargo, y por su misma vivacidad, más que puntos muy escasos en la línea de vida. Son demasiado raros y rápidos para constituir un estado; y la felicidad que mi corazón extraña no está compuesta de instantes fugitivos, sino de un estado simple y permanente, que nada tiene de intenso en sí mismo pero cuyo encanto es incrementado por su duración, al punto de encontrar en ellos por fin la suprema felicidad".

El paisaje atravesado es en ocasiones un memento mori, a tal punto recuerda por su potencia la fragilidad de toda existencia. Abre un camino de iluminación, a imagen del deseo, pero siempre deja insatisfecho por la imposibilidad de apoderarse de él. Dividido entre su potencia de apelación y la irrisión experimentada frente a él de sentirse tan poca cosa, y sin embargo arrancado a sí mismo, hay que seguir adelante. Pero ese renunciamiento es la misma promesa de la renovación del deseo. Algunos lugares son más propicios que otros a la revelación, su deslumbramiento es una suspensión del tiempo, un desgarramiento repentino de sí mismo. J. Grenier

se acuerda de la conmoción vivida por uno de sus amigos en Siena. El hombre entra una tarde en la habitación de hotel que le está destinada. Abre las persianas y se queda sofocado. "Vio un inmenso espacio donde se arremolinaban árboles, cielos, viñedos e iglesias, esa admirable campiña que Siena domina desde tan alto [...], y se puso a sollozar. No de admiración sino de impotencia [...]. Le ofrecían todo y no podía tomar nada". J. Grenier prosigue su meditación recalcando hasta qué punto ciertos paisajes, "la bahía de Nápoles por ejemplo, las terrazas floridas de Capri, de Sidi Bu Said, son solicitaciones perpetuas a la muerte. Lo que debería colmarnos profundiza en nosotros un vacío infinito" (Grenier, 1959, 86-87). Por supuesto, la vida retoma su curso, pero un instante está suspendida fuera de toda familiaridad. El caminante ha entrado en una dimensión de trascendencia de la que va a tener que desprenderse, no sin trabajo, y a veces no sin dolor. Arrancándose al sortilegio, sabe ser infiel a sí mismo pero sin tener la elección. Nadie puede establecerse en la proximidad del canto de las sirenas, hasta Ulises tuvo que alejarse. Y ya el hecho de haber entreabierto el espacio es un privilegio raro. El infinito del deseo para no perderse implica la escapatoria permanente de su objeto, al tiempo que da la sensación de estar siempre al alcance de la mano. El mismo Jean Grenier narra un momento de plenitud tras haber largo tiempo caminado con un amigo hasta Ravello, que domina el Mediterráneo con sus palacios normandos y bizantinos. "Extendido boca abajo sobre las baldosas de la terraza Cimbrone, me dejaba penetrar por los juegos de luz sobre los mármoles. Mi espíritu se perdía en los juegos de esa

transparencia, de esa resistencia, para luego recobrarse por completo [...]. Gané, me repetía ese día (era Navidad 1924). Gané. Todo el mundo pierde y luego intenta recuperarse pero en vano. Yo, en esa hora que conozco, en ese lugar del que puedo hablar, gané de golpe todo lo que podía ser ganado" (1959, 92). Frente a la belleza se experimenta esa división desgarradora entre el sentimiento de plenitud y la pobreza de su presencia en el mundo.

Cuando camina en un jardín de Capri, Rilke se ve de pronto impactado por el grito de los pájaros que desgarra el espacio y experimenta una suerte de satori. "Había cerrado entonces los ojos para que una experiencia tan noble no fuera perturbada por los contornos de su cuerpo, y el infinito lo sumergió por todas partes con tal intimidad que pudo creer que sentía en su pecho el leve peso de las estrellas que acababan de alzarse" (1966, 299-300). En una carta del 20 de febrero de 1914 a Lou Andréas-Salomé declara: "Sí, ese grito por un instante puede transformar el mundo en espacio interior, porque sentimos que el pájaro no se distingue entre su propio corazón y el del mundo".

En América del Norte existen innumerables lugares dotados de poder, y tributarios de una larga historia. Son espacios dondelos dioses y los hombres se cruzan directamente, transformando la tierra o los elementos en potencia. Los hombres no siempre viven en una sola dimensión de lo real marcada por los asuntos corrientes, manteniéndose en la superficie de sí. Para los amerindios, esta dimensión no deja de entrelazarse con otras. A veces, mundos paralelos interfieren con las actividades cotidianas. Para ellos el desierto, los peñascos, las

piedras, las fuentes, los cursos de agua, los lagos, los bosques, las colinas, los animales no son solamente lo que parecen ser, también son espíritus cuya protección es necesario conciliarse, o por lo menos nunca maltratar. Cada uno de esos lugares está saturado de relatos. En un momento u otro por lo menos dos mundos se cruzaron a través de ellos, y lo humano encontró una forma de trascendencia. En ocasiones, por supuesto, no hay ya nadie para recordar el acontecimiento y mantener el poder. Sobre todo en el siglo xix, la deportación de muchas poblaciones amerindias a las reservas aniquiló también la memoria y la potencia de los lugares, que no existen sino de ser alimentados por los seres humanos que viven a su alrededor o por los caminantes que saben sentir su fuerza e impregnarse de ella. Pero se requiere esa receptividad interior; de no ser así, nada es posible. Un sitio de poder siempre es múltiple en el hecho de que condensa datos geológicos, geográficos, legendarios, vegetales, animales...

Xia Xiake (1586-1641) es un personaje atractivo; viajero por pasión, surca la inmensa China durante unos cuarenta años sin cansarse nunca de descubrir nuevos territorios, siempre maravillado por lo que ve y que describe en soberbios textos que se parecen a estampas. Viaja a pie, desplazándose sin cesar y manteniendo una relación precisa de cada uno de sus periplos. Sabe vivir con rigor, no temiendo ayunar días enteros o dormir al descampado a pesar del frío o la lluvia. Esas travesías, como él las llama, no dejan de suscitar en él la maravilla de su presencia en el mundo: "Hago veinte lis y, al alzar los ojos, percibo de pronto, semejantes a pétalos de loto, las cimas del monte Hua: porque, de un tirón, ¡ya he llegado a su pie!

No solo los tres picos son de una belleza sublime, sino que el resto de los picos que los circundan al Este y al Oeste también parecen otros tantos pétalos suspendidos en los aires" (Xiake, 1993, 191) o incluso en las últimas líneas de su "Diario de una travesía al monte de la Suprema Armonía": "Súbitamente pienso que es ya la Pura Luz (un período del calendario solar de la China) y, abrumado de emoción por la belleza de los paisajes, parto del Albergue de Paja y luego, en veinticuatro jornadas, llego a la casa, al día siguiente de la fiesta del Baño de Buda. Ofrezco a mi anciana madre, con mis descos de longevidad, los frutos de areca-ciruelo del monte de la Suprema Armonía" (219-220).

## **Magnetismo**

La apariencia no es más que un umbral que disimula las innumerables capas sedimentarias que componen el mundo. Universos peligrosos están disimulados bajo la geografía y es preciso desconfiar. "En dos oportunidades -recuerda Nicolas Bouvier—ocurrió que saliera corriendo sin una razón válida, sin una amenaza objetiva perceptible, porque sentía muy malas ondas telúricas. Puse pies en polvorosa. Cosa interesante, una vez me pasó cuando aún estaba en compañía de Thierry Vernet. Era en el sur de Ispahan, a la caída del día, cuando el paisaje era magnífico, pero de pronto, sin consultarnos, ambos sentimos que había que largarse" (1992b, 87). A este respecto habla "de paisajes que están resentidos con uno y que hay que abandonar de inmediato so pena de consecuencias incalculables; no existen muchos, pero existen. Hay en verdad en esta tierra cinco o seis para cada uno de nosotros" (1992a, 219).

Si bien hay lugares de una alianza absoluta con el mundo y que dan la sensación de haber finalmente llegado a su casa, son poco numerosos; otros, a la inversa, hacen temer una disolución y hay que huir de ellos antes de que sea demasiado tarde. Esos lugares son escasos, pero son abismos. Son fieras al acecho, pero difunden la sensación de su amenaza. En El pez escorpión, N. Bouvier evoca las posibles trampas de lo real, esas "zonas de silencio" o "esas calmas chichas donde las velas que cuelgan condenan a toda una tripulación a la demencia o al escorbuto" (1991a, 24). En Sri Lanka, en Galle, se estanca en una zona semejante y se vuelve cautivo de una especie de sopor que no lo abandona. Una geografía confusa y malsana se cierra como una trampa sobre el viajero. Se queda pegado a un universo de sortilegios que lo conduce incluso a escribir un artículo con el fantasma del padre Álvaro, un jesuita muerto desde hace años con el que, sin embargo, tiene un intercambio intenso, o a ser testigo de transformaciones hechiceras del mundo que lo rodea.

Gira en redondo en un tiempo congelado, como si le hubieran echado un embrujo. Tiene una pesadilla interminable, impotente para salir de su sueño. Y es golpeándose la cabeza contra un letrero oxidado que le abre la arcada como el mundo vuelve a ponerse en marcha y rubrica la liberación. Se ha abierto una brecha, tal vez breve. Nicolas Bouvier vuelve a sentirse real, vivo. El dolor y la sangre, en efecto, son terribles maneras de despertar. Mira el mar como por primera vez, su sensorialidad vuelve a tomar la delantera. Acaba de salir de su coma. "Esa cabeza finalmente abierta se vaciaba como en sueños de todo el negro espejismo que allí se pudría desde hacía demasiado tiempo. Ya no quiero nombrar hoy todo cuanto se aleja en un relámpago, escapado para extinguirse en silencio. Ante el albergue, el mar pesado y agitado latía exactamente al ritmo de mi corazón" (1991a, 156). La sangre que fluye es una purificación (Le Breton, 2007), acarrea consigo la mala suerte. El prisionero ve de pronto que la puerta de su celda ha quedado abierta por la negligencia del carcelero, junta sus cosas con prisa, deja dinero sobre la

mesa para pagar al posadero y abandona la región, sacudiendo el sortilegio y yendo hacia el renacimiento.

Así, algunos lugares son portadores de peligros cuya naturaleza es difícil conocer. Están como frecuentados por la presencia de un genio del lugar hostil o desdichado que cerró su universo y no tolera ninguna presencia humana por razones impenetrables. Hace sentir de entrada su hostilidad, y su amenaza se acentúa para aquel que prosigue su camino despreciando los signos que fueron enviados. Se experimenta la sensación de hundirse en la boca del lobo y de volverse cada vez más vulnerable. Imposible razonar porque la angustia asciende suavemente y llama a volver atrás lo más rápido posible. Así, H. D. Thoreau hace brutalmente la experiencia del wilderness un día en que trepa solo el punto culminante de una montaña granítica escarpada del Maine: el Kraadn. Perdió de vista a sus compañeros y camina sobre la pendiente en las franjas de una niebla tenaz que parece estar ahí desde tiempo inmemorial. El viento lo azota, y repentinamente el mundo deja a todas luces de ofrecerse a él. Ya no está en su lugar. "Las cumbres de las montañas están entre las partes inacabadas del globo: trepar a ellas es un poco insultar a los dioses, inmiscuirse en sus secretos y experimentar su ascendiente sobre nuestra humanidad [...]. La naturaleza estaba ahí, salvaje y terrorífica, pero bella. Al ver lo que allí habían hecho las Potencias, al ver la forma, la manera y los materiales de su obra, yo miraba el suelo que hollaba con un temor respetuoso [...]. El hombre no debería estarles asociado. Era la Materia, vasta y terrible; no su madre la Tierra —de la que nos han hablado, hecha para caminar y ser enterrado en ella—, no (poner allí sus

huesos sería dar muestras de una familiaridad excesiva), sino el lugar de la Necesidad y el destino. Se experimentaba con claridad la presencia de una fuerza a la que nada obligaba a ser benévola para el hombre" (Thoreau, 2002, 73-79). Thoreau progresa con temor experimentando su infinita fragilidad. La zona de espanto tiene que ver a veces con la borradura de toda frontera clara entre los mundos, da un sentimiento de inconclusión. Aquí la tierra falta todavía elaborar y no está todavía lista para el ser humano, sigue siendo un caos. Es una línea de sombra que no se debe franquear, invisible pero poderosa, y hay que saber descubrirla o, de no ser así, estar a la defensiva. La noche, si no es ya esa inmensidad portadora de estrellas y de la pálida luz de la luna, si se cierra de pronto en un bosque, es propicia al miedo, al sofocamiento, a la intuición de que se tiende una trampa cuyo tenor escapa a todas las palabras, que hasta es impensable pero está ahí, presentida si el caminante no renuncia a su progresión. En el bosque de Tronçais donde camina una tarde, J. Gracq lo experimenta. Habiendo partido para caminar un largo rato, al cabo de media hora experimenta una opresión y decide volver atrás: "Creí vislumbrar esa noche la fuente de la angustia que pesa sobre la travesía de los grandes bosques en una noche sin luna. No hay hora en la noche del bosque alto, no hay caminata graduada del crepúsculo hacia el alba, nada que se asemeje al rosario desgranado y viviente de las horas del día, sino solamente un estado que parece final y separado del tiempo, un estado cataléptico y rígido de la materia vegetal, que hace de todo camino forestal en una noche oscura un camino no tan inquietante todavía como fúnebre" (Gracq, 1992, 56). El bosque es un universo mezclado donde

el orden se conjuga con el desorden, la sombra con la luz, lo viviente con lo inanimado, la confianza con el miedo: allí los sentidos están en parte confundidos porque la mirada no va muy lejos, el oído está al acecho, ya no hay fronteras claras entre los mundos.

Basho conoce una experiencia cercana pero sin esa dimensión casi metafísica que recorre la experiencia de Gracq. Sabe que tiene que recorrer caminos inciertos en la montaña, le han hablado de la inhospitalidad de los lugares. Y sigue al guía rumiando pensamientos sombríos pero sin por ello renunciar: "Mi anfitrión no había mentido: las montañas escarpadas eran siniestras, no se oía el grito de ningún pájaro, el sotobosque estaba sumido en las tinieblas por una vegetación densa, y uno creía estar andando en medio de la noche. Con la sensación de que 'del borde de las nubes llovía tierra', abriéndonos paso entre los bambúes enanos, saltando los arroyos, tropezando con los peñascos, inundados de un sudor frío, finalmente desembocábamos en el distrito de Mogami" (Basho, 1988, 87). Permanecemos siempre en el umbral. Los peñascos, las piedras, las colinas, los cursos de agua no son pensables, su existencia excede la inteligencia del hombre, son otros. Si una escritura rige su curso, hemos perdido su clave, y solo la analogía da la suficiente habilidad para acercarse sin perderse. No hemos solicitado tomar parte en ellos, pero no podemos sustraernos a tratar de comprender contra viento y marea; resulta imposible abandonarlos sin perderse. Territorio de los dioses, la tierra está viva, las piedras, el agua que fluye. Manifestación física de otro mundo donde el hombre no es más que uno que pasa.

Doug Peacok y sus compañeros buscan las huellas de grizzlis en las montañas San Juan del Colorado. Ese día Doug se había alejado de sus compañeros. Deben encontrarse en el campamento a la noche, pero pasa el tiempo y él sigue sin volver. La inquietud crece. R. Bass parte a su encuentro y lo descubre en el camino, extenuado, con los ojos despavoridos, en estado de shock. "Sucia jornada", farfulla. Acaba de vivir una experiencia espantosa. La jornada empezaba bien. Había descubierto un valle propicio para los osos, y encontró un cráneo a medias enterrado bajo el musgo, demasiado viejo para identificar si se trataba del de un grizzli o de un oso negro. Lo puso en su mochila y continuó su progresión. Al cabo de algunos minutos, el mundo a su alrededor le pareció deslizarse en otra dimensión. Un frío intenso se había adueñado de él, y se había encontrado al borde de una garganta rodeado por un revoltijo vegetal inextricable. Él, el viejo habituado a la vida salvaje, se había encontrado totalmente desorientado y con la mente espantosamente vacía. No de jaba de caer y de golpearse la cabeza, se torció el tobillo, el bosque a su alrededor parecía querer mandarlo al otro barrio, giraba, lo rodeaba, lo sofocaba. Lo invadió el terror y reptó durante horas en esa jungla sin comprender el sortilegio que lo perseguía. Y de pronto, en plena perdición, tuvo la sensación de que tenía que arrojar el cráneo. Se apoderó de él y lo precipitó al fondo de una garganta, e instantáneamente recuperó sus sentidos y su calma. El bosque a su alrededor se había como apaciguado. Al contar su historia a sus compañeros, "Peacok se decía que, para tener semejante poder, ese cráneo debía ser el de un oso muerto de muerte violenta, abatido por alguien malvado, o incluso

envenenado, o destripado. El animal había debido vagar por el bosque arrastrando su dolor, tratando de recuperarse antes de morir" (Bass, 1977, 99-100).

## Heridas

Con su compañera Éliane, Nicolas Bouvier se encuentra en Corea, en la isla de Jeju. Ambos emprenden la caminata por los flancos del volcán Hallasan para llegar a su cumbre. A las cinco de la mañana están al pie del cañón y caminan por un largo reguero de lava, rodeados por el canto de los ruiseñores. Pero tras cuatro horas de esfuerzo, la cumbre no parece casi haberse acercado a ellos y sus mochilas comienzan a pesar. A la una del mediodía, N. Bouvier se siente mal. "Vómitos y sed tanto más intolerables cuanto que bajo nuestros pies se oye un chorreo continuo" (1993, 148). Felizmente, un equipo de geólogos pasa por ahí y les da de beber, "y nunca nos pareció mejor el agua: ese día, las palabras 'sed' y 'agua' recibieron su ropa dominguera" (149). Queda todavía una hora de caminata en el mediodía antes de la cumbre cuando el agotamiento se abate sobre N. Bouvier. "Estaba rendido, en los dos sentidos del término: derrengado y habiendo llegado a donde quería estar1. Mi mujer se puso a reír: 'Pareces un sherpa agonizando'. Ella tomó una foto y parezco un sherpa en la agonía" (150) N. Bouvier se da buenas razones para abandonar. Después de todo, vio cantidad de pequeños lagos perdidos en la montaña

<sup>1</sup> En el original rendu, que significa "rendido" pero cuya forma pronominal, se rendre, significa dirigirse. [N. del T.]

en el Japón. Desde el lugar donde se encuentran, tienen una vista soberbia sobre el mar. "Desde el espolón donde estábamos sentados, se dominaba todo el este de la isla, los puertos de las costas Norte y Sur, Chedju y Sogwipo. De esos dos puntos cardinales y de toda la redondez del mar, se veían los juncos con las velas remendadas como pantalones de gitanos convergiendo hacia los malecones" (150).

Pequeña venganza amistosa, N. Bouvier se dijo que finalmente había que llegar allá para sentir la inutilidad de ese volcán "apoyado en el mar de China como un guijarro de Pulgarcito". Sin embargo, los problemas no han terminado. Falta un largo y penoso descenso y, por último, después de quince horas de caminata desde la mañana, para coronar la jornada, el encuentro al final de la ruta con un guardián encolerizado y armado hasta los dientes, que los injuria. Supuestamente, los dos caminantes no debían bajar tan rápido. Los que ascienden a lo alto durante la jornada siempre se quedan a dormir y vuelven por la mañana. Finalmente, el problema se resuelve, el guardián por fin se tranquiliza, y los caminantes retoman el camino de su albergue. Sin embargo, ningún pesar: "Era como una muesca en el cuchillo de un asesino. Si uno no deja al viaje el derecho de destruirnos un poco, mejor quedarse en su casa" (155).

En la Patagonia, Bruce Chatwin desea llegar al lago Khami, a unos cuarenta kilómetros de Harberton, donde entonces se encuentra, cerca de Ushuaia. Los ríos desbordan y el paisaje está perturbado por la actividad frenética de los castores, que construyen diques en todas partes. Pese a las exhortaciones de sus anfitriones, toma la ruta guiándose con su brújula. A mitad

de camino, unos cóndores se abalanzan en varias oportunidades sobre él evitándolo en el último momento. Pero terminan por cansarse después de algunos asaltos del mismo tipo. Se encamina hacia el lago Khami cuando se cae al agua tras haber apoyado el pie sobre un tronco que parecía sólido pero que flotaba sobre el río. Se hunde de cabeza en un barro negruzco. Logra salir tras muchos esfuerzos, y se apura por llegar a la ruta antes de la noche. Pero los castores reacondicionaron profundamente el paisaje. Atraviesa los brazos del río unas veinte veces, y cae la noche. Agotado, extiende su bolsa de dormir sobre un lugar chato, enciende un fuego. "Oí entonces el ruido de un motor y me senté. La luz de los faros horadaba la frondosidad de los árboles. Menos de diez minutos de caminata me separaban de la ruta pero tenía demasiado sueño para reaccionar. Me adormecí enseguida. Dormí incluso bajo la nieve" (Chatwin, 1979, 203).

La herida, si es duradera, peor aún si está ligada a la edad, es un dolor incesantemente reactivado, recuerda lo que ahora está prohibido y de lo que hay que hacer el duelo aunque eso antes llenaba toda la existencia. Nicolas Bouvier hizo la amarga experiencia de esto después de haber recorrido tantos paisajes, sin embargo. Ahora la movilidad le está medida. "Hacer mis tres o cuatro kilómetros cotidianos. Imposible, las piernas enseguida bloqueadas, la espalda adolorida, la máquina es lenta en desoxidarse, todos los músculos se niegan a despertar. Tras dos o tres paradas, cuando sentía que la máquina se desatrancaba y yo alargaba mis zancadas con la idea de llegar al cuarto kilómetro, el auto que debía buscarme para el regreso llegó demasiado temprano". Se siente

frustrado de ese combate contra el tiempo, contra piernas que se sustraen y que con tanta frecuencia lo pasearon por el mundo entero. "Las piernas soportan de todos modos la cabeza y la tierra se nos da por la planta de los pies" (Bouvier, 2005, 59). Es imposible creer que la caminata se convierte en semejante lucha contra el dolor cuando durante tanto tiempo fluyó con tanta naturalidad.

Con su delicadeza acostumbrada. Pierre Sansot también habla de la medida que por fuerza conquista sus pasos. "Con los años iré haciendo pausas. Volveré a aprender a poner un pie delante del otro. Me pondré o no un echarpe según el humor del cielo. Recuperaré mi aliento de un banco a otro. Todavía más tarde, llegaré a un primer banco y no proseguiré la aventura. Más tarde aún, me quedaré en mi apartamento. Acompañaré con la mirada a los chicos que están en condiciones de recorrer la calzada" (Sansot, 2000a, 297). Miguel Torga, provisionalmente impotente para desplazarse, habla de su angustia: "Caminar era para mí un placer inocente, mi manera privilegiada de conocer el mundo, la expresión más directa de mi libertad [...]. Con la pierna extendida no sé qué va a ser de mí, inválido de cuerpo y también de mente, porque nunca uno ha funcionado sin el otro. Le falta a mi entendimiento la longitud de mis zancadas" (Torga, 1997, 99). Casi diez años más tarde, sigue caminando en São Martinho de Anta como en una última celebración de las colinas que tanto recorrió y amó: "Toda la tarde trepando, perdiendo el aliento, ciertamente por última vez, los peñascos familiares que dominan el Douro y recibiendo, comulgando por los ojos cada imagen deslumbrante como un sacramento" (262). En los últimos años de su vida,

H. Hesse sigue caminando en los bosques de Montagnola a pesar de sus dolores de espalda. Pero con el correr de los días las distancias disminuyen. Poco antes de morir escribe: "En efecto, me quedo durante semanas, meses en mi oficina o en mi jardín, encontrando rara vez el coraje de recorrer el camino hasta nuestro pueblo o incluso simplemente hasta el límite de nuestra propiedad" (Hesse, 2000, 88).

Rousseau, llegada la edad, y pese a su amor por la caminata, de la que no deja de hablar en su obra, conoce el momento doloroso en que su condición física lo abandona. Debe resignarse. "No volveré a ver más esos bellos paisajes, esos bosques, esos lagos, esas florestas, esos peñascos, esas montañas cuyo aspecto siempre me llegó al corazón: pero ahora que no puedo ya recorrer esas felices comarcas no tengo más que abrir mi herbario y este pronto me transporta a esos lugares" (1964, 137). Algunos objetos conjuran la virulencia del tiempo en retirar lo que largo tiempo constituyó el gusto de vivir.

Diez años después de su larga marcha hacia la ruta de la seda (infra), B. Ollivier vuelve a partir para un recorrido más modesto de mil kilómetros a pie y en canoa de las fuentes del Loira en el monte Gerbier-de-Jonc hasta Nantes. Pero no deja de interrogarse. Por cierto, tiene el sentimiento penoso de encerrarse en la rutina. Máxime cuando algunos años antes, al bajar del monte Blanc, sus rodillas se desgarraron. Durante dos años se vio privado de caminatas y trayectos a pie. Pero sobre todo está atormentado por su edad, el tiempo que pasa, la sensación que tiene de su envejecimiento, aunque no lo experimente físicamente. Ya no es totalmente el hombre que recorría el Asia diez años antes. Ahora tiene setenta años. Al

comienzo de su viaje previó 150 kilómetros a pie por las orillas del Loira y todo el resto bajando el río en canoa. "¿Aguantarán mis viejas articulaciones? Aligeré la mochila al máximo y preví distancias de conformidad con mi edad avanzada. No más de 25 kilómetros por día. Tengo que ajustar un problema con mi nacimiento. ¿Soy todavía lo bastante voluntarioso y sólido para aguantar hasta Nantes? [...] Debía volver a humanizarme poniéndome -un poco- en peligro. No se trata de envejecer apaciblemente en esa casa normanda que amo, reconstruida piedra por piedra" (Ollivier, 2009, 25). A diferencia de sus otras caminatas, esta realmente no fue preparada. Jalonó su recorrido de contactos para recuperar el aliento y forjar amistades, pero cuando se ve obligado a dormir afuera, descubre que su bolsa de dormir no está muy adaptada y se pasa toda la noche tiritando. A menudo tendrá frío a causa de la lluvia. que casi no lo abandona a lo largo del viaje. Atraviesa momentos de desaliento. Pero poco a poco recupera una buena condición física y su gusto de vivir vuelve a tomar la delantera. "Camino con un placer regenerado, feliz de comprobar que los pequeños dolores que siento en las piernas y la marca roja debida a las correas de mi mochila son poca cosa al lado de esta evidencia: tengo la felicidad de estar en forma, de ir todavía a la aventura, de abrir puertas de vida" (61). Al término del viaje es otro nacimiento lo que lo espera. El sentimiento de que la edad no hace nada a la vida, o por lo menos no tanto como uno lo imagina. "Al bajar el Loira tuve mi carga de encuentros, de soledad, de miedos y de alegrías, también de dificultades, al navegar durante ese verano podrido. Sobre todo, tuve la ocasión de ir un poco más lejos en mí mismo. A los 70 años, es

grande el riesgo de considerar que estamos en el final de la ruta, que el trayecto de vida va a tomar fin" (259). Pero él lo sabe, el camino nunca es interrumpido mientras permanezca el deseo de ser llevado por él.

J. de Romilly vive en Aix-en-Provence, no lejos de la Santa Victoria pintada con tanta frecuencia por Cézanne. La montaña ejerce sobre ella un magnetismo que atraviesa toda su existencia: "Desde hace cerca de cincuenta años que paso todas mis vacaciones aquí y las empleo todas en esos paseos, los períodos se sucedieron unos a otros; estuve aquí en tiempos de guerra y en tiempos de paz, casada y luego sola, joven y luego menos joven; ahora bien, nunca, poniendo aparte algunas expediciones muy olvidadas de nuestros primeros años aquí, ni casada ni sola, ni joven ni menos joven, caminé en otra dirección" (2002, 19). Los años pasaron y, cuando escribe su libro, dice: "Desde los diez años nunca fui hacia Santa Victoria sin decirme que quizá era la última vez, o en todo caso la última temporada: basta un fémur roto, o una fatiga en el corazón, y habrá que hacer punto y aparte [...]. Bien sé que ningún recuerdo me devolverá el deslumbramiento de la luz ni la frescura del viento [...]. No, todo eso está perdido. Pero lo intento. Y, sin duda, esa conciencia de una belleza que de un momento a otro se me va a escapar es la que más me incita hoy a escribir" (18). La belleza de los paisajes es un sacramento para aceptar la muerte, ayuda a envejecer. J. de Romilly sabe que la luz que rodea a Santa Victoria un día se apagará para ella, pero seguirá estando presente como lo está desde hace tanto tiempo. Esa imagen de la eternidad es para ella un sosiego y no un pesar. "Me acuerdo: cuando éramos dos, a menudo exclamaba: '¡Oh!

¡Este camino! ¡Amo este camino!' Ahora que estoy sola no digo nada; pero siento una dicha que se estremece en mí" (50). Un día, el neurólogo Oliver Sacks camina en Noruega, no lejos del fiordo Hardanger. Al amanecer, bajo un sol promisorio, trepa el sendero que luego de varias horas conduce a una pequeña montaña. Camina a grandes zancadas, regocijándose de su condición física irreprochable. Tras haber atravesado un bosque de coníferas, se encuentra de pronto ante una curiosa barrera, y un cartel cuyo lenguaje noruego descifra: "Atención al toro", con el dibujo de un hombre lanzado al aire. Se pregunta si eso no es una broma. Empuja la barrera y prosigue su camino por un sendero más empinado, siempre a buen paso. A eso de las once divisa la cumbre codiciada y se convence de que estará ahí al mediodía. Pero al zigzaguear entre las rocas tropieza de pronto con una forma que resulta ser el famoso toro, que lo mira primero sin reaccionar antes de levantarse bruscamente. Primero dueño de sus reacciones y controlando su miedo, Oliver Sacks cede al pánico sabiendo que está tomando la decisión más temible. Y sin siquiera verificar si el toro lo sigue emprende una loca carrera rodando las colinas y termina por caer pesadamente sintiendo un fuerte dolor en su pierna izquierda. Siempre presa del terror, intenta levantarse pero su pierna se sustrae bajo él, incapaz de sostenerlo. Recuperando el aliento, diagnostica una ruptura completa del tendón del cuádriceps, una dislocación de la rodilla, una desgarradura de los ligamentos cruzados, una herida ósea y tal vez varias fracturas. "Estaba totalmente solo, no lejos de la cumbre de una montaña, en una parte del mundo muy poco poblada. Lo más espantoso era que nadie sabía dónde estaba: muy bien

habría podido morir en el lugar sin que nadie pensara en venir a buscarme aquí" (1987, 18). Se olvida del toro, que sin duda se había quedado apaciblemente en lo alto de la colina. No tiene otra elección sino descender con medios improvisados inmovilizando la pierna y dejándose deslizar sobre las nalgas. Sin lugar a dudas, cada caminante tiene sus caprichos, y el de Sacks resulta ser particularmente feliz. Nunca sale sin su paraguas, incluso para una travesía. Lo sacrifica para hacer con él una férula. Y en ese momento toma conciencia de que la muerte no está lejos, el día avanza y el frío comienza a hacerse sentir. Si nadie viene a socorrerlo antes de la caída de la noche, su existencia está en juego. Inicia el descenso tropezando con la superficie desigual del suelo, que intensifica su dolor.

Agotado y desesperado, viendo que no es mucho lo que avanza, grita largamente para expresar su desamparo y a la vez con la esperanza de llamar la atención de alguien. Pero se arrepiente rápido por miedo a que vuelva el toro. Decide permanecer en silencio y prosigue dolorosamente el descenso. Debe franquear trabajosamente un arroyo -que había atravesado alegremente vadeándolo a la ida-hundiéndose por completo en el agua helada. Congelado, en un estado en el límite del trance, lucha contra las ganas de acostarse ahí y esperar apaciblemente la muerte. Toma distancia de la fascinación y reinicia su avance. Imágenes de su pasado desfilan ante sus ojos como si ya se preparara a morir. Pronto toma conciencia de que esa es su manera de agradecer al mundo el haber vivido. Una música lo inunda y él se olvida en ella. Después de horas de ese avance lancinante, la noche cae. Oliver Sacks está tocando sus límites. De pronto, un grito resuena no lejos de

él. Un cazador y su hijo han salido de su tienda tras haber oído ruidos en la maleza. Está salvado. El hijo corre a dar el alerta al pueblo. "Menos de dos horas más tarde, una banda de sólidos pueblerinos llegaba con una camilla" (32). La aventura dista de estar terminada para él, pero está a salvo.

En 1692, el infatigable Basho, que se pasó la existencia peregrinando, está enfermo y en cama. Compone uno de sus últimos haikus: "Enfermo en camino / en sueños sigo recorriendo / la landa reseca" (Basho, 1988, 17). Muere algunos días más tarde. Cuando la vida en su totalidad se componía de incansables caminatas, es difícil resignarse a la inmovilidad, incluso cuando las piernas ya no soportan el peso del cuerpo. El sueño toma el relevo, la imaginación recuerda que los caminos siguen estando ahí.

Rimbaud, "el hombre con las suelas de viento" —como lo llamaba Verlaine—, que tanto caminó en su juventud, es atacado por un cáncer que le roe los huesos. Pretendía ser un "peatón, nada más", pero paga caro su adhesión al comercio en Harrar y atribuye a la duración de las múltiples travesías del desierto a pie con sus mercancías esa enfermedad que lo hace sufrir terriblemente. Le amputan una pierna en julio de 1891 en Marsella. "Vuelvo a andar con muletas —escribe a su hermana Isabelle—. Qué fastidio, qué fatiga, qué tristeza pensando en todos mis antiguos viajes, ¡y qué activo estaba hace solamente cinco meses! ¿Dónde están los recorridos a través de los montes, las cabalgatas, los paseos, los desiertos, los ríos y los mares? ¡Y ahora la existencia de un tullido!" (1999, 737).

## **Preocupaciones**

La lluvia es una de las preocupaciones mayores del caminante, sobre todo si el calzado no es resistente. "La exposición a la humedad es la cruz del caminante, su primer paso en la senda de la abnegación" (Fisset, 2010, 49). Es imposible detenerse en el borde del camino, a menos que se encuentre un abrigo. A veces la nieve es otro obstáculo a la progresión, pero ocurre que esos momentos son recuerdos deslumbrantes. W. G. Sebald lo experimenta en el Krummenbach, cuando trata de llegar a pie al pueblo de su infancia. Se detiene "el tiempo de un largo alto bajo los últimos árboles para contemplar desde la oscuridad del bosque la maravillosa caída de nieve cuyo silencio, en los campos húmedos y desiertos, sofocaba los pálidos y delicados matices de blanco y de gris". Cerca de ahí ve una pequeña capilla, tan pequeña que no acoge mucho más que una decena de fieles. Allí se refugia: "Afuera, arrojados por la tempestad, los copos desfilaban ante las minúsculas ventanas, y pronto tuve la impresión de encontrarme en una embarcación atravesando un vasto océano" (Sebald, 2001, 184). El tiempo que hace o que hará es la preocupación permanente del caminante, que no experimenta las mismas emociones ni las mismas sensaciones bajo la lluvia o el sol, bajo la nieve o la tormenta. Todo encuentro con otros itinerantes solicita un comentario sobre la cualidad del aire y sobre el placer o el pesar de caminar en tales condiciones. El tiempo es el recurso

elemental para entrar en discusión, luego es posible ir más en profundidad y evocar el recorrido y sus dificultades o sus maravillas.

Un caminante es un hombre o una mujer que enfrenta los problemas con ecuanimidad. Sabe que el camino no se somete a su voluntad por el solo hecho de que él lo toma, y que el alejamiento de la comodidad de la vida cotidiana tropieza con sinsabores menudos que justamente constituyen la sal de la caminata y sus recuerdos más arraigados. En septiembre de 1878, cuando el joven Stevenson se lanza entre Le Puy y Saint-Germain de Calberte, choca con muchas sorpresas. Caminar por nada, por el placer, parece bastante singular a las personas con las que se cruza y en ocasiones es desairado por aguafiestas a quienes no les gustan los extranjeros. Su burra Modestine no siempre facilita su progresión. Pero no deja de poner al mal tiempo buena cara. Cuando dos niñitas a las que pregunta su camino al caer la tarde se burlan de él sin responderle, escribe en su diario de a bordo "aquí teníamos a un par de tontas descaradas y socarronas que solo pensaban mal. Una sacó la lengua delante de mí, la otra me dijo que siga las vacas y las dos se pusieron a reírse bajito y a codearse. La bestia de Gévaudan<sup>1</sup> devoró alrededor de un centenar de niños de este cantón. Empezaba a simpatizarme" (Stevenson, 1978, 61).

Ese mismo día, obligado por la falta de hospitalidad de los campesinos de la región, se resigna a dormir al descampado

<sup>1</sup> Animal mítico antropófago que supuestamente asoló la región de Gévaudan entre 1764 y 1767, y al que se le atribuyen más de un centenar de ataques mortales contra personas. [N. del T.]

a pesar del viento y el frío. Primero come en desorden sus provisiones, tragando chocolate y salchicha al mismo tiempo, tomando aguardiente puro porque no tiene otra cosa a mano para sacarse la sed. Pero esa noche, escribe, "cené con buen apetito y fumé uno de los mejores cigarrillos de mi vida" (68). Duerme mal debido a una piedra bajo su bolsa y los golpes con las pezuñas que da a veces Modestine, y sin embargo nada menoscaba su buen humor. Al despertar, observa hasta qué punto la noche finalmente fue "cómoda y agradable, pese al tiempo espantoso. La piedra que me había molestado habría podido no estar ahí; habría podido no verme obligado a acampar a ciegas en la noche espesa", y concluye: "No había experimentado ninguna impresión de frío y me había despertado con una claridad y una ligereza de sensaciones extraordinarias". Cuando contempla el paisaje a su alrededor, se siente feliz: "Había buscado una aventura durante toda mi vida, una simple aventura sin pasión, tal como les ocurre todos los días a heroicos viajeros y encontrarme así, una buena mañana, por azar, en un lugar despejado del bosque de Gévaudan, ignorante del Norte como del Sur, tan ajeno a lo que me rodeaba como el primer hombre en la tierra, continente perdido, era ver realizada una parte de mis sueños cotidianos" (70). Stevenson siempre ve el vaso medio lleno, como un caminante que no deja de medir su suerte y se niega a dejarse abatir por detalles. Pero la caminata es una escuela de paciencia, en ningún caso resignación, por el contrario, sino que enseña a no precipitarse y a ajustarse a las circunstancias, ya sean felices o complicadas. El caminante es un artista de las ocasiones.

## paseo

Un paseo interrumpe las tareas diarias, un poco como el recreo suspende la clase. Es un intervalo entre diferentes actividades, es más breve que una excursión y se efectúa en las cercanías de su domicilio. Es una manera cómoda de recuperar el aliento, de darse un momento de reflexión o de relajación sin aventurarse demasiado lejos. Se parece a una forma de higiene, lleva a salir de su casa para ir al encuentro de los otros o del espacio, y recuperar un momento de presencia corporal en el mundo. Para unos, es una respiración entre varias actividades, o bien una manera de amenizar su jornada con un poco de sorpresa y, para otros, la ocasión de restaurar el lazo social al cruzarse con vecinos, saludar a allegados o a residentes. También es una manera de ir a saludar al genio de los lugares a lo largo de un recorrido privilegiado a través de las calles o los barrios apreciados. Se hace callejeando con una actitud indolente y disponible a todas las curiosidades. Sin objeto, sin objetivo, es un mero uso del tiempo al correr de las circunstancias. Responde a la necesidad interior de restaurar un instante la carne del mundo encontrando un más amplio uso del cuerpo.

En páginas famosas, Marcel Proust (1954, 161 sq.) evoca los paseos rituales de su familia cuando aún era un niño. El del lado de Méséglise, el más rápido, se desarrolla alrededor de Combray, reservado a los días en que el tiempo es incierto, con

la posibilidad de replegarse bajo la bóveda de los árboles del bosque de Roussainville en caso de chaparrón. Es el lado de la casa de Swann porque la ruta pasa delante de su propiedad. Méséglise sigue siendo para el joven Marcel "algo inaccesible como el horizonte, sustraído a la vista, por lejos que se fuera, debido a los pliegues de un terreno que no se parecía ya al de Combray". Proust recuerda esos momentos en que el chaparrón sorprendía a la familia y en que todos corrían a resguardarse bajo el pórtico de la iglesia de Saint-André-des-Champs. En el camino de Méséglise, a menudo sueña con la aparición de una joven que habría sido como la emanación misma del paisaje.

El paseo por el lado de Guermantes es más largo, más meditativo, e implica haber medido bien los riesgos de lluvia. "Mañana, si hace el mismo tiempo, iremos por el lado de Guermantes", decía el padre de Proust observando el sol. La familia salía entonces por la puerta del jardín y se ponía en movimiento por la calle de Perchamps, estrecha y llena de gramíneas. El paseo bordeaba largo tiempo el curso del Vivonne y en ocasiones lo franqueaba. "Como las orillas en ese sitio eran muy pobladas de árboles, sus grandes sombras daban al agua un fondo que habitualmente era de un verde oscuro pero que a veces, cuando volvíamos algunos atardeceres aquietados de tardes tormentosas, he visto de un azul claro y crudo, que tiraba sobre el violeta, de apariencia dividida y gusto japonés" (203). A la hora de la merienda, todo el mundo se sentaba entre los lirios del borde del agua para mirar las carpas. A pesar de sus sueños, sin embargo, el joven Proust nunca pudo remontar hasta la fuente del Vivonne, ni alcanzar

Guermantes, que seguía siendo un lugar meramente imaginario incluso para él. Frente a la multitud de las sensaciones que lo atravesaban durante esos paseos, lamentaba no ser un "escritor famoso" para anotar esas impresiones, esas emociones que lo impregnaban. "Entonces, muy fuera de todas esas preocupaciones literarias y sin vinculación alguna con ellas, de pronto un techo, un reflejo del sol sobre una piedra, el olor de un camino hacían que me detuviera por un placer particular que me daban, y también porque tenían el aspecto de ocultar, más allá de lo que yo veía, algo que invitaban a tomar y que pese a mis esfuerzos no lograba descubrir" (214).

Para Proust, cada detalle se vuelve un mundo cuya trama no deja de recorrer todavía muchos años más tarde. Estos paseos marcan su sensibilidad para toda su existencia. "El lado de Méséglise con sus espinos, sus acianos, sus amapolas, sus manzanos; el lado de Guermantes con su río con árboles desmochados, sus nenúfares y sus botones de oro constituyeron por siempre jamás para mí la figura de la región donde me gustaría vivir...". Algunas páginas más lejos añade: "Cuando en las tardes de verano el cielo armonioso ruge como una fiera salvaje y cada uno refunfuña por la tormenta, es el lado de Méséglise al que debo el hecho de quedarme solo en éxtasis, respirando, a través del ruido de la lluvia que cae, el olor de lilas invisibles y persistentes" (223).

Sin lugar a dudas, cada uno de nosotros en sus lugares familiares conoce su lado de Méséglise, más corto, y su lado de Guermantes, más enigmático, soñador, abierto a la contemplación. El paseo otorga un repertorio afectivo que se declina en diferentes recorridos definidos por el humor

del momento y el tiempo que hace. El paseo es una pequeña y bella escapada fuera de lo cotidiano, pero siempre bajo su égida, no tiene la solemnidad de la travesía, ni su compromiso físico. No está fuera de los territorios familiares, permanece en lo conocido y tiene a mano una posibilidad de retorno en caso de lluvia. Me basta con cerrar los ojos y ver la campiña cerca del castillo de Coulennes en Loué, y los dos caminos de paseos que tomaba en ocasiones mi abuela o mi tía en mi compañía. Los dos llegaban al Vègre. El primero era muy conocido, pero el segundo, más raro y más largo, era tanto más misterioso para mí. Nunca dejé de caminar por él interiormente con mi caña de pescar y, sobre todo, con la fascinación de descubrir el río tras una larga marcha por caminos de tierra o, para el paseo más corto, de descubrirlo siguiendo una pequeña ruta sobre la cual raramente pasaba un auto. La transparencia del Vègre corriendo sobre las piedras sigue siendo para mí una de las imágenes preciosas del misterio al alcance de la mano pero siempre sustraído. Los paseos de la infancia nos conducen lejos en el tiempo, no dejan de realizarse una vez más.

El escritor Robert Walser abandona su gabinete de trabajo (o de fantasmagorías, como él lo nombra). "Olvidé rápido que todavía un momento antes, en mi oficina, allá, rumiaba pensamientos lúgubres ante una hoja de papel vacía. La tristeza, el sufrimiento y todas las ideas penosas habían como desaparecido, aunque experimentase aún con fuerza cierta gravedad delante y detrás de mí" (1987, 10). Salir fuera de su casa para abrirse a la deambulación en las calles o los alrededores lleva a un cambio radical de humor. No es ya el mismo hombre que

languidecía en su casa el que ahora camina sin rumbo fijo y abierto a las solicitaciones de su progresión. Todo paseo es una odisea minúscula, como lo ilustra el relato de Walser, que habla con ternura e ironía de la gente con la que tropieza, de los animales, de las tiendas, etcétera.

R. Walser (Lacadée, 2010) es un personaje fascinante animado del deseo de desaparecer de sí, está obsesionado por lo que llamé la blancura (Le Breton, 2007), es decir, la voluntad de dejar de asumir las obligaciones de la identidad. A pesar de sus libros, rechaza todo compromiso en un mundo donde le cuesta trabajo reconocerse sin estar jamás en posición de rechazo a su respecto. El mundo está ahí, pero se desinteresa de él porque si fuera preciso estar presente habría que asumir su nombre, su historia, una responsabilidad. Cosa a la cual siempre se negó. Para desaparecer se confunde con el rol que se le atribuye, se borra como actor de su existencia. Escritura de la ausencia, de la distancia, de una suerte de ternura desengañada, en apariencia sin espesor, y que sin embargo suscita la admiración de Kafka, de Musil, de Hesse, de Benjamin, de Tucholsky. Trastornos psíquicos conducen a su internamiento en Waldau en 1929. Algunos años más tarde, transferido a Herisau, deja definitivamente de escribir. Se pasa la vida haciendo trabajos menudos en el hospicio, echa una mano valiosa a los ayudantes de enfermería para las actividades de limpieza, selecciona las lentejas, los porotos, las castañas, pega bolsas de papel y se niega a hacer otra cosa de su existencia. Lee, pero poco, y se esfuerza por mantenerse a distancia de toda sociabilidad. El hospicio es su refugio, su monasterio. Pero le gusta apasionadamente

caminar. En 1936, el escritor C. Seelig se esfuerza por ganar su confianza a pesar de sus reticencias. Poco a poco se anuda una amistad entre los dos hombres a despecho de las asperezas de carácter de Walser. Regularmente se encuentran para caminar juntos. R. Walser espera a su compañero en la estación y emprenden una caminata a través de las colinas o la montaña indiferentes al tiempo que hace. Los dos hombres hablan sobre la literatura, los escritores que conoció Walser; a menudo se callan, se detienen a tomar comidas deliciosas en los restaurantes que encuentran en su ruta. Así, por ejemplo, el 23 de agosto de 1939: "Realizamos el trayecto Herisau-Wil, sin dejar de charlar, en tres horas y media. Tenemos la impresión de estar calzados con patines, de tanta comodidad con la que avanzamos. De vez en cuando Robert hace que preste atención a un prado particularmente bello, a un banco de nubes o a alguna residencia barroca. [...] Él está muy alegre, encantado de comprobar que recorrimos veintiséis kilómetros en tan poco tiempo, con apenas un vaso de vermut a manera de 'combustible' [...]. Almuerzo en el restaurant Im Hof, donde comemos a cuatro carrillos" (Seelig, 1992, 34). Con el correr de los años, innumerables caminatas reúnen a los dos hombres mientras que a algunos kilómetros de ahí Europa se incendia, para luego reconstruirse. Algunos días antes de su siguiente encuentro, el día de Navidad de 1956, R. Walser realiza su paseo acostumbrado en la campiña nevada. Camina hacia las ruinas del Rosenberg para mirar el paisaje magnífico de los Alpes desde allá arriba. Trepa entre las hayas y los abetos. De pronto el corazón le falla, cae hacia atrás y acostado sobre la espalda apoya la

mano sobre el pecho. Muere en la nieve, en paz. En una de sus nouvelles soñó con semejante muerte adjudicándosela a un joven poeta. Más tarde unos niños lo descubren y dan la alerta. R. Walser murió en su último paseo. Otra manera de desaparecer, más común.

En una carta del 26 de enero de 1762, Rousseau habla a Malesherbes de su ansia de caminar y de soledad: "Antes de la una, hasta los días más calurosos, partía con el sol a pleno, apurando el paso, en el temor de que alguien viniera a apoderarse de mí antes de que hubiese podido escabullirme; pero una vez que podía dar vuelta cierta esquina, comenzaba a respirar sintiéndome salvado, diciéndome: '¡Heme aquí dueño de mí mismo por el resto de la jornada!'. Me dirigía entonces con un andar tranquilo a buscar algún lugar salvaje al bosque, algún asilo donde pudiera creerme el primero en entrar, y donde ningún otro viniera a interponerse entre la naturaleza y yo [...]. Volvía con lentitud, con la cabeza un poco fatigada pero el corazón contento; descansaba agradablemente al volver, entregándome a la impresión de los objetos, pero sin perder, sin imaginar, sin hacerotra cosa que sentir la tranquilidad y la felicidad de mi situación" (en Gros, 2011, 150-151).

Si para algunos el paseo, que generalmente nunca lleva muy lejos de la casa, es un momento de reencuentro consigo mismo, de tomar una leve distancia respecto de la vida cotidiana y sus preocupaciones, para otros nunca está totalmente alejado de una búsqueda de sociabilidad, y es en efecto propicio a algunos encuentros, hasta para hacer compras o realizar mínimos exámenes. Deambulación donde los saludos son mutuos y cada uno permanece en su lugar en

una especie de actividad que solo compromete a la superficie de sí. Da la sensación de que uno está siempre inmerso en los movimientos del mundo. Cada día, a lo largo de toda su vida, Thoreau camina alrededor de Concord. "Creo que no puedo conservar la salud y la mente a menos que pase como mínimo cuatro horas por día y en lo posible más vagando por los bosques, las colinas y los campos, totalmente liberado de toda preocupación material" (1994, 82). De su amor por la caminata hace su oficio. Recorre los alrededores de Concord para medir las superficies y definir los límites de las propiedades de unos y otros. M. Torga, escritor y médico portugués, frecuenta las inmediaciones de Coimbra. Declara ser un "verdadero geófago que diariamente necesita algunos kilómetros de comida. Devoro las llanuras como si tragara pancitos, y me arrojo sobre las montañas como sobre la papilla de mi infancia" (Torga, 1982, 285). El paseo es otra manera de saciarse, de alimentarse del mundo al tiempo que uno se alivia de las preocupaciones del día.

El paseo a menudo permanece en el recinto de la ciudad o del pueblo, hasta del barrio, no es aventurero porque simplemente busca la tranquilidad y un escabullirse de lo cotidiano. "Esté lindo o feo, mi costumbre es ir a eso de las cinco de la tarde a pasear al Palais-Royal. Soy yo ese a quien se ve siempre solo, soñando en el banco de Argenson. Platico conmigo mismo de política, de amor, de gustos o de filosofía" (Diderot, 1972, 31). Pero eso familiar, sin embargo, es una senda de extrañamiento. J. Gracq lo encuentra a algunos pasos de su casa en un pequeño valle del Èvre, un pequeño afluente del Loira. "¿Por qué se arraigó en mí tan temprano

que, si el viaje solo -el viaje sin idea de retorno- abre para nosotros las puertas y realmente puede cambiar nuestra vida, un sortilegio más oculto, que se emparenta con el manejo de la varita de brujo, se une al paseo entre todos preferido, a la excursión sin aventuras ni imprevistos que nos conduce en algunas horas a nuestro punto de contacto, al cierre de la casa familiar?" (Gracq, 1981, 9). Lo que importa no es el camino sino lo que el caminante hace de él.

## caminar en la ciudad

No siempre se sabe por qué una ciudad toca a uno a tal punto mientras que otra se le escapa y le proporciona una sensación de malestar. En semejante apego hay el mismo misterio que para el rostro que deslumbra y deja sin voz. Las palabras se vuelven superfluas, las razones dejan de tener vigencia, son una banalización y una torpe tentativa de comprender lo que se sustrae. Ni siquiera es siempre una bella ciudad lo que conmueve, la emoción se juega en otra parte, pero ¿dónde? En un lugar inaccesible.

Cada citadino tiene sus espacios, sus recorridos predilectos experimentados con el correr de sus actividades y que él toma de manera unívoca o que varía según su humor, su grado de fatiga o de disponibilidad, el tiempo que hace, su deseo de apresurarse o de callejear, los mandados que tiene que hacer a mitad de camino, los recuerdos que quiere revisitar, los encuentros, etc. La ciudad no existe sino por los desplazamientos de sus habitantes. Al salir de su casa la inventan vivificándola con sus recorridos, sus encuentros, sus frecuentaciones de tiendas, jardines públicos, muelles, lugares de cultos, esparcimiento, estaciones, salas de espectáculo, cafés, etc. Los caminantes son el signo de su vitalidad o de su adormecimiento, del placer o del aburrimiento. El fluir del tiempo ritma los momentos particulares de sus actividades.

Ninguna ciudad proporciona las mismas impresiones o la misma atmósfera de un barrio a otro, cada uno posee su singularidad, su ambiente, sus enigmas. Toda ciudad contiene innumerables otras ciudades, y para el mismo caminante o el mismo habitante innumerables capas afectivas que no dejan de modificarse según su humor.

La ciudad construye su propio cosmos separándose del resto del mundo, borra las colinas, los bosques, los campos, a veces hasta los ríos, los pantanos, los lagos. En un pueblo, los hombres hacen buenas migas con el sol, el viento, las fuentes, el relieve; construyen un puñado de viviendas en una relación intensa y sensible con su entorno. La ciudad, a la inversa, recompone el mundo sin preocupación por el paisaje para dar paso al asfalto y al cemento. Las estaciones le resultan indiferentes porque dispensa todo un horizonte de artificios que las torna sensibles solamente por el frío o el calor, la canícula o la nieve. Los mismos puestos del mercado son engañosos puesto que las legumbres o las frutas vienen ahora de todo el mundo o bien son conservados en frío. Ahora se comen cerezas mirando caer la nieve por su ventana. La ciudad da al caminante sus propias cronologías, que son de otro orden, festeja su urbanidad, no su ruralidad. Luces y guirnaldas de Navidad, fuegos artificiales del nuevo año, aparición de terrazas de cafés, presentación de las vidrieras, cambio de las imágenes publicitarias según los mercados del momento, etc. Celebración de la mercancía y de la vida común y no metamorfosis de la naturaleza. Las calles peatonales son más bien favorables al comercio. "La multitud las pisotea más que calle jearlas. En una vacuidad

cercana al aburrimiento [...]. ¿Cómo se pudo comparar el callejeo con el shopping? La mercancía, que allí tiene el primer papel, fascina a sus fieles y no les descubre la mirada amorosa, soñadora, de quien divaga a lo largo de una ribera o de una calle habitada por los siglos, el que prefiere los rostros y la pena y las alegrías del hombre a los objetos, por raros que sean" (Sansot, 2000b, 227). Yo me siento cercano a lo que escribe G. Jouanard a propósito de las ciudades "fuera del tiempo, taladradas por callejones, atolladeros, pasajes, arcadas, pequeñas plazas, adornadas de pórticos, de frontones, de entramados de madera", allí la ensoñación "adquiere su auge de máxima envergadura" (Jouanard, 2000, 178). Se trata entonces de ciudades vivas, curiosas, hospitalarias para el callejeo. En gran medida nos ahorramos los negocios, o bien son tiendas clásicas y no negocios de recuerdos repletos de objetos fabricados en Asia.

Las veredas son a la medida del caminante pero muy frecuentadas. No son senderos, no retienen ninguna huella de pasos. No se trata de añadir su piedra a un mojón so pena de que le pongan una multa por trabar la circulación. Aquí los únicos mojones son a menudo las bolsas de plástico o las botellas que cubren el suelo de algunos lugares. John Muir, el descubridor e "inventor" del valle de Yosemite, infatigable caminante en las comarcas menos seguras y que podía orientarse sin mapa a lo largo de centenas de kilómetros en el gran norte o los bosques, decía que se perdía en los corredores de los hoteles de Nueva York. El día en que busca Central Park renuncia muy rápido pensando que nunca lo encontrará. "Me sentía completamente perdido en medio

de esas inmensas multitudes, del estrépito de las calles y de esos edificios enormes. A menudo me decía que de buena gana iría a explorar esa ciudad si, como una región de colinas y de valles salvajes, estuviera vacía de habitantes" (Muir, 2006, 135). A diferencia de una caminata en la campiña, la ciudad no ofrece animales de no ser los perros y las deyecciones que salpican las veredas. Raramente se ven gatos, a menos que sea en un barrio apacible con jardines; pocos pájaros, salvo que se vaya a un parque. Ninguna posibilidad de ver un ciervo o un zorro, a menos que se deambule en una ciudad del Canadá, al norte, y se tropiece con un alce o un oso.

Por cierto, el encanto o el aburrimiento no son más que una cuestión de mirada. Aunque se trate de dirigirse a su trabajo o de efectuar una tarea en la ciudad, al peatón le corresponde dejar de ver su recorrido como un trayecto sino como una progresión donde los senderos son reemplazados por las calles, los árboles por las casas y las fuentes por cafés o terrazas. A menudo, cuando un desplazamiento es funcional, el peatón camina con los ojos atornillados al suelo o atento solamente a los peligros que se ciernen sobre él: los automovilistas, las irregularidades del suelo, por ejemplo. Al alzar los ojos sobre las fachadas, al abandonarse al recorrido, descubre otro mundo, y la ruta tantas vecestomada se vuelve de pronto misteriosa. El caminante urbano se convierte en trotacalles. aunque a menudo esté transformado en peatón. Deconstruye el principio de racionalidad y de funcionalidad que rige a la ciudad. Convierte a las calles en un espacio de deambulación consagrado al placer y al descubrimiento, al merodeo y no

ya en un espacio de utilidad o de obstáculo a la progresión cuando, por ejemplo, se trata de ir a su trabajo o a hacer las compras. De medio, la ciudad se convierte en un fin en sí, un lugar de vida. Entre los recorridos requeridos por una tarea y aquellos destinados al paseo o a la exploración, cada caminante urbano dibuja en sus itinerarios diarios u ocasionales una tela invisible en el espacio, deja huellas que solo a él pertenecen y que dibujan su propio rostro.

La caminata urbana es confrontación con la muchedumbre, con el anonimato. Las cortesías que acompañan el encuentro de los caminantes, los saludos, el intercambio de consejos, las mesas compartidas en las posadas o los restaurantes del borde de los caminos ya no están a la orden del día. Los ritmos de progresión transigen con la densidad de las veredas, a veces implican perder su ritmo debido a la multitud en espera ante un restaurante o la vidriera tentadora de una tienda. La ciudad es el campo del hombre apurado y, queriendo ganar tiempo, a veces atropella o recrimina, volviendo en ocasiones inquieta la progresión de las personas de edad, cuya lentitud parece anacrónica por la prisa de la mayoría de los peatones. Los espacios de deambulación son aquellos que dejan disponibles las viviendas y las infraestructuras ruteras. Espacio mínimo que a veces exige pegarse a los demás y ejercer algunas contorsiones para evitar los autos estacionados en las veredas.

El trotacalles es el artista de la ciudad, una especie de detective enamorado que observa a los transeúntes así como el detalle de las fachadas o el ambiente de las calles. No está en busca de un criminal sino de huellas felices de vida, de

escenas que lo conmuevan o lo regocijen, de cosas para narrar o rememorar. Los indicios que busca carecen de otra utilidad más que deslumbrar el instante. Para Baudelaire, el trotacalles es "el príncipe que goza en todas partes de su anonimato [...]. Estar fuera de su casa y sin embargo sentirse en todas partes en ella; ver el mundo, estar en el centro del mundo y permanecer oculto al mundo" (Baudelaire, 2010, 22). Él desdeña los adornos más evidentes de la ciudad, se interesa poco en sus oropeles, sino más bien en el revés de sus decorados, en sus caminantes, en sus rumores, en sus itinerarios que implican salir de las veredas más frecuentadas para tomar las callejuelas. "El valor de las ciudades se mide por el número de los lugares que reservan a la improvisación" (Kracauer, 1995, 77). Espacios abiertos con sus líneas de fuga que son las calles, las avenidas, los bulevares, las riberas de un río, los monumentos, los jardines públicos, los baldíos, a veces son superados por montañas como Grenoble o Santiago de Chile. Son lugares donde uno se pierde porque siempre son un poco laberínticos. "Estaba en un café del suburbio de Zagreb, sin apuro, con un vino blanco delante de mí. Miraba caer la tarde, vaciarse una fábrica, pasar un entierro (pies desnudos, pañuelos negros y cruces de latón). Dos arrendajos se peleaban en el follaje de un tilo. Cubierto de polvo, con un pimiento mordido a medias en la mano derecha, escuchaba en el fondo de mí cómo la jornada se desmoronaba alegremente como un acantilado. Me estiraba, tragando el aire por litros. Pensaba en las nueve vidas proverbiales del gato; tenía en verdad la impresión de entrar en la segunda" (Bouvier, 1992, 12).

En la marcha urbana ya no se trata de tomarse el olivo sino las calles¹ y de dejarse ir al correr de las veredas. "Nunca [...] me voy a deshacer de esa manía inveterada, ni siquiera por completo de la ilusión de que un mensaje está contenido en ese hormigueo de las palabras de las calles de París" (Réda, 1997, 79). El trotacalles está a la vez en una conciencia aguda de su disponibilidad, pero simultáneamente está inmerso en una conciencia flotante a los detalles que lo rodean, construye novelas mirando a los paseantes, sus recuerdos lo llevan a un período antiguo de la ciudad que él conoció bien. Camina en el tiempo y en el espacio, pero el tiempo mismo se declina en muchas capas sedimentarias, y el espacio está compuesto de cantidad de paseantes, calles, muelles, iglesias o monumentos.

El trotacalles, pensaba W. Benjamin, es aquel que presta un "alma a la multitud" (Benjamin, 2004, 163). No ve ya su compactibilidad sino la singularidad de cada hombre, de cada mujer. Un día a Balzac se le ocurre sentarse en una silla, en el bulevar de Gand en París, y observar el andar de los paseantes. Para él, "es la fisonomía del cuerpo" (Balzac, 1926, 31), y revela sus particularidades morales. Traza así una serie de retratos: "¡Tantos hombres, tantos andares! Tratar de describirlos

<sup>1</sup> Un juego de palabras imposible de traducir: la expresión que hemos traducido por "tomarse el olivo" se dice en francés prendre la clé des champs, que literalmente significa "tomar la llave de los campos". La frase literal diría "no se trata de tomar la llave de los campos sino la de las calles", y es evidente que el autor apela más a su literalidad que a su significado (que es precisamente "tomarse el olivo", "poner pies en polvorosa"). [N. del T.]

completamente sería querer buscar todas las desinencias del vicio, todas las ridiculeces de la sociedad, recorrer el mundo en sus esferas bajas, medias, elevadas. Renuncio a hacerlo" (53). De paso, el caminante urbano sorprende acontecimientos de la vida de unos y otros, espiga fragmentos de existencia y transforma la ciudad en un teatro cuyo palco principal ocupa. Está presente ahí donde sobrevienen incidentes, construye él mismo intrigas observando a los o las que pasan. Uno recuerda poemas de Baudelaire o de Nerval a este respecto. El peatón es el espectador privilegiado de la comedia social.

El café es el lugar de uno en la ciudad, el espacio donde estar a gusto, donde recuperar el aliento. Un sitio de encuentros y de comodidad donde comer y beber, donde tomar notas sobre la deambulación, donde observar las caras y los movimientos de los transeúntes. Los bancos son oasis, lugares de descanso y de reconstrucción de uno tras la satisfacción de los sentidos. Pero se vuelven escasos, y a menudo disuasivos cuando los dividen barras para impedir que los sin techo se acuesten. Vivimos ese mundo singular donde se derrochan tesoros de ingeniosidad para impedir que hombres o mujeres gocen de un momento de paz sin perjudicar a nadie. Los bancos son también asediados por la circulación automotriz, y ocurre incluso que algunos autos estacionados en su proximidad impidan sentarse. "Ya sería benéfico instalarlos en mayor número allí donde la circulación automotriz no sofoque a los peatones, sabiendo que por otra parte los hombres, una vez instalados en un banco, son capaces de aguantar el estrépito. Diríase que se apoyaron en un promontorio, que desde su altura inspeccionan un espectáculo que no puede incomodarlos" (Sansot, 2000a, 169).

Caminar en la ciudad abre la posibilidad de encuentros inesperados, avanzar al azar de las calles es como arrojar los dados en busca de lo memorable. Al tomar una calle más que otra el trotacalles ignora los descubrimientos que serán los suyos o aquellos que no habrá logrado. "La calle que yo creía capaz de entregar a mi vida sus sorprendentes desvíos, la calle con sus inquietudes y sus miradas, era mi elemento eventual: allí, como en ninguna otra parte, veía de dónde soplaba el viento de lo eventual" (Breton, 1924, 11). En efecto, hay una gracia en el hecho de deambular sin otra preocupación más que mirar a su alrededor los detalles que se ofrecen de manera permanente a la atención. G. Perec propone ejercicios de imaginación para amenizar el paseo. "Hacer llover lluvias diluvianas, hacer crecer la hierba, reemplazar a la gente por vacas, ver aparecer, en el cruce de la calle de Bac y el bulevar Saint-Michel, cien metros por encima de los tejados, a King Kong o al ratón fortificado de Tex Avery" (Perec, 1974, 74).

La poética del espacio se prolonga a veces en aquella de los nombres de las calles. "Por otra parte, omitía un elemento esencial: el título de las calles, es decir, sus nombres, cada vez más alejados de la realidad topográfica [...]. Mlle. de Lacordaire y Gutenberg acogen la Rosière des Bergers de las Cevenas [...], los ayunadores del Cairo, Bons Enfants, se reparten un creciente sobre el Mail y pasan en los Petits-Champs la jornada del 4 de septiembre" (Réda, 1997, 79). P. Gilloire lo recuerda, algunas calles son una inmersión en el mito: "Downing street, el Quai d'Orsay, la perspectiva Nevski, el Arbat, el Strip de Las Vegas, la Canebière y cuántas otras..." (Gilloire, 2002, 22). Cada caminante urbano lleva en él una

mitología, es el único en conocerla, aunque por supuesto en ocasiones se cruza con la geografía interior de los otros. Mi amigo Carlos Trausman, de Buenos Aires, al residir en la Goutte d'Or, estaba perturbado al hablarme de L'Assommoir de Zola o del libro de Tournier que lleva su título. En Buenos Aires no dejo de imaginar que pronto voy a cruzarme con Borges o Cortázar, al tiempo que sé que ellos mismos no reconocerían casi la ciudad que frecuentaron en vida. Caminando en Nueva York tengo siempre la sensación de figurar en los decorados de un film: Broadway, Wall Street, el puente de Brooklyn, la librería Strand, la estatua de la Libertad, Elis Island, la Quinta Avenida, etc. A veces son lugares más modestos pero también frecuentados por el cine o la literatura: el pasaje Pommeraye en Nantes, tan decepcionante en la actualidad con sus tiendas convencionales y su multitud. Me acuerdo hace mucho tiempo, todavía humilde, con un librero de ocasión que me gustaba visitar. Me acuerdo también de la primera vez en el bulevar Saint-Michel en París.

Caminar largo tiempo después en la ciudad donde se pasó la infancia es como caminar en la discontinuidad del tiempo, se mezclan períodos diferentes, los espacios se entremezclan. Los pasos se realizan en el espesor de lo imaginario. En su mayoría hemos crecido en ciudades que ya no tienen nada en común con aquellas que hoy conocemos. Las constelaciones afectivas que nos llevaban por las calles de niño, adolescente o adulto con recorridos predilectos, recuerdos precisos, desaparecen poco a poco con las renovaciones urbanas. Otra ciudad toma posesión de la antigua y nos despoja de la infancia. Los viejos barrios son modernizados, pero todos se parecen, con

los mismos letreros comerciales, los mismos negocios donde se alternan los restaurantes y las tiendas de calzado o de ropa, a menudo nos procuran de una ciudad a otra una eterna sensación de déjà-vu. Los barrios que antaño amábamos, los cafés, las escuelas donde pasamos tantos años interrogándonos interminablemente sobre el hombre o la mujer que íbamos a ser, todo eso desapareció o fue transformado. Más aún los bosques, las florestas, los campos, los baldíos que rodeaban la ciudad y se desplegaban en maravillosos espacios de juegos y de descubrimientos hoy han desaparecido, recubiertos de grandes edificios y que ya casi no dispensan el sentimiento de esos lugares situados en otra parte. ¿Dónde están ahora las tienditas de antaño donde íbamos a hacer los mandados. los hombres o las mujeres que cruzábamos en el camino de la escuela adonde íbamos a pie? No se trata de una nostalgia sino del asombro ante un tiempo que pasó tan rápido.

Cuando yo era niño, en Mans, habitábamos en la periferia de la ciudad, en la alameda de las praderas de Funay. La casa daba sobre el mismo río (el Huisne). Hasta había una barca atada al fondo del jardín. En la otra orilla se extendían inmensas praderas donde pacían las vacas. A imagen de la nuestra, en ese camino de tierra, no había más que escasas casitas con jardines. Yo iba a la escuela a pie, a tres o cuatro kilómetros de allí, a menudo corriendo. Los autos todavía eran raros. El primer barrio se encontraba a cuatrocientos metros después de un bosque y un campo. Las tardes de invierno cuando la oscuridad caía rápido yo tenía la obsesión de atravesar la zona boscosa por la que corría una fuente donde íbamos a buscar agua. Oía ruido, sonidos enigmáticos en la sombra de los

grandes árboles y las malezas y salía como alma que lleva el diablo, con la oreja siempre al acecho. Abría a toda velocidad la puerta del jardín antes de deslizarme en la casa. Todavía hoy ese recorrido ejerce un dominio sobre mí y lo vuelvo a hacer a veces con el corazón latiendo, al tiempo que sé que no encontraré nada, pero sin embargo... La fuente sigue fluyendo, pero innumerables casas de los dos lados de la calle tornan irreconocibles a los lugares. Hace decenas de años que la ciudad llegó allí y se extendió todavía mucho más allá. Ni siquiera sé si el nombre de la calle fue conservado. En lugar de los campos de la otra orilla, hay grandes complejos urbanísticos que ahora reinan, la ciudad de Sablons. Caminar en la ciudad o el pueblo que conocíamos antaño es ahora la inmersión en una memoria confusa donde resulta difícil reconocerse. Por cierto, los niños que viven hoy allí sin duda dirán las mismas cosas dentro de treinta años. Crecen en un mundo que no tiene nada que ver con aquel que sus padres conocieron.

Hoy en día, la urbanización del mundo no deja de extenderse y de saturar los alrededores de las ciudades y la campiña circundante. Sofoca los lugares más singulares mediante construcciones que imponen las infraestructuras que las acompañan, empezando por las rutas. A. Berque recuerda que antaño, en Tokio, el monte Fuji o el mar se descubrían a menudo en la prolongación de una calle o de una escalera, pero hoy la saturación del espacio por edificios cada vez más altos borró todos los vestigios de la naturaleza y construyó un paisaje estrictamente urbano.

En la ciudad, los sentidos no son tan festejados como en otras partes (Le Breton, 2000; 2006). El tacto no es un

sentido privilegiado del caminante urbano. En otro lugar, junta una piedra en el camino o una rama, apoya una piedra sobre un túmulo, recoge arándanos, acaricia una flor o hunde las manos en un arroyo, pero en la ciudad los contactos son más raros y menos sensuales, "para tomar el pulso de los materiales, percibir el calor o la frialdad de un vidrio, oír con la punta de los dedos la respiración de un árbol, adquirir el sentimiento de la solidaridad de lo construido, como para estar seguro de la realidad de la ciudad, de la naturalidad de ese artificio supremo, de alguna manera" (Paquot, 2006, 67). La sensorialidad urbana valoriza la vista. El oído, fuera de algunos lugares preservados, no está muy a resguardo de los estrépitos de la circulación rutera o de la música de las galerías comerciales. El olfato con frecuencia es aseptizado incluso si árboles o flores de la ciudad, más a menudo olores culinarios, propagan sus efluvios.

La caminata urbana no se reduce a impresiones meramente estéticas, ella condensa toda la ambivalencia del mundo y requiere en ocasiones esa mezcla de gracia y de repugnancia porque de todos modos participa de la calidad de un mundo que no vale sino por sus contradicciones. Es imposible promediar entre el oro y el barro. Así, Nicolas Bouvier se pasea en el borde del Sava, en Belgrado. "Sobre el muelle, dos hombres limpiaban enormes toneles que apestaban a azufre y sedimentos. El olor a melón, por supuesto, no es el único que se respira en Belgrado. Hay otros igual de preocupantes: olor a aceite pesado y a jabón negro, olor a repollo, olor a mierda. Era inevitable; la ciudad era como una herida que debe fluir y apestar para curar, y su sangre robusta parecía

de envergadura para cicatrizar de cualquier manera. Lo que ya podía dar contaba más que lo que todavía le faltaba. Si yo no había logrado escribir allí gran cosa es porque ser feliz me ocupaba todo mi tiempo" (1992, 44).

## Largas caminatas

El caminante de larga distancia que estudia los mapas o el plan de su recorrido, o que simplemente mira el nombre de los senderos que debe tomar por caminos señalizados se ve de entrada enfrentado a su imaginario. Sueña con la sucesión de los caminos, de los deslumbramientos que espera de ellos, pero ignora su detalle, y a veces recorre territorios donde las informaciones son escasas. V. Segalen en las rutas de China de comienzos de siglo está en todo su derecho de interrogarse: "Trazos azules que dibujan los ríos; trazos verdes que representan los límites de las provincias o los Estados. ¿Cuál será la posibilidad de franquear una o saltar el otro? El río tal vez tiene un puente aquí; y la frontera política un pretexto para no ser atravesada. Por último, está el problema de pura longitud en el espacio que representa todo ese camino [...]. Detrás de estas palabras, detrás de esos signos figurados, expuestos convencionalmente en el plano ficticio de un papel, tendré que adivinar lo que muy realmente se encuentra en volúmenes, en piedra y en tierra, en montañas y aguas en una comarca específica del mundo geográfico" (Segalen, 1983, 21). Largas expediciones nacen de recuerdos de infancia incrustados en uno como llamadas a la lejanía a imagen de Laurie Lee, cuyo largo viaje español no es más que un retorno a un paisaje que albergaba en él desde siempre: "Desde mi más tierna infancia me había imaginado caminando un día a lo largo de una ruta

blanca por el polvo que, a través de espléndidos naranjales, me conduciría hasta una ciudad llamada Sevilla. Es posible que esta idea me haya llegado bajo el imperio del frío húmedo que reina en el Costwood, salvo que sea alguna historia narrada por mi madre la que la hizo nacer en mí" (Lee, 1994, 176). Una caminata de larga duración, o incluso de algunos días, comienza mucho antes del primer paso. La imaginación del recorrido se trama en el sueño. La elección de un período, de un lugar, del equipamiento, de los libros y los utensilios que hay que llevar. Al comienzo de una caminata con frecuencia se llevan demasiadas cosas en la mochila, y poco a poco hay que deshacerse de lo superfluo que pesa en los hombros después de horas de esfuerzos. Aligerar su mochila es una forma de aligerar la mente. J. Lacarrière recuerda haber eliminado a lo largo del camino "una tienda y una colchoneta demasiado pesadas de llevar para no conservar más que una bolsa de dormir suficiente para las noches sin lluvia y los graneros de las granjas. ¿El resto? Alguna ropa de recambio, un poco de elementos farmacéuticos, una linterna, un cuchillo, provisiones sucintas, una gruesa libreta, mapas y una petaca de whisky que luego lleno concienzudamente de ron en cada etapa" (Lacarrière, 1977, 20). Basho lamenta el peso de lo que lleva a regañadientes: "El peso suspendido a mis hombros ya me agobia. Decidido a equiparme de manera de no llevar más que mi cuerpo mismo, hete aquí que una bata de papel para cubrirme de noche, una salida de baño, una ropa de lluvia, tinta y pinceles y además los pequeños regalos de adiós que no se pueden negar, todas cosas que por cierto es difícil arrojar, se me volvieron ineluctables fuentes de molestia en la ruta" (Basho, 1988, 72).

El caminante de largo aliento a menudo lleva libros donde también se camina con lentitud y en su totalidad. T. Guidet lleva los Ensayos de Montaigne y Sobre la brevedad de la vida de Séneca durante una travesía de los montes de Arrée, lleva la Biblia para su caminata a lo largo de los mil kilómetros de las riberas del Loira. En el momento en que se prepara el ínfimo equipaje, una alegre serenidad acompaña los movimientos. A imagen del entusiasmo que describe X. de Maistre arrestado por cuarenta días en su habitación por su oficial y que va a iniciar un largo periplo caminando entre las cuatro paredes. "Caminaremos de a pequeñas jornadas, riendo, a lo largo del camino, viajeros que vieron Roma y París; ningún obstáculo podrá detenernos; y, al entregarnos alegremente a nuestra imaginación, la seguiremos a todas partes donde se complazca en conducirnos" (Maistre, 2000, 9). Durante semanas o meses la caminata es primero interior, cada etapa del recorrido es anticipada en imaginación, y favorece un espíritu de júbilo. Las largas caminatas no preparan mucho los momentos de duda, de tribulación, la fatiga inherente al viaje, el frío, el hambre, la disentería, el cólico, otras enfermedades más exóticas, o la depresión, a veces el miedo, los pasajes de frontera siempre delicados ante los aduaneros y los policías sospechosos. Los cuartos mugrientos, llenos de chinches, pulgas o insectos innumerables... No se trata de trampear y de dar cartas de nobleza a la idea solamente del éxtasis procurado por el cambio de aire. Aunque siempre el asombro de vivir conduce a encontrar oro en el agua sucia. Esto ocurre con Nicolas Bouvier en los vestigios de Persépolis: "Dormir en estas ruinas era el pago por tantas molestias. Sobre todo de noche

eran bellas: luna azafrán, cielo polvoriento, nubes de terciopelo gris. Las lechuzas colgaban sobre las columnas truncadas, sobre la mitra de las esfinges que guardan el pórtico; los grillos cantaban en la negrura de las murallas. Un Poussin fúnebre" (1992, 215).

Uno de los grandes naturalistas norteamericanos, John Muir, caminó toda su vida. Nacido en 1838, es uno de los pioneros de la lucha por el entorno y está en el origen de la creación de los parques nacionales norteamericanos. Numerosos lagos, glaciares, picos, gargantas, senderos, etc., llevan su nombre. Michel Le Bris resume en algunas palabras lo que fue la existencia de J. Muir: "Acompañarlo en sus paseos era una aventura arriesgada, porque podía tanto poner una jornada recorriendo diez millas como dos horas, así como muy simplemente podía tomar la decisión de proseguir una semana o un mes" (en Muir, 1997, 12). En 1867 emprende una caminata de mil quinientos kilómetros partiendo de Indianápolis en dirección a los Keys de Florida. "Mi proyecto era simplemente ir derecho ante mí, aproximadamente al sur, por el camino más salvaje, el más inmerso en la vegetación, el menos trillado que pudiera encontrar y que prometiera la más vasta extensión de bosque virgen" (Muir, 2006, 19). En la época, una parte de Norteamérica es desconocida, además la guerra de Secesión acaba de culminar y las rutas no siempre son seguras, como lo podrá experimentar, zafando felizmente cada vez. Él habla de su amor por el wilderness y de la belleza de los paisajes. Sus libros, por otra parte, están salpicados de esos momentos de deslumbramientos. El Gran Afuera de Stevenson es su dominio, espacio sin fronteras del que lo único importante es

que no esté marcado por una presencia humana demasiado sensible. "Dondequiera que usted esté, en efecto, el lugar, en ese instante, es el más bello que exista; y entonces se dice que no puede haber felicidad en este mundo, o en cualquier otro, para aquellos que fueran incapaces de ser felices en semejante lugar" (Muir, 2009, 83). La condición social de los hombres no le interesa mucho, pero describe incansablemente con el correr de las páginas las innumerables plantas o los animales que descubre. Su progresión dista de serfácil. En sus notas autobiográficas escribe: "A menudo tenía que acostarme afuera sin manta, pero también sin cena ni almuerzo. Sin embargo, por lo general no tenía muchas dificultades para encontrar una migaja de pan en los claros ampliamente espaciados unos de otros donde estaban instalados los granjeros. Provisto de uno de esos grandes panes del bosque, era capaz de vagabundear durante kilómetros en el seno de la naturaleza salvaje, libre como el viento en los bosques radiantes y en los pantanos, para juntar plantas, alimentado por el abundante e inagotable pan de la belleza espiritual dispensada por Dios" (Muir, 2006, 7). A veces el aprovisionamiento es difícil: "Hoy recorrí más de ochenta kilómetros sin almuerzo ni cena. Nadie quiso recibirme y tuve que proseguir hasta Augusta. Me acosté con hambre y desperté con dolor de estómago" (2006, 52). Camina como promedio unos cuarenta kilómetros por día. En Florida se ve atacado por una fiebre palúdica que le impide proseguir su proyecto de continuar su ruta a lo largo de los Andes de la América del Sur hasta un afluente del Amazonas desde donde soñaba con llegar al Atlántico en balsa. El año siguiente, con un compañero, descubre el Yosemite Valley y escribe a su

respecto: "Uno se baña en esa irradiación espiritual; gira en ella en todos los sentidos, como cuando se calienta en un fuego de campo. Pronto pierde la conciencia de existir de manera autónoma, se funde en el paisaje y se convierte en una parte, un elemento de la naturaleza" (183). Utilizando el vocabulario religioso que aprecia particularmente, en esta ocasión habla de una "resurrección" (182). Vuelve en 1869 acompañando la trashumancia de los carneros hacia las fuentes del Tuolumne y del Merced, próximas al valle. Su tarea es acompañar el trabajo del pastor. Tiene todo el tiempo para herborizar y observar a los animales y sobre todo la belleza de los paisajes. "Por mucho que viva, oiré las caídas de agua, el canto de los pájaros y el viento, aprenderé el lenguaje de las rocas, el rugir de las tormentas y las avalanchas. Me entregaré a los glaciares y a las flores salvajes y permaneceré tan cerca como sea posible del corazón del mundo. Y qué importa el hambre, el frío, los trabajos difíciles, la pobreza, la soledad, las necesidades de dinero, la preocupación de ser conocido o de casarse" (1997, 5). En otro momento se siente tan emocionado por la belleza del paisaje que se pone a aullar y a gesticular "en un brusco desborde de éxtasis", para el gran estupor de su perro que lo mira atónito, pero el espanto de un oso pardo que no vio y que está no lejos de allí. "A todas luces me creyó peligroso, porque se escapó a todo lo que le daban las piernas, rodando por encima de los arbustos impenetrables de gayubas en su prisa por desaparecer" (110). J. Muir contribuye a la creación del parque nacional de Yosemite Valley delimitando su trazado, y a la creación del Sierra Club. R. Solnit lo describe como un San Juan Bautista que habría vuelto a un desierto repentinamente

adornado con todos los encantos [...]. Un evangelista norteamericano de la naturaleza" (Solnit, 2002, 168).

En 1879, un año antes de su casamiento, parte a Alaska en compañía de un misionero presbiteriano. En la época no conoce nada del Gran Norte, pero vivirá allí un largo deslumbramiento. Con mucha frecuencia deja a sus compañeros y parte solo para descubrir los alrededores en la indiferencia de los peligros. Desde lo alto del pico Glenora, conoce uno de sus momentos de éxtasis: "Más de cuatrocientos cincuenta kilómetros de las cimas de la cadena costera, esculpida con una audacia inaudita, con sus picos desnudos y sus crestas oscuras, sus pendientes y sus cañones, cubiertos de glaciares y de nieve, hasta en las gargantas y los valles intermediarios. Desde mi observatorio conté más de doscientos glaciares, mientras que nubes iluminadas, oscuras en su centro y de bordes desflecados, planeaban sin prisa" (2009, 107). Descubre una inmensa extensión de nieve y de hielo: Glacier Bayle, que se convierte en monumento nacional en 1925. Más tarde camina sobre una maravilla, el glaciar que llevará su nombre, y que volverá a explorar en dos oportunidades los años siguientes. Casado, negocia con su mujer su libertad de movimiento cada año entre julio y octubre, y retoma entonces el mar hacia los glaciares o se dirige a la sierra Nevada. En su prefacio, Michel Le Bris evoca que John Muir muere en casa de su hija en el desierto Mojave con las últimas páginas dispersas sobre su cama de sus Viajes por Alaska, con esa soberbia imagen de las auroras boreales que cierra el libro y acaso su vida.

En ciertas circunstancias, caminar puede ser también una forma de bravata, una cuestión de honor y de dignidad. En

1942, tres prisioneros italianos confinados en un campo inglés cerca del monte Kenya sueñan con evadirse y partir a la conquista de la montaña. Felice Benuzzi, nacido en 1910 de madre austríaca y crecido en Trieste, jurista, deportista consumado (varias veces campeón de Italia de natación), es un joven apasionado por el alpinismo. Prisionero de las tropas inglesas después de la ocupación de Addis Abeba, en abril de 1941, está separado de su mujer y de su hijo, y conoce una sucesión de campos africanos antes de llegar a Nanyiuki en el pie noroeste de Kenya. Se ve deslumbrado por ese primer "cinco mil" que tiene la ocasión de ver y sobre todo por la belleza de sus crestas nevadas que se recortan en el cielo. Como los otros prisioneros italianos, vive momentos de desesperación, de vacío, petrificado en una espera infinita. La evasión es imposible, no porque el campo sea una fortaleza inexpugnable, sino a causa de la distancia que se debe recorrer hasta Mozambique para encontrar un barco para Italia.

Benuzzi rompe un día ese horizonte de espera imaginando la escalada del monte Kenya. Durante largo tiempo rechazó esa idea invasora, a causa de su forma física demasiado afectada por las condiciones de detención, la ausencia de compañeros, de recursos, la falta de conocimiento de los lugares, de los itinerarios practicados, y además el riesgo de ser abatido por los guardas africanos a menudo imprevisibles, o de ser muerto por las fieras que frecuentan la región. Trepar el monte Kenya es un juego con la muerte cuyo desenlace dista de ser seguro, pero su decisión está tomada. Al concebir ese proyecto y atenerse al encuentro de circunstancias contrarias, reinventa el tiempo, restituye a su existencia el

sentido que le falta. Vuelve a poner en marcha el mundo. A partir de entonces escruta la montaña tratando de percibir con el correr de los días su geografía, su clima. Por briznas, espiga algunas informaciones sobre las condiciones meteorológicas, la fauna y la flora de la montaña. Pocas cosas, pero el júbilo ya no lo abandona. Como decía G. Bachelard, la preparación de la fiesta es parte integrante de la fiesta. Busca a su alrededor a los compañeros dispuestos a lanzarse en la aventura. Varios asienten primero antes de rechazar al día siguiente. Otro cautivo, médico, se deja convencer, y más tarde un tercer prisionero.

Los tres hombres se someten a una ruda preparación física a la vez discreta e intensa trabajando en los jardines, jugando al fútbol, practicando cultura física. El descubrimiento de algunos relatos sobre el ascenso del Kenya señala el peligro de los búfalos que cargan con facilidad sobre los hombres, de los rinocerontes, de los leones, de los leopardos, los elefantes, etc. Pero nada empaña la determinación de los tres hombres. "¡Hay que actuar, actuar! —dice Benuzzi— Hay que liberar todo lo que se ahoga en mí, reunir todo lo que está disperso y fundirse en ese todo, todo lo que sé, todo lo que soy, todo lo que soy capaz de hacer, amalgamándole toda mi experiencia de la vida en la montaña, en los bosques, mi pequeña experiencia de la guerra, mi resistencia y mi sentido de la orientación, la obstinación, el espíritu de aventura, mi sed inextinguible de pureza, de milagro, mi deseo ardiente de realizarme yo mismo, de estar una vez por lo menos, una sola vez quizá en mi vida, sin compromisos de ningún tipo, todo lo que habría podido ser y que, por mil razones, no fui" (Benuzzi, 1998, 46).

Benuzzi y sus compañeros lanzan un desafío a la administración del campo. Firman un contrato simbólico con la muerte para recuperar la estima de sí (Le Breton, 2003). Vencidos, humillados, privados de su familia, carcomidos por la espera y el aburrimiento, se inventan un fervor que los mantiene en vilo durante meses y que luego habita su memoria. La prueba que se imponen es una fabricación deliberada de sentido y de valor, una manera de sumergirse en un tiempo sagrado. La fabricación de su equipamiento (crampones, cuerdas, etc.) sin que los guardias lo sepan exige tesoros de ingenio con los pocos medios a su disposición. Acumulan los víveres para aguantar el tiempo que insuma su expedición. Esas actividades llenan su jornada, la espera adquiere un sentido, hablan juntos con entusiasmo del proyecto que se acerca al mismo tiempo que el clima se hace más propicio. Llegado por fin el día, los tres hombres logran salir del campo sin despertar sospechas. Burlan uno a uno los obstáculos, se disimulan en el bosque y avanzan con precaución en el temor de ser vueltos a apresar. Caminan no sin espanto cuando unos ruidos sospechosos se hacen oir a su alrededor de noche. La belleza de los paisajes los maravilla, gozan de su independencia de movimientos y recuperan el juego de vivir. Una tarde, un leopardo gira alrededor de su campamento rugiendo y los amenaza seriamente, pero huye ante la determinación de los tres hombres que se hicieron con los piolets y antorchas encendidas. Un día en que llena su cantimplora en un río, F. Benuzzi ve acercarse de la orilla un soberbio elefante y llama a sus compañeros. Juntos, conmovidos por la belleza del animal, viven un momento de gracia. Tras cinco días de caminata por los flancos de la montaña,

cuando acaban de padecer una lluvia diluviana, las nubes se liberan sobre el valle y descubren su campo, minúsculo en la lejanía. El alimento comienza a escasear. Los tres hombres carecen de recursos físicos, y el agotamiento los acecha. El frío se ha vuelto mordaz y dificulta las noches. Caen seriamente enfermos unos tras otros.

Ocho días después de su evasión levantan el campamento de base para el asalto final. Benuzzi redacta un mensaje que debe ser dejado en la cumbre en una botella, los tres hombres lo firman y reúnen tres pedazos de tela que componen la bandera italiana. La primera tentativa fracasa, marcada en particular por una caída sin gravedad. La falta de medios, el desconocimiento de los lugares, la fatiga tornan difícil la progresión. Tras una jornada de reposo, a pesar de la disminución de los víveres y el agotamiento que persiste, los tres hombres vuelven a partir y llegan a la cumbre del Lenana, muy cerca del Batian, el punto culminante que no logran alcanzar debido a su condición física. Allí plantan la bandera italiana, ponen de manifiesto su mensaje, gozan un momento de la felicidad de haber tenido éxito e inician el largo descenso hacia la llanura, volviendo a encontrar las asechanzas de las etapas precedentes, siendo para ellos una cuestión de honor escapar a las tropas que los buscan y volver a entrar clandestinamente al campo por propia voluntad. Los últimos días son terribles a causa del hambre que los consume y a su extremo agotamiento físico. Aquí también tienen éxito en su empresa. Condenados a un castigo de 28 días reglamentarios de calabozo por su evasión, no hacen más que una semana porque el oficial inglés que gobierna el campo de prisioneros es sensible a la belleza

de su gesto. "Fueron siete días de reposo, de recuperación, de vida sibarítica" (Benuzzi, 1998, 324).

Otra caminata, reciente y temeraria, es la de Bernard Ollivier. En mayo de 1999 se lanza en una larga caminata extendida a lo largo de cuatro años. Recorre los 12 000 kilómetros de la ruta de la seda entre Estambul y Xian, en China. Periodista jubilado, está solo, sus hijos son grandes y su compañera ha desaparecido. Se siente en la encrucijada de los caminos, sin deseos de proseguir su existencia. La caminata es para él un lugar de reconciliación con el mundo. Vuelve deslumbrado de una caminata de París a Compostela, 2300 kilómetros. "Si no encontré la fe en la ruta de Compostela, volví jubiloso, y más cerca de los hombres que, desde el fin de los tiempos, la marcaron con su huella [...]. Cuando se acercaba el fin del viaje, embriagado por los aromas de los bosques de eucaliptos de Galicia, me prometí proseguir mi ruta mientras mis fuerzas me lo permitieran, por los caminos del mundo" (Ollivier, 2000, 23). A su regreso decide caminar por la ruta de la seda, 12 000 kilómetros, no de un tirón sino en tres años y tres etapas de tres a cuatro meses, cada vez entre 2500 y 3000 kilómetros. "¿Será al cabo de esta ruta cuando comprenda de dónde viene esa fuerza que me lleva a partir solo, tres, cuatro meses en lo desconocido?" (30). Reconoce que a veces piensa en la muerte. Un occidental a pie en esos lugares de Turquía a China no se encuentra en una posición sencilla, y en varias oportunidades lo experimentará, atravesando en ocasiones situaciones peligrosas. Pero en esos países de tradición musulmana la hospitalidad en principio rara vez está en falta, como hará la experiencia excepto durante la travesía del

Kurdistán. Fotografía a sus anfitriones y a sus vecinos como testimonio de reconocimiento, y más tarde les envía las fotos. En todas partes por donde pasa él es el acontecimiento, y es invitado hasta el agotamiento a responder a su curiosidad, respondiendo con paciencia a preguntas que por supuesto son las mismas de un lugar a otro. En dos oportunidades es puesto en peligro por los temibles perros turcos, los kangals, educados para cuidar los rebaños y hacer frente a toda amenaza: los lobos, los osos o los hombres.

Con el correr del tiempo entra en la evidencia de su progresión: "La dificultad para mí no es caminar sino detenerme, porque alcancé ese estado particular de la plenitud física; no bien lo esencial de la fatiga es evacuado, y eso es muy rápido, habida cuenta del entrenamiento que vivo desde hace varias semanas, sueño con caminar, seguir caminando" (143). Pero un caminante, entregado únicamente a sus recursos corporales, es vulnerable porque carece de recursos en caso de agresión o de accidente. Solo dispone de su sagacidad para salir de apuros apostando siempre a la suerte.

La travesía del Kurdistán turco sobre todo es temible. En la intención manifiesta de despojarlo, tres hombres encaramados en un tractor se esfuerzan por convencerlo de que suba a su máquina. Ante su negativa, se detienen algunas centenas de metros más lejos y lo agobian con preguntas ociosas mientras manos paseanderas intentan abrir su mochila. Bernard Ollivier retrocede y retoma su ruta. Uno de los hombres intenta entonces arrancársela y debe correr un momento. Felizmente, sus agresores perciben la presencia cercana de un grupo de apicultores trabajando y siguen su camino. B. Ollivier

saluda a esos trabajadores que lo salvaron por su sola presencia. Pero los tres hombres se han detenido no lejos de ahí, apenas disimulados detrás de las rocas, y esperan su pasaje. Vuelve entonces hacia los apicultores sin atreverse a hablarles de la trampa que lo espera más lejos. Cuando uno de los obreros le dice que pronto va a caer la noche y que sería prudente llegar al próximo pueblo para asegurarse un albergue, de buena gana acepta que lo lleven en auto a pesar de su proyecto de no contar más que con sus piernas en el conjunto del recorrido, pero no tiene otra elección si quiere proseguir su ruta. Pronto la furgoneta rebasa a los tres hombres despechados, que reanudan su camino. Ese día, otra mala sorpresa espera a B. Ollivier. El mujtar está ausente de su casa. Un hombre se presenta como su hijo y le pide que lo siga en una dirección opuesta. Pronto entran en una casa en ruinas minúscula que rápidamente se llena hasta reventar de los hombres del pueblo preocupados en echar a todas las mujeres y las niñas. Sus cosas son palpadas, desvergonzadamente tratan de abrir su mochila o de tomarla. Le hacen un diluvio de preguntas que giran todas alrededor del dinero. Lo interrogan sobre su mapa. Sí, por supuesto que tiene uno. Y B. Ollivier descubre con estupor que esos hombres están convencidos de que está en busca de un tesoro siguiendo el plan dado por su mapa. Agotado por las preguntas, sus tentativas de explicar lo que hace a pie en Turquía y por la defensa vigilante de su mochila, solicita ir a descansar. No sin trabajo y sin alzar el tono, puede dejar el lugar y llegar al sitio minúsculo y sin cerradura que le atribuyeron. Logra cerrar la puerta gracias a su bastón de caminata.

Pero pronto, echando una ojeada por la ventana, descubre que todo el pueblo está reunido allí, y hasta divisa a un hombre que fanfarronea con un fusil ante la casa. Poco después golpean a su puerta, y cuando la abre encolerizado descubre a militares que sospechan que es un terrorista del PKK. Se entera por los militares que el hombre que arengaba con su arma le habría disparado si hubiese salido. El malentendido es disipado en el cuartel donde lo llevan. B. Ollivier retoma la ruta. No será la única tentativa de robo o de agresión de que será víctima, pero ese día su viaje estuvo a un tris de naufragar en ese pueblo. En los días que siguen, otro hombre trata de atracarlo. Y la lluvia se añade a la atmósfera de esos días. "Estoy resentido con el mundo entero. El tiempo es a imagen de mi moral. Las lluvias de la víspera encharcan el suelo. Para colmo, un dolor venido de no sé dónde, en la pierna y el tobillo izquierdo, entorpece mi marcha". Las imágenes de sus diferentes agresiones, aunque siempre haya salido indemne, comienzan a angustiarlo. Piensa con inquietud en el Irán que se acerca, pero a la inversa, la experiencia le mostrará la hospitalidad sin fisuras que no dejará de recibir allí. Piensa en los maravillosos lugares donde habría podido caminar en Europa en territorio ya bien conocido. "Y luego la caminata, la maravillosa caminata, realiza su habitual milagro. A medida que mis músculos se calientan, mi oleada de bilis se agota, mi cólera se congela" (282).

A una jornada de caminata de la frontera iraní, es víctima de una disentería que absorbe todas sus fuerzas y lo adelgaza considerablemente en algunos días. Se acuerda de un restaurante sucio de Diyadine donde el cocinero era sin duda el mismo hombre que veía limpiar el suelo con un trapo mugriento. Ya

no está en condiciones de realizar sus cuarenta kilómetros cotidianos. Su salud se sigue deteriorando y es conducido en ambulancia a Estambul en una situación crítica, antes de ser repatriado a París para ser operado.

Algunos meses más tarde, otra vez en forma, B. Ollivier se hace depositar pese al viento y la nieve, para el gran estupor del chofer del ómnibus, en el mismo lugar, a campo abierto, donde tuvo que interrumpir su avance, quebrado por las amebas. Esos malos recuerdos están borrados, y ya no ve más que la felicidad de reanudar la ruta de la seda. "Viví el año pasado en Turquía momentos mágicos, esos frágiles instantes donde reina entre uno y el mundo tal armonía que uno se pone a lamentar el no poder suspender el tiempo" (2001, 19). De la primavera al otoño de 2000, franquea los últimos pasos del Kurdistán, atraviesa una buena parte de Irán (Tabriz, Teherán, Nichapur). En julio está frente al desierto de Karakum. Imposible comprar o alquilar un camello para transportar la docena de litros de agua necesaria cada día para no deshidratarse bajo la quemadura del sol. Para aligerar su trabajo construye entonces un carrito con un resto de bici. Con tenacidad, atraviesa el desierto de una etapa a otra bajo una temperatura que a veces llega a los 50 grados. "No me queda ni una maldita gota de agua en el cuerpo pese a todo lo que trago -cerca de doce litros desde esta mañana- y no he orinado una sola vez, tan fuerte es mi transpiración" (233). Ese día, B. Ollivier está en las últimas. Todo le parece en vano. Agotado por el calor y los esfuerzos realizados, se acuesta, dispuesto a "esperar el divino sueño eterno" (233). Pero cuando se despierta, el sol es menos ardiente, y reanuda su marcha.

Un poco más lejos compra una sandía a un campesino surgido de la nada. Bloqueado una semana por la aduana uzbeka, que se niega a dejarlo pasar antes de la fecha mencionada en su visa, se toma las cosas con calma. El tabernero a quien le cuenta su desventura le propone inmediatamente una casa que posee en los alrededores. Las molestias se transforman en suerte. Saborea dos suculentos racimos de uvas: "¿No es esa sabiduría la que voy a buscar al fin del mundo? [...] ¿No es bajo esta parra como me despojo del sentimiento de la urgencia, de la opresión del tiempo, de las obligaciones que perturban la vida del citadino? Uva tras uva, al tiempo que a través de los pámpanos de la vid vigilo el sol que sube al cénit, saboreo ese placer tan simple que me viene, muy a su pesar, de una aduana tramposa" (266). Pronto está en Samarcanda, otra etapa de su periplo, no sin haber conocido aún un momento terrible de duda y de nostalgia de su casa normanda.

En el verano 2001 B. Ollivier vuelve a partir para la última etapa con un viejo carro de golf para llevar los doce litros de agua que todavía necesita cotidianamente más allá de Samarcanda. Una noche, cerca del Pamir, percibe un lobo rondando cerca de su campamento. Una vez más, franquear fronteras es un quebradero de cabeza. Los chinos se niegan a dejarlo pasar. Perderá tiempo en eso y deberá recorrer unos cincuenta kilómetros en auto, a pesar de su resistencia. Pero los militares chinos son intransigentes. Cada día cubre unos cincuenta kilómetros. El cambio de ambiente en China es radical. Los dos primeros años de su viaje a Turquía, en Irán o Uzbekistán, la generosidad a su respecto carecía de medida. En los hoteles o los restaurantes rara vez le dejaban pagar. En

China se ve enfrentado con la actitud inversa: todo es beneficio. El viajero es un maná del que hay que sacar el máximo posible. Los precios se multiplican en cada compra; ahí lo tenemos, "senderista entre los proveedores" (2003, 120). El racismo a menudo está presente y en ocasiones es echado de un hotel o de un restaurante por habitantes que experimentan a su respecto una verdadera repulsión. Cerca de Korla asiste a un terrible accidente, ayuda a los heridos en el desbarajuste del acontecimiento y la incuria de los policías chinos. Medita entonces en el peligro más tangible de su periplo: ser arrollado por un vehículo. Avanza en esa parte china al ritmo de mil kilómetros por mes. El final del viaje es una mezcla de alegría y de nostalgia del presente. Tener en adelante a sus espaldas un proyecto tanto tiempo acariciado. "Me lancé por la ruta de la Seda como se lanza una botella al mar. De existir [...] mis posibilidades de llegar al final, pensaba, eran poco más o menos nulas. ¿Cómo habría podido yo ser tan arrogante para pretender, a mi edad, solo, a pie, a lo largo de una distancia tan espantosa, llegar al final de una aventura que nadie, que yo sepa, nunca había intentado o logrado?" (337). Bernard Ollivier caminó para renacer. Y su periplo es un nuevo comienzo.

En esos años crea la asociación Seuil (www.assoseuil.org), que se hace cargo de los jóvenes que le confían en lo que hace a los servicios (juez de los niños, inspector de la ASE1...) para una experiencia de puesta a distancia del entorno inmediato y en un objetivo de reinserción social. Son menores, entre

<sup>1</sup> Aide Social à l'Enfance, Ayuda Social a la Infancia. [N. del T.]

15 y 17 años. Efectúan alrededor de 25 kilómetros por día a pie durante tres meses, mochila a la espalda, sin celular, sin consola de juegos, sin música. Difícil austeridad pero más exaltante que la de la prisión. Precio que se debe pagar para un retorno al lazo social. Antes de la caminata hay entrevistas, encuentros para interrogar la voluntad del joven de partir, identificar sus fuerzas o sus debilidades. Desde ya, esto no se efectúa sin un deseo del joven de cambiar algo de su relación con el mundo. No se trata de darle una mochila; un dispositivo cuidadosamente pensado acompaña el proceder y no deja de alimentarlo para volver a realizarlo. El joven es primero claramente un actor de su proyecto, lo reflexiona, no ignora ni sus deberes ni sus derechos, y sabe que a cada instante puede encontrar al interlocutor que necesita si la cosa no funciona bien. El recorrido propuesto está enmarcado por una serie de objetivos como permitir al joven la elaboración de puntos de referencia para vivir con los otros, desarrollar su autonomía, su confianza en él y en los otros, llevarlo a construirse para el tiempo del retorno y sobre todo a través de un proyecto profesional. Los primeros encuentros con los representantes de Seuil son decisivos, es importante crear confianza de entrada: "Sentí que realmente querían ayudarme", dice uno de ellos. "Eran diferentes de los educadores que por lo general me siguen", dice otro. Su seguridad y su salud están garantizadas por el certificado médico de la partida pero también por los cuidados aportados en caso de herida, de ampolla o de fatiga. La caminata no es una búsqueda de rendimiento sino una progresión interior que requiere primero el reconocimiento de las preocupaciones o las alegrías del joven. El compromiso de

los acompañantes en la aventura es también una herramienta esencial. El adulto está presente en forma permanente a todo lo largo del día y de la noche sometido a los mismos esfuerzos, a las mismas alegrías y a las mismas preocupaciones. Uno y otro se forjan una historia común que constituye todo el valor de la experiencia.

La caminata no es en modo alguno un fin en sí mismo, no posee ninguna virtud mágica de restauración del gusto de vivir que bastaría con prescribir para apresurar la curación. No es más que una herramienta cuyas disposiciones antropológicas son poderosas, pero irrisorias si sus efectos felices no están en las expectativas del joven y relevadas al retorno por la prosecución de la progresión terapéutica o socio-educativa. El apoyo de Seuil, pues, no se detiene en el camino, prosigue en los años siguientes mediante una atención particular a su evolución. La caminata vale también lo que valen los animadores, su cualidad de presencia, su capacidad para suscitar la confianza, su solidez para desempeñar un papel de apoyo, y sobre todo de relevo. El adulto que acompaña es un catalizador, en el mejor de los casos da al joven el gusto de crecer por su ejemplo. Pero si solo está a medias presente en la aventura, si no crea el encuentro con el joven, confirma a este último en la insuficiencia de los adultos. Pero nada es sencillo. El fracaso no radica necesariamente en la inanidad del adulto, su responsabilidad también corresponde al joven por no haber querido comprometerse. La cristalización del encuentro no se ha operado para estos dos, mientras que los mismos con otro habrían conocido momentos de gracia. El éxito de la caminata también implica la voluntad de suerte del joven. No todos llegan al final del recorrido. A veces,

raramente, algunos prefieren detenerse. Pero para los otros, una inmensa mayoría, la lenta progresión crea las condiciones para volver sobre su historia y así poco a poco deshacerse de sus vulnerabilidades y transformarlas en fuerza interior.

### **ESPITITUALIDAD**

Un anfitrión pregunta a B. Chatwin en la Patagonia cuál es su religión, y este responde: "Esta mañana no tengo una religión particular. Mi dios es el dios de los caminantes. Si usted camina durante mucho tiempo, probablemente no necesite ningún otro dios" (Chatwin, 1979, 54). Todo caminante camina con sus dioses interiores. La caminata es ese momento en que la presencia en el mundo se vuelve a convertir en una forma de espiritualidad. Conjura la separación entre el hombre y el mundo, y le da la sensación de pertenecer por fin a los elementos, de ser sustentado no solo por la tierra o su peso, sino también por su fuerza interior, alimentada por esa alianza. No es un monoteísmo, porque las impresiones experimentadas por el caminante son demasiado múltiples y contradictorias, siempre cambiantes. No se agrupan bajo una sola bandera, y más bien apelan al aire libre del mundo. La caminata tiene que ver con el politeísmo, está bajo la égida de una pluralidad de divinidades. Importa poco que el caminante las reconozca o no, porque de todos modos los dioses caminan con él. En ocasiones se oye el pulso de un bosque o de un desierto, la respiración del Dios que acoge al caminante y sostiene su progresión. Cada espacio de un bosque, de un río, de un valle, de una montaña, de un río está bajo el imperio del genio de los lugares. Al entrar en su dominio, el caminante seve tomado por una emoción particular. Experimenta atracción o repulsión,

éxtasis o terror. Los lugares no son neutros, y mucho menos vacíos. Una fuerza magnética, propicia o peligrosa, los atraviesa. El espíritu de los lugares vela por la hospitalidad de unos y rechaza a los otros. Un recorrido se efectúa primero en el seno de una geografía íntima donde la confrontación consigo mismo es permanente.

La caminata, si bien persigue un objetivo de espiritualidad, a menudo está sembrada de obstáculos voluntarios para el peregrino que no se preocupa tanto por acceder al término del viaje como de suscitar en él una metamorfosis interior. El esfuerzo, la paciencia, la tenacidad, la fatiga, las privaciones son ingredientes de la interioridad busçada. Los peregrinos irlandeses se quitan su calzado antes de alzarse sobre los desprendimientos de Croagh Patrick (Solnit, 2002, 69). Los viejos peregrinos de Compostela se infligían muchas penitencias como caminar con los pies descalzos o ayunar. En ese contexto más religioso que espiritual, aunque ambos se mezclen con frecuencia, la caminata es sobre todo un esfuerzo permanente sobre sí y no una salida al campo. Para los tibetanos, todos los obstáculos que salpican la progresión son pruebas para madurar y examinar la determinación del peregrino.

En abril de 1335, Petrarca inicia con su hermano el ascenso del monte Ventoso. Describe sus peripecias en una carta famosa destinada a su padre espiritual Diogini Roberti. Su empresa es el resultado de un sueño de largo aliento. Él creció en Avignon, con el monte Ventoso bajo los ojos, como un llamado. No habla de la belleza de sus paisajes, sino de su deseo de escalarlo con su "notable altitud". Es sobre todo la lectura de un autor pagano, Tito Livio, el que arraiga su voluntad, el relato del ascenso

del monte Haemus, en Tesalia, por un rey de Macedonia en lucha contra los romanos. Petrarca busca entonces un compañero de viaje sin resolverse a escogerlo, rechaza a uno por su peso, a otro por su delgadez, a otro por su indolencia, pero sin imaginar subir los flancos de la montaña con un silencioso. Entonces designa a su hermano, a quien nada podía volver tan feliz. Dos domésticos acompañan a los dos hombres y llevan sus equipajes, pero Petrarca no se refiere a ellos más que una sola vez. En la época casi no se escalan las montañas, salvo por necesidad para conducir allí a los rebaños. Un viejo pastor está ahí sobre las pendientes que con toda lógica trata de disuadirlos de ir más arriba. Él mismo trepó hasta la cumbre, cincuenta años antes, pero no conservó más que el recuerdo de la fatiga y de su ropa desgarrada. Que él supiera, nadie subió nunca tras él. Los dos hombres (¿y los servidores?) no se dejan doblegar, prosiguen sus esfuerzos entre las malezas. Petrarca no describe nada de las particularidades del recorrido, por otra parte al punto de suscitar dudas entre algunos historiadores acerca de la veracidad de ese ascenso. Llegado a la cumbre, habla de su aturdimiento y la "vista grandiosa" ofrecida a sus ojos, estando las nubes a sus pies. Admira los Alpes, Italia, el valle del Ródano. Pero se reprocha su emoción, poco digna, escribe, de un hombre maduro. La contemplación del paisaje lo conduce a meditar sobre los años que transcurrieron desde su partida de Bolonia. Pero el sol declina y hay que pensar en el regreso. Abre entonces el volumen de las Confesiones de San Agustín que había llevado consigo para leer uno de sus pasajes al azar. Impaciente de oírlo, su hermano se acerca a él. Y Petrarca lee con estupor: "Los hombres no se cansan de admirar la cima

de las montañas, el amplio movimiento del oleaje marino, el ancho curso de los ríos, el océano que los rodea, el recorrido de los astros; pero olvidan examinarse a ellos mismos". Uno y otro permanecen impactados por la ducha fría que acaban de padecer. Petrarca se siente encolerizado consigo mismo "por dejarse distraer por el espectáculo del mundo". En adelante, decide volver su mirada sobre él mismo, convencido de que Dios acababa de darle una lección. La naturaleza circundante ahora le resulta indiferente, desciende la pendiente sin ver nada más, no teniendo en él más que las cosas del espíritu (Petrarca, 2001). El ascenso se ha transformado en itinerario espiritual o más bien religioso, en la medida en que su alianza con el mundo está en adelante rota como si no tuviera derecho a seguir maravillándose. El puritanismo los ha reunido in extremis allí donde, a la inversa, la espiritualidad es un homenaje permanente a la belleza del mundo y a Dios o a los dioses que son sus autores y viven en los parajes.

Todo lugar propicio a la caminata es un santuario, un lugar reservado a la meditación, al encuentro con los dioses del afuera y aquellos que están en sí, en la interioridad del caminante. Allí viven un puñado de hombres y mujeres privilegiados que trabajan o permanecen, y están aquellos que caminan y pretenden apartarse de lo ordinario del mundo por algunas horas de suspensión fuera del tiempo, en un espacio consagrado a otra cosa que a lo útil, a lo funcional. Bernard de Clairvaux decía antaño: "Nunca tuve otros amos que las hayas y los robles". Aquí los amos son los peñascos, el recorte de la luz, el amontonamiento del tiempo, el fluir del agua. Las piedras se acuerdan, pero nosotros ya no sabemos oírlas, ni siquiera en

ocasiones tocarlas o agarrarlas para entrar con ellas en una comunicación a través de los cuerpos. Habría que tener la fuerza interior de ver el mundo como un ícono, una puerta abierta sobre un Otro Todo cuyo umbral hay que franquear porque es el despojamiento. Borges habla del "encierro en lo inmenso" que caracteriza a los insulares. Tal es el sentimiento experimentado al recorrer un espacio abierto todavía a la deambulación sin que la mirada tropiece con la civilización. Aquí ya no se trata de islas, ni del recuerdo de las islas, sino más bien de una evocación de que la tierra es una isla en la inmensidad de un universo "cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna".

## La caminata como renacimiento

Caminar es tener los pies en el suelo en el sentido físico y moral del término, es decir, estar de lleno en su existencia. Y no junto a sus pompas, para retomar una fórmula muy conocida. El camino recorrido restablece un centro de gravedad cuya falta alimentaba el sentimiento de estar en una situación inestable con su existencia. Caminar es recuperar su camino. Una manera de progresar de pronto a pasos de gigante. La voluntad es despedirse de sí mismo para volverse otro con el correr de la progresión desgastando la enfermedad y las tristezas. Las primeras horas de una caminata aportan un alivio de las preocupaciones, una liberación del pensamiento menos proclive a la rumia y más solicitado por una búsqueda de solución debido a la apertura al espacio que parece ampliar la mirada sobre las cosas. La caminata es un volver a empezar, un refugio interior para reconstruirse expurgando un momento toda solicitación exterior a la reconquista de sí. Es una bella escapada lejos de las rutinas de pensamiento o de existencia, y hasta de aquellas de la inquietud o de la tristeza. El pensamiento mismo recupera su movimiento. Al poner el cuerpo y los sentidos en el centro de la experiencia en un modo activo, restablece al hombre en una existencia que a menudo se le escapa en las condiciones sociales y culturales que hoy son las nuestras. Robert Burton, en su famoso libro sobre la melancolía, publicado en 1621, ve en el gusto de los paisajes

"un uso moderado y oportuno del ejercicio a la vez del cuerpo y el espíritu", un "excelente medio de curarse de esa enfermedad", o de preservarse de ella (Burton, 2005, 239-240).

La desorientación o el sentimiento de no poder ya zafar de circunstancias penosas desembocan en el mismo sentimiento de impotencia y de imposibilidad de proyectarse en el porvenir. Sin embargo, no es la vida la que está frente a uno sino la significación que le adjudicamos, los valores que ponemos en ella. El individuo en ruptura con su existencia ya no sabe a dónde va, a dónde está, tiene la impresión de estar condenado a quedarse atascado para siempre frente a un mundo que se le escapa. Salir del atolladero impone la fuerza interior de abrir una ventana en ese muro, es decir, echar un camino de sentido, fabricarse una razón de ser, una exaltación, provisoria o duradera, renovar el sentimiento de existencia. La salida depende en ocasiones del camino abierto delante de uno por una caminata de larga duración. Para otros que no tienen los medios de alejarse de su casa, caminatas breves y repetidas son una salida posible para recuperar un asidero sobre su existencia.

Desvío necesario para concentrarse, la caminata expurga las tensiones, las apacigua, es propicia a tomar por fin una decisión que se sustraía y recuperar el gusto de vivir, el sabor del mundo (Le Breton, 2006). A este respecto, es conocido el formidable éxito de los caminos de Compostela, sin embargo muy lejos de las referencias directamente religiosas. Fuente de sacralidad, de reencuentro consigo mismo, la caminata vuelve a encantar el mundo. Es también una manera de recuperar su centro de gravedad tras haber sido apartado de sí

por los acontecimientos de la vida. Al descubrir su entorno a paso y altura de hombre, pone en posición de descubrirse, de recuperar algo esencial que solo a uno pertenece y que a veces rubrica un renacimiento. El paseo sin duda es más ritualizado, es un enclave de meditación y de tranquilidad de espíritu a lo largo del día, una manera de recuperar el aliento. La caminata, por su parte, es apertura al mundo, ejercicio de tiempo completo de la curiosidad. Implica un estado de ánimo, una humildad dichosa. Restablece una escala de valores que nuestras rutinas tienden a hacer olvidar. El caminante está desnudo en su entorno; contrariamente al automovilista o al usuario de los transportes colectivos, se siente más responsable de sus actos y difícilmente olvida su humanidad elemental.

La caminata desnuda, despoja, invita a pensar el mundo en el cielo abierto de las cosas y recuerda al hombre la humildad y la belleza de su condición. El peregrinaje era antaño una liberación de los pecados, una certidumbre de no morir en estado de pecado mortal. Aquel que moría al borde del camino ganaba el paraíso. En la actualidad, la búsqueda es más bien la de una purificación de sí, de un examen de conciencia en una perspectiva totalmente profana. El paraíso prometido es realmente terrenal. Consiste en recuperarse, en clarificar su relación con los otros o con el mundo en períodos de turbulencias personales en que se tiene la sensación de que todo escapa, permite corporizarse mejor con su existencia. Toda caminata de larga duración desemboca en la misma transformación interior. Comienza como una excursión, pero se transforma en peregrinaje hacia una existencia más a la altura de su exigencia personal. Progresión en un tiempo interior,

una simultaneidad de la presencia en la ruta y de las bellas escapadas en la memoria o los proyectos.

Caminar siempre es una larga oración a los ausentes, una conversación ininterrumpida con los fantasmas, aquellos que ya no están aquí pero siguen siendo los compañeros o compañeras de una vida, los hombres y las mujeres con los que uno se cruzó a lo largo de la existencia y que desaparecieron pero cuya memoria persiste en sí mismo. Las conversaciones interiores encuentran aquí un terreno de elección en la serenidad y la disponibilidad. En su larga caminata con el naturalista G. Schaller en el Dolpo, en Nepal, P. Mathiessen también realizó un periplo interior. En ocasiones llora pero con dulzura, melancolía. No es una sensiblería, se defiende, "mis ideas se decantaron en el curso de esas semanas sin intrusiones, correo, teléfono, exigencia de la gente, y yo reacciono en forma espontánea a las cosas, sin pantallas de defensa o de mojigatería" (1982, 134). Con el correr del tiempo, sumido en su universo interior y tomado en el ligero trance de la caminata, piensa en su compañera fallecida poco antes. Tiene la sensación de que ella camina a su lado. "Ahora bien, hete aquí que del otro lado del mundo, mientras que mis lágrimas se congelan en la comisura de mis párpados, oigo ruidos extraños, un ladrido de zorro solitario. Un momento más tarde lanzo una carcajada pensando hasta qué punto D. (su compañera) también se divertiría con la idea deliciosa de que yo llore mi amor perdido en medio de las montañas cubiertas de nieve. Lágrimas y risas van y vienen y luego me siento apaciguado, relajado y liberado por la magia del mal de las alturas que no me había abandonado desde esta mañana" (191). No es el

dolor lo que lo habita sino una liberación. Más tarde, cuando baja una pendiente a grandes zancadas, una violenta emoción se apodera de él: "Mi vida y mi trabajo, mis hijos, mis amores y mis amistades pasadas y presentes, todo eso me parece maravilloso, milagroso" (309).

Cada espacio es en potencia de revelaciones múltiples. La caminata es confrontación con lo elemental. Por cierto, se inscribe en un espacio impregnado de historias, de lo social y lo cultural, pero sobre todo es telúrica. Al someterla a la desnudez del mundo, solicita en el hombre el sentimiento de lo sagrado. Éxtasis de sentir el olor de los pinos bajo el sol, de ver la línea sinuosa de un arroyo a través del campo, una gravera abandonada con su agua límpida en medio del bosque, un zorro atravesando indolentemente el sendero o un gran pájaro que puebla el cielo con el enigma de su pasaje. La emoción es soberana para el hombre de la ciudad que ya no conoce la banalidad y la gravedad de las cosas y las encuentra como un milagro tras ese largo desvío. A veces, los lugares poseen un don de curación o de restablecimiento de sí. La caminata procura una distancia propicia con el mundo, una disponibilidad al instante, sume en un estado difuso de meditación, solicita una plena sensorialidad. Cuando dura horas o días, se disuelve en un trance donde los recursos físicos se dan en una suerte de plenitud. Expurga los pensamientos demasiado pesados que impiden vivir por su peso de inquietud. Si el sufrimiento presidió la partida del caminante, se diluye con el correr de los pasos y deja de agarrar a la garganta con semejante intensidad. Puesta en orden del caos interior, la caminata no elimina la fuente de la tensión, pero la pone a distancia, favorece las

soluciones. Aleja de una historia demasiado fijada justamente volviendo a poner la existencia en movimiento. Es un remedio a la sensación de estar separado del mundo. Y a veces hay que realizar un largo desvío para recuperar su camino.

Varios días de una caminata pueden no poseer más que un valor mínimo si el individuo no los transforma en una progresión interior, si no suelta las riendas de sus preocupaciones y fracasa en volverse disponible a una suerte de desistimiento. Y en ocasiones una hora solamente en el bosque o en la ciudad, cerca del mar o en las colinas, basta para llevar infinitamente lejos, y sin embargo en el corazón de uno, y desemboca en el retorno al sentimiento de ver más claro, de haber expurgado muchas molestias. Ni la duración de una caminata ni su marco son la condición de su potencia de transformación interior; sobre todo, ella depende de lo que el individuo mismo hace de ese tiempo de disponibilidad, de apertura, ese tiempo que solo a él pertenece, donde es importante saber quién es uno y a dónde va. El mundo no existe fuera de la mirada que se deja caer sobre él.

Bañado por esa hospitalidad que parece llevar sus pasos, el caminante experimenta un reconocimiento infinito, se siente en su justo lugar en el interior de un mundo del que siente hasta qué punto lo supera pero también lo acoge. Sentimiento pleno de existir realzado por la autoridad que se desprende de los lugares. Vivir, por último, posee una evidencia luminosa. Los caminantes sienten a menudo esa realeza que siempre los incita a volver a partir. Rick Bass trepa el flanco de una montaña no lejos de su valle de Yack. Está solo, pero pretende caminar interiormente con su amigo Bill, en ese momento abatido por

la enfermedad. Su progresión es una suerte de oración y un don, o más bien un compartir, del que le hace partícipe en la narración de su jornada concebida como una carta. Desde los primeros pasos está sumido en un clima extraño de lluvia y de bruma. De pronto, un ruido de motosierra llena la montaña. Un pequeño avión monomotor conducido por un biólogo arruina ese momento de suspensión. Su piloto partió sin duda para observar una pequeña población de grizzlis que viven en los parajes. Felizmente, el avión desanda el camino debido a las malas condiciones atmosféricas. Con su alejamiento desaparece poco a poco la profanación del espacio por el ruido. Para R. Bass, con el retorno del silencio, la montaña vuelve a ser hospitalaria pese al frío y a la humedad. Recupera el clima propicio en esa carta interior que dirigirá a Bill a su regreso. Cuanto más avanza, tanto más se espesa la niebla: "Por lo general, de esto habría deducido que me acercaba al peligro, que franqueaba cierto límite—más allá del respeto—, pero creía haber recibido una especie de permiso, aprovechar una forma de autoridad, tal vez la tuya, y me decía que todo cuanto ocurría era ineludible: programado para que te haga partícipe de ello en mi informe" (2007, 154). Por supuesto, en la cumbre están los osos, un peligro diferente de aquel que enfrenta Bill. "Si arriba en las nubes me encontrara con un grizzli bordeando la cresta a mi encuentro, el animal sin duda se contentaría con detenerse. echarme el ojo y olisquear en mi dirección, cualquiera que fuese la distancia que nos separase [...] y luego, muy seguramente, daría media vuelta y cambiaría de rumbo" (155). Es más fácil conciliarse con el espíritu del animal que con el de la enfermedad. Sin embargo, algunos enfermos atacados de cáncer u otras

afecciones graves efectúan caminatas en solitario o en grupo en una especie de larga oración a los elementos para su curación. Al enterarse de la muerte de Fernando Pessoa, Miguel Torga cierra su consultorio de médico y se hunde en las montañas. "Con los abetos y los peñascos, fui a llorar la muerte del más grande de nuestros poetas de hoy" (1982, 24). El duelo se hace a menudo caminando en la soledad, el silencio, la inmensidad del cielo o del paisaje. A lo largo de la progresión, aunque algo se haya detenido, el mundo vuelve a ponerse en marcha. Esos pasos sin destino traducen la imposibilidad de quedarse en el lugar, aplastado por la pena, arrancado a uno mismo. Hay que tomar distancia y mantener el diálogo con el otro que acaba de desaparecer. La interioridad, la lentitud, la suspensión del mundo circundante son propicias a esa evolución, a esas rememoraciones. Tras la muerte de un amigo, C. Péguy camina a través de la Beauce, sumergido "en el océano de nuestra inmensa pena". Su caminata es una súplica que lo lleva a la catedral de Chartres. Su largo poema es una invocación a Dios en busca de un consuelo: "Vos nos veis caminar en esta ruta derecha, / Empolvados, enlodados, la lluvia entre los dientes. / En este amplio abanico abierto a los cuatro vientos / La carretera nacional es nuestra puerta estrecha [...] / Venimos a suplicaros por ese pobre muchacho / Que murió como un tonto en el curso de este año, / Casi en la semana y en el día / Cuando vuestro hijo nació en la paja y el afrecho<sup>1</sup>".

<sup>1</sup> Fragmentos de "La tapicería de nuestra Señora". La traducción es de Darío Lara, [N. del T.]

A 17 kilómetros de la ciudad, divisa la catedral. "No bien vi eso fue un éxtasis —escribe a Lotte el 27 de septiembre de 1912—. Ya no sentía nada, ni la fatiga ni mis pies. Todas mis impurezas cayeron de un golpe".

Por cierto, una caminata es poca cosa frente a una existencia, y a menudo no deja más que una huella fugitiva en la memoria. Sin lugar a dudas, ahí está su fuerza de alimentar el gusto de vivir en una sencillez esencial. De ahí el deseo de volver a partir una vez más, de recorrer nuevos territorios o de volver sobre las huellas de recorridos antiguos para recuperar sus recuerdos y sensaciones. Todo destino es bueno para volver a ponerse en camino. "Todos son equivalentes para no volver a casa" (Poindron, 2001, 279).

Como cualquier hombre, el caminante no se basta a sí mismo, busca en los senderos lo que le falta, pero lo que le falta es lo que constituye su fervor. A cada instante espera encontrar lo que alimenta su búsqueda. Siempre tenemos la sensación de que al final del camino algo nos espera, algo que solo a nosotros estaba destinado. Una revelación está no lejos de allí, a algunas horas de marcha, más allá de las colinas o del bosque. Y la vaguedad del paisaje sigue alimentando la convicción de que es inminente la manifestación de un secreto. Tomamos ciertas rutas en el deseo de que profundicen en la memoria una inscripción luminosa. Todo camino está primero sepultado en sí mismo antes de que se reproduzca bajo los pasos, conduce a sí mismo antes de llevar a un destino particular. Y en ocasiones abre por fin la puerta estrecha que desemboca en la transformación feliz de uno mismo.

## compañeros de ruta

(Retomo aquí esencialmente a autores citados o evocados en este libro. Una bibliografía un poco diferente se encuentra en Elogio del caminar).

Abbey Edward, Désert solitaire, París, Payot, 1995.

Alaux Marc, La Vertu des steppes, París, Transboréal, 2008.

Alaux Marc, Sous les yourtes de Mongolie. Avec les fils de la steppe, París, Transboréal, 2010.

- Arseniev Vladimir, Derzou Ouzala, París, J'ai lu, 1977. [Hay versión en castellano: Derzu Uzala, trad. de Teresa Ramonet. Barcelona, Debolsillo, 2006.]
- Balzac Honoré (de), "Théorie de la démarche", en Œuvres diverses T. 2, París, Albin Michel, 1926. [Hay versión en castellano: Tratado de la vida elegante, seguido de Teoría del andar, trad. de Mireia Porta i Arnau, Barcelona, Editorial Casiopea, 2001.]
- Barret Pierre y Gurgand Jean-Noël, Priez pour nous à Compostelle, París, Hachette, 1999.
- Basho, Journaux de voyage, Aurillac, POF, 1988. [Hay versión en castellano: De camino a Oku y otros diarios de viaje, trad. de Jesús Aguado, Barcelona, DVD Ediciones, 2011.]
- Bass Rick, Sur la piste des derniers grizzlis, París, Hoëbeke, 1997.
- Bass Rick, Le Livre de Yaak, París, Gallmeister, 2007.

- Basso K., Wisdom Sits in Places. Landscape and Language Among the Western Apache, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1996.
- Baudelaire Charles, Le Peintre de la vie moderne, París, Mille et Une nuits, 2010. [Hay versión en castellano: El pintor de la vida moderna, trad. de Silvia Acierno y Julio Baquero Cruz, Madrid, Cuadernos de Langre, 2008.]

Benjamin Walter, Sens unique, París, Lettres Nouvelles, 1978.

Benjamin Walter, Charles Baudelaire, París, Payot, 2004.

Benuzzi Felice, Fugue au Kenya, París, Hoëbeke, 1998.

Biamonti Felice, Le Silence, París, Verdier, 2003.

Bonnefoy Yves, L'Arrière-pays, París, Gallimard, 2002.

- Borer Alain, Rimbaud en Abyssinie, París, Seuil, 1984. [Hay versión en castellano: Rimbaud en Abisinia, trad. de Tomás Segovia, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.]
- Bourlès Jean-Claude, Retour à Conques, París, Petite Bibliothèque Payot, 1995.
- Bouvier Nicolas, Le Poisson-Scorpion, París, Payot, 1991a. [Hay versión en castellano: El pez escorpión, trad. de Glenn Amado Gallardo, México, Aldus, 1995.]

Bouvier Nicolas, Chronique japonaise, París, Payot, 1991b.

Bouvier Nicolas, L'Usage du monde, París, Payot, 1992.

Bouvier Nicolas, Journal d'Aran et d'autres lieux, París, Payot, 1993.

Bouvier Nicolas, L'Échappée belle. Éloge de quelques pérégrins, Ginebra, Metropolis, 1996.

Bouvier Nicolas, Le Vide plein. Carnets du Japon, París, Hoëbeke, 1996.

Bouvier Nicolas, Cingria en roue libre, Lausana, Zoé, 2005.

- Bouvier Nicolas y Lichtenstein-Fall Irène, Routes et déroutes (entrevistas), Ginebra, Metropolis, 1992.
- Breton Andre, Les Pas perdus, París, Gallimard, 1924. [Hay versión en castellano: Los pasos perdidos, trad. de Miguel Veyrat, Madrid, Alianza Editorial, 1972.]
- Bruno G., Le Tour de la France par deux enfants, París, Belin, 1917.
- Burton Robert, Anatomie de la mélancolie, París, Folio, 2005. [Hay versión en castellano: Anatomía de la melancolía, trad. de Ana Sáez Hidalgo, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 1997-2002, 3 vol.]
- Caillois Roger, Pierres, París, Poésie/Gallimard, 1971. [Hay versión en castellano: Piedras, trad, de Daniel Gutiérrez Martínez, México, Nueva Imagen, 2001.]
- Calet Henri, Le Tout sur le tout, París, Le Livre de poche, 1948.
- Calvino Italo, Les Villes invisibles, París, Points, 1980. [Hayversión en castellano: Las ciudades invisibles, trad. de Aurora Bernárdez, Barcelona, Ediciones Minotauro, 1983.]
- Camus Albert, Noces, París, Gallimard, 1959. [Hay versión en castellano: Bodas, trad. de Jorge Zalamea, Buenos Aires, SUR, 1957.]
- Cayrol Jean, De l'espace humain, París, Seuil, 1968.
- Chatwin Bruce, En Patagonie, París, Grasset, 1979. [Hay versión en castellano: En la Patagonia, trad. de Lucrecia Moreno de Sáenz, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.]
- Cloux Patrick, Marcher à l'estime, París, Le Temps qu'il fait, 1993.
- Cochrane John Dundas, Récit d'un voyage à pied à travers la Russie et la Sibérie tartare, des frontières de Chine à la mer Gelée et au Kamtchatka, París, Ed. du Griot, 1993.

- Corbin Alain, Le Territoire du vide. L'Occident et le désir du rivage (1750-1840), París, Champs/Flammarion, 1988. [Hay versión en castellano: El territorio del vacío, sin indicación de traductor, Barcelona, Editorial Mondadori España, 1993.]
- Darwin Charles, Voyage d'un naturaliste autour du monde, París, La Découverte, 2003. [Hay versión en castellano: Viaje de un naturalista alrededor del mundo, trad. de Joaquín Gil, Buenos Aires, Librería El Ateneo, 1942.]
- David-Neel Alexandra, Voyage d'une parisienne à Lhasa, París, Gonthier, 1964. [Hay versión en castellano: Viaje a Lhasa, trad. de Milagro Revest Mira, Barcelona, Ediciones Península, 1999.]
- Davila Thierry, Marcher, créer, París, Éd. du Regard, 2002.
- Delerm Philippe, Les Chemins nous inventent, París, Stock, 1997.
- Demetrio Duccio, Filosofia del camminare. Esercizi di meditazione mediterranea, Milán, Raffaello Cortina, 2005.
- Descartes René, Discours de la méthode, París, Garnier-Flammarion, 1966. [Hay versión en castellano: Discurso del método, trad. de Risieri Frondizi, Madrid, Alianza Editorial, 1999.]
- Diderot Denis, Le Neveu de Rameau, París, Folio, 1972. [Hay versión en castellano: El sobrino de Rameau, trad. de Félix de Azúa, Barcelona, Bruguera, 1983.]
- Dutey Guy, Péleriner vers Compostelle, Lyon, Chronique sociale, 2002.
- Fargue Léon-Paul, Le Piéton de Paris, París, Gallimard, 1993. Fisset Émeric, L'Ivresse de la marche. Petit manifeste en faveur du voyage à pied, París, Transboréal, 2010.

- Gerónimo, Mémoires de Géronimo, París, Maspero, 1975.
- Gilloire Pierre, Montagne vagabonde, París, Éd. du Rocher, 2000.
- Gilloire Pierre, Itinérance au désert, París, Éd. du Rocher, 2001.
- Gilloire Pierre, L'Or des rues, París, Buchet-Chastel, 2002.
- Goldsworthy Andy, Refuge d'art, Digne-les-Bains, Fage éditions, 2008.
- Gracq Julien, La Presqu'île, París, José Corti, 1973. [Hay versión en castellano: La península, trad. de Julià de Jòdar, Madrid, Nocturna, 2011.]
- Gracq Julien, En lisant en écrivant, París, José Corti, 1980. [Hay versión en castellano: Leyendo "escribiendo", trad. de Cecilia Yepes, Madrid, Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja, 2005.]
- Gracq Julien, Les Eaux étroites, París, José Corti, 1981. [Hay versión en castellano: Las aguas estrechas, trad. de Loreto Casado, Madrid, Árdora, 2002.]
- Gracq Julien, Carnets du grand chemin, París, José Corti, 1992. [Hay versión en castellano: A lo largo del camino, trad. de Cecilia Yepes Martín-Lunas, Barcelona, Acantilado, 2007.]
- Grenier Jean, Inspirations méditerranéens, París, Gallimard, 1961.
- Grenier Jean, Les Îles, París, Gallimard, 1959.
- Gros Frédéric, Marcher, une philosophie, París, Carnets Nord, 2009.
- Gros Frédéric, Petite bibliothèque du marcheur, París, Champs/ Flammarion, 2011.
- Guidet Thierry, La Compagnie du fleuve. Mille kilomètres à pied le long de la Loire, París, Éd. Joca seria, 2004.

- Guinhut Thierry, Le Recours aux monts du Cantal, Arles, Actes Sud, 1991.
- Haines John, Vingt-cinq ans de solitude. Memoires du Grand Nord, París, Gallmeister, 2005.
- Hambursin Olivier, Récit du dernier siècle des voyages. De Victor Segalen à Nicolas Bouvier, París, Presses Universitaires de la Sorbonne, 2005.
- Handke Peter, La Leçon de la Sainte-Victoire, París, Gallimard, 1985.
- Hazlitt William, Partir en voyage, en Liber Amoris, París, José Corti, 1994. [Hay versión en castellano: Ir de viaje, trad. de Esteve Serra, Palma de Mayorca, José de Olañeta, 2010.]
- Herzog Werner, Sur le chemin des glaces, París, Hachette, 1979. Hesse Herman, Éloge de la vieillesse, París, Le Livre de poche, 2000.
- Hesse Herman, L'Art de l'oisiveté, París, Calmann-Lévy, 2002. Holmes Richard, Carnet d'un voyageur romantique, París, Payot, 2002.
- Hudson William H., Un flâneur en Patagonie, París, Payot, 2002. Hue Jean-Louis, L'Apprentissage de la marche, París, Grasset, 2010.
- Hugo Victor, Lettres à un ami, París, Ollendorf, 1906.
- Jacquemard Simone, Les Belles Échappées, París, Seghers, 1987.
- Jaton Anne-Marie, Nicolas Bouvier. Paroles du monde, du secret et de l'ombre, Lausana, Presses Polytechniques Universitaires Romandes, 2003.
- Jouanard Gil, Mémoires de l'instant, París, Verdier, 2000.
- Jourdan Michel, "Marcher. Une philosophie du dehors", en Questions de, "Marcher, méditer", nº 99, 1995.

- Kazantzaki Nikos, Lettre au Gréco, París, Plon, 1961.
- Klébaner Daniel, Poétique de la dérive, París, Gallimard, 1978.
- Kracauer Siegfried, Rues de Berlin et d'ailleurs, París, Gallimard, 1995.
- Kundera Milan, La Lenteur, París, Folio, 1995. [Hay versión en castellano: La lentitud, trad, de Beatriz de Moura, Barcelona, Tusquets, 1995.]
- Lacadée Philippe y Robert Walser, Le Promeneur ironique, Nantes, Éd. Nouvelles Cécile Defaut, 2010.
- Lacarrière Jacques, L'Éte grec, París, Plon, 1975. [Hay versión en castellano: Verano griego. 4000 años de Grecia cotidiana, trad. de David Fernández Giménez, Atenas, Asociación Cultural Hispano-Helénica, 2009.]
- Lacarrière Jacques, Chemin faisant, París, Le Livre de poche, 1977.
- Lacarrière Jacques, Chemins d'écriture, París, Plon, 1988.
- Lacarrière Jacques, Sourates, París, Albin Michel, 1990.
- Lalonde Robert, Le Monde sur le flanc de la truite, Quebec, Boréal 1997.
- Lamoure Christophe, Petite philosophie du marcheur, París, Milan, 2007.
- Lanzmann Jacques, Fou de la marche, París, Le Livre de poche,1987.
- Le Breton David, La Danse amazoniène, París, Syros, 1982.
- Le Breton David, "L'extrême-ailleurs", en L'Aventure. La passion des détours, Paris, Autrement, 1995.
- Le Breton David, Du silence, París, Métaillié, 2000. [Hay versión en castellano: El silencio, trad. de Agustín Temes, Madrid, Ediciones Seguitur, 2009.]

- Le Breton David, Éloge de la marche, París, Métaillié, 2000. [Hay versión en castellano: Elogio del caminar, trad. de Hugo Castignani, Madrid, Siruela, 2011.]
- Le Breton David, La Peau et la trace. Sur les blessures de soi, París, Métaillié, 2003.
- Le Breton David, Des visages. Essai d'anthropologie, París, Métaillié, 2004. [Hay versión en castellano: Rostros. Ensayo antropológico, trad. de Estela Consigli, Buenos Aires, Letra Viva, 2010.]
- Le Breton David, La Saveur du monde. Une anthropologie des sens, París, Métaillié, 2006. [Hay versión en castellano: El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos, trad. de Héber Cardoso, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.]
- Le Breton David, En souffrance. Adolescence et entrée dans la vie, París, Métaillié, 2007.
- Le Breton David, Anthropologie du corps et modernité, París, PUF, 2011. [Hay versión en castellano: Antropología del cuerpo y modernidad, trad. de Paula Malher, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995.]
- Le Bris Michel, Le Grand Dehors, París, Payot, 1992.
- Lee Laurie, Un beau matin d'été, París, Payot, 1994. [Hay versión en castellano: Cuando partí una mañana de verano, trad. de Eva Rodríguez Halffter, Madrid, Ediciones Turner, 1985.]
- Leigh Fermor Patrick, Le Temps des offrandes, París, Payot, 1991. [Hay versión en castellano: El tiempo de los regalos, trad. de Jordi Fibia, Barcelona, RBA Coleccionables, 2008.]
- Leigh Fermor Patrick, Entre fleuve et forêt, París, Payot, 2003.
- Lemonier Philippe, Le Chemin oublié de Compostelle, París, Arthaud, 2004.

- Lemonier Philippe, Le Voyage à pied. Chroniques de la pérégrination, París, Arthaud, 2007.
- Leroi-Gourhan André, Le Geste et la Parole. Technique et langage, París, Albin Michel, 1964.
- Leroi-Gourhan André, Les Racines du monde, París, Belfond, 1982. [Hay versión en castellano: Las raíces del mundo, trad. de Marta Vassallo, Barcelona, Granica, 1984.]
- Maestre Xavier (de), Voyage autour de ma chambre, París, Garnier-Flammarion, 2000.
- Mathiessen Peter, Le Léopard des neiges, París, Gallimard, 1983.
- McLuhan Téri C., Cathédrales de l'esprit. L'appel des sites sacrés, París, Éd. du Rocher, 1996.
- McLuhan Téri C. (textos reunidos por), Pieds nus sur la terre sacrée, París, Denoël-Gonthier, 1974.
- Meschieri Matteo, Terra sapiens. Antropologia del paesaggio, Palermo, Sellerio Editore, 2010.
- Michel Franck, Désirs d'ailleurs, París, Armand Colin, 2000.
- Michel Franck, Voyage au bout de la route, París, Éditions de l'Aube, 2004.
- Michel Franck, Autonomadie, París, Voies autonomades, 2005.
- Minshull Duncan, The vintage book of walking, Londres, Vintage, 2004.
- Montalbetti Christine, Le Voyage, le Monde et la Bibliothèque, París, PUF, 1997.
- Montandon Alain, Sociopoétique de la promenade, Clermond-Ferrand, Presses Universitaires Blaise Pascal, 2000.
- Moutinot Louis, La France de part en part. 1 500 kilomètres à pied de Golfe-Juan à Ploudalmézeau, Lausana, L'Aire, 1992.

- Muir John, Un été dans la Sierra, París, Hoëbeke, 1997.
- Muir John, Quinze cents kilomètres à pied à travers l'Amérique, París, José Corti, 2006.
- Muir John, Voyages en Alaska, París, Petite Bibliothèque Payot, 2009. [Hay versión en castellano: Viajes por Alaska, trad. de Raquel L. A. de Llera y Vicente Villacampa, Madrid, Unidad Editorial, 1998.]
- Nabokov Peter, Là où frappe la foudre. Lieux sacrés de l'Amérique indienne, París, Albin Michel, 2008.
- Newby Eric, Un petit tour dans l'Hindou Kouch, París, Payot, 1992. [Hay versión en castellano: Una vuelta por el Hindu Kush, trad. de Emili Olcina, Barcelona, Laertes, 1997.]
- Nicholson Geoff, *The lost art of walking*, Nueva York, Riverhead Books, 2008.
- Nietzsche Friedrich, Ecce homo, París, Denoël-Gonthier, 1971. [Hay versión en castellano: Ecce homo, trad. de José Luis Patcha, Madrid, JM Ediciones, 1999.]
- Olivier Bernard, Longue marche. À pied de la Méditerranée jusqu'en Chine par la route de la soie, París, Phébus, 2000.
- Olivier Bernard, Vers Samarcande. Longue marche II, París, Phébus, 2001.
- Olivier Bernard, Le Vent des steppes. Longue marche III, París, Phébus, 2003.
- Olivier Bernard, Aventures en Loire. 1 000 kilomètres à pied et en canoë, París, Phébus, 2009.
- Paccalet Yves, Le Bonheur en marchant, París, J.-C. Lattès, 2000.
- Paquot Thierry, Des corps urbains. Sensibilités entre béton et bitume. París, Autrement, 2006.

- Paquot Thierry, Petit manifeste pour une écologie existentielle, París, Bourin éditions, 2007.
- Paquot Thierry, L'Urbanisme c'est notre affaire!, París, L'Atalante, 2010.
- Pasquali Adrien, Le Tour des horizons, París, Klincksieck, 1994. Perdiguier Agricol, Mémoire d'un compagnon, París, 10/18, 1964.
- Perec Georges, Espèces d'espaces, París, Galilée, 1974. [Hay versión en castellano: Especies de espacios, trad. de Jesús Camarero, Barcelona, Editorial Montesinos, 1999.]
- Petrarca, L'Ascension du mont Ventoux, París, Mille et Une nuits, 2001. [Hay versión en castellano: Subida al Monte Ventoso, trad. de Plácido de Prada, Palma de Mayorca, José de Olañeta, 2011.]
- Plossu Bernard, (texto de S. Alexander), The garden of dust, Marval, 1989.
- Plossu Bernard, Le Souvenir de la mer, Digne, Réserve géologique de Haute-Provence, 1996.
- Plossu Bernard, (texto de D. Le Breton), Des millions d'années, Digne, Réserve géologique de Haute-Provence, 2010.
- Plossu Bernard, Le Pays des petites routes en Ardèche, Crisnée, Yellow Now. 2011.
- Poindron Éric, Belles étoiles, Avec Stevenson dans les Cévennes. París, Flammarion, 2001.
- Poussin Alexandre y Tesson Sylvain, La Marche dans le ciel. 5 000 km à pied à travers l'Himalaya, París, Pocket, 1998.
- Proust Marcel, Du côté de chez Swann, París, Le Livre de poche, 1954. [Hay versión en castellano: Por la parte de Swann, trad. de Mauro Armiño, Madrid, Valdemar, 2000.]

- Rauch André (ed.), La Marche ou la vie, París, Autrement, 1997. Réda Jacques, La Liberté des rues, París, Gallimard, 1997.
- Rilke Rainer Maria, Aventure II, en Œuvres I, prosa, París, Seuil, 1966.
- Rimbaud Arthur, Œuvres complètes, París, LGF, 1999.
- Romilly Jacqueline (de), Sur les chemins de Sainte-Victoire, París, Éd. de Fallois, 2002.
- Roud Gustave, "Petit traité de la marche en plaine", en Essai pour un paradis, Lausana, L'Âge d'Homme, 1983.
- Rousseau Jean-Jacques, Les Rêveries du promeneur solitaire, París, Garnier-Flammarion, 1964. [Hay versión en castellano: Las ensoñaciones del paseante solitario, trad. de Mauro Armiño, Madrid, Alianza Editorial, 1979.]
- Rousseau Jean-Jacques, Les Confessions, París, Le Livre de poche, 1972. [Hay versión en castellano: Mis confesiones, trad. de Pablo Palant, Buenos Aires, Futuro, 1944.]
- Sabelli Fioretti Claudio y Lauro Giorgio, A Piedi, Milán, Chiarelettere, 2007.
- Sacks Oliver, Sur une jambe, París, Seuil, 1987. [Hay versión en castellano: Con una sola pierna, trad. de José Manuel Álvarez Flórez, Barcelona, Editorial Anagrama, 1998.]
- Sansot Pierre, Variations paysagères, París, Klincksieck, 1983.
- Sansot Pierre, Du bon usage de la lenteur, París, Payot, 2000a. [Hay versión en castellano: Del buen uso de la lentitud, trad. de Mercedes Corral y Jean-Michel Pikias, Barcelona, Tusquets Editores, 1999.]
- Sansot Pierre, Chemin aux vents, París, Payot, 2000b.
- Sansot Pierre, Rêveries dans la ville, París, Carnets Nord, 2008.
- Schama Simon, Le Paysage et la Mémoire, París, Seuil, 1999.

- Schelle Karl G., L'Art de se promener, París, Rivages, 1996.
- Sebald Winfried G., Vertiges, París, Folio, 2001. [Hay versión en castellano: Vértigo, trad. de Carmen Gómez, Barcelona, Editorial Anagrama, 2010.]
- Seelig Carl, Promenades avec Robert Walser, París, Rivages poche, 1992. [Hay versión en castellano: Paseos con Robert Walser, trad. de Carlos Fortea, Madrid, Siruela, 2000.]
- Segalen Victor, Équipée, París, Gallimard, 1983.
- Solnit Rebecca, L'Art de marcher, Arles, Actes Sud, 2002.
- Stevenson Robert-Louis, Voyages avec un âne dans les Cévennes, París, 10/18, 1978. [Hay versión en castellano: Viajes con una burra por los montes de Cévennes, trad. de Héctor Silva, Tenerife, Islas Canarias, Ed. Baile del Sol, 2004.]
- Tesson Sylvain, Petit Traité sur l'immensité du monde, París, Pocket, 2008.
- Testa Italo (a cura di), Pensieri andanti. Antropologia e esthetica del camminare, Reggio Emilia, Diabasis, 2007.
- Thoreau Henry D., Walden ou la vie dans les bois, París, Gallimard, 1922. [Hay versión en castellano: Walden, o Mi vida entre bosques y lagunas, trad. de Justo Gárate, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1949.]
- Thoreau Henry D., Journal (1837-1861), París, Les Presses d'Aujourdhui, 1981.
- Thoreau Henry D., "Marcher", en Désobéir, París, 10/18, 1996.
- Thoreau Henry D., Les Forêts du Maine, París, José Corti, 2002. [Hay versión en castellano: Los bosques de Maine, sin indicación de traductor, Tenerife, Islas Canarias, Ed. Baile del Sol, 2007.]
- Thoreau Henry D., "Randonnée au mont Wachuset", en Essais, París, Le Mot et le Reste, 2007.

- Torga, Miguel, En franchise intérieure. Pages de journal (1933-1977), París, Aubier-Montagne, 1982. [Hay versión en castellano: Diario (1932-1987, trad. de Eloísa Álvarez, Madrid, Alfaguara, 1988.]
- Torga, Miguel, En chairvive. Pages de journal (1977-1993), París, José Corti, 1997. [Hay versión en castellano: Diario II (últimas páginas. 1987-1993, trad. de Eloísa Álvarez, Madrid, Alfaguara, 1997.]
- Urbain Jean-Didier, L'Idiot du voyage, París, Payot, 1993. [Hay versión en castellano: El idiota que viaja. Relatos de turistas, trad. de Soledad Guilarte Gutiérrez, Madrid, Endymion, 1993.]
- Urbain Jean-Didier, Secrets de voyages, París, Payot, 1998.
- Walser Robert, La Promenade, París, Gallimard, 1987. [Hay versión en castellano: El paseo, trad. de Carlos Fortea, Madrid, Siruela, 1996.]
- White Kenneth, Le Lieu et la Parole. Entretiens 1987-1997, Cléguer, Scorff, 1997.
- White Kenneth, Le Plateau de l'Albatros, París, Grasset, 1994.
- White Kenneth, L'Esprit nomade, París, Grasset, 1987.
- White Kenneth, Une apocalypse tranquille, Burdeos, PUB, 1987.
- White Kenneth, La Figure du dehors, París, Grasset, 1982.
- White Kenneth, Segalen. Théorie et pratique du voyage, París, Alfred Eibel, 1979.
- Woolf Virginia, La Fascination de l'étang, París, Seuil, 2003.
- Wulf Christoph, "La voie lactée", en Traverses, "Voyager", nºs 41-42, 1987.
- Xiake Xia, Randonnées aux sites sublimes, París, Gallimard, 1993.

# caminar

## ELOGIO DE LOS CAMINOS Y DE LA LENTITUD

#### David Le Breton-

"Caminar en nuestros días, y sobre todo en nuestros días, no es volver a los tiempos neolíticos, sino más bien ser profeta", escribía Jacques Lacarrière. Al recrear una reflexión llevada a cabo hace una decena de años, David Le Breton comprueba que el estatuto de caminante cambió mucho. En la actualidad, la caminata se impone como una actividad de esparcimiento. El imaginario contemporáneo se refiere más bien a la idea de disponibilidad y a la necesidad práctica de tener un buen estado corporal.

El autor da aquí un nuevo fundamento a su relato en los testimonios y las filosofías de la caminata, vuelve a decir con felicidad que caminar es ante todo un largo viaje a cielo abierto y al aire libre del mundo y en la disponibilidad a lo que acontece, que todo camino está escondido en uno mismo antes de declinarse bajo nuestros pasos, y que la caminata da paso cada vez a una experiencia y a una feliz transformación de sí.

